







LOS NATCHES.

B. W.



UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

ANN ARBOR, MICHIGAN

PARIS, IMPRENTA DE E. FOCHARD.

Calle del Pot-de-Fer, n. 14.

LOS NATCHES

NOVELA AMERICANA

POR EL SEÑOR

VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

REFUNDIDA

EN CASTELLANO AL GUSTO DE LA LITERATURA
ESPAÑOLA

POR DON MARIANO JOSÉ SICILIA.

Como Primero.

DONATIVO
DE
FLORENTINO ZAMORA LUGO
PARIS



LIBRERIA AMERICANA,
CALLE DEL TEMPLE, N° 69.

1850

303 21117 803

1977

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1000

1977

1000

1000

1977



1468

11271 +

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON

Narciso de Heredia

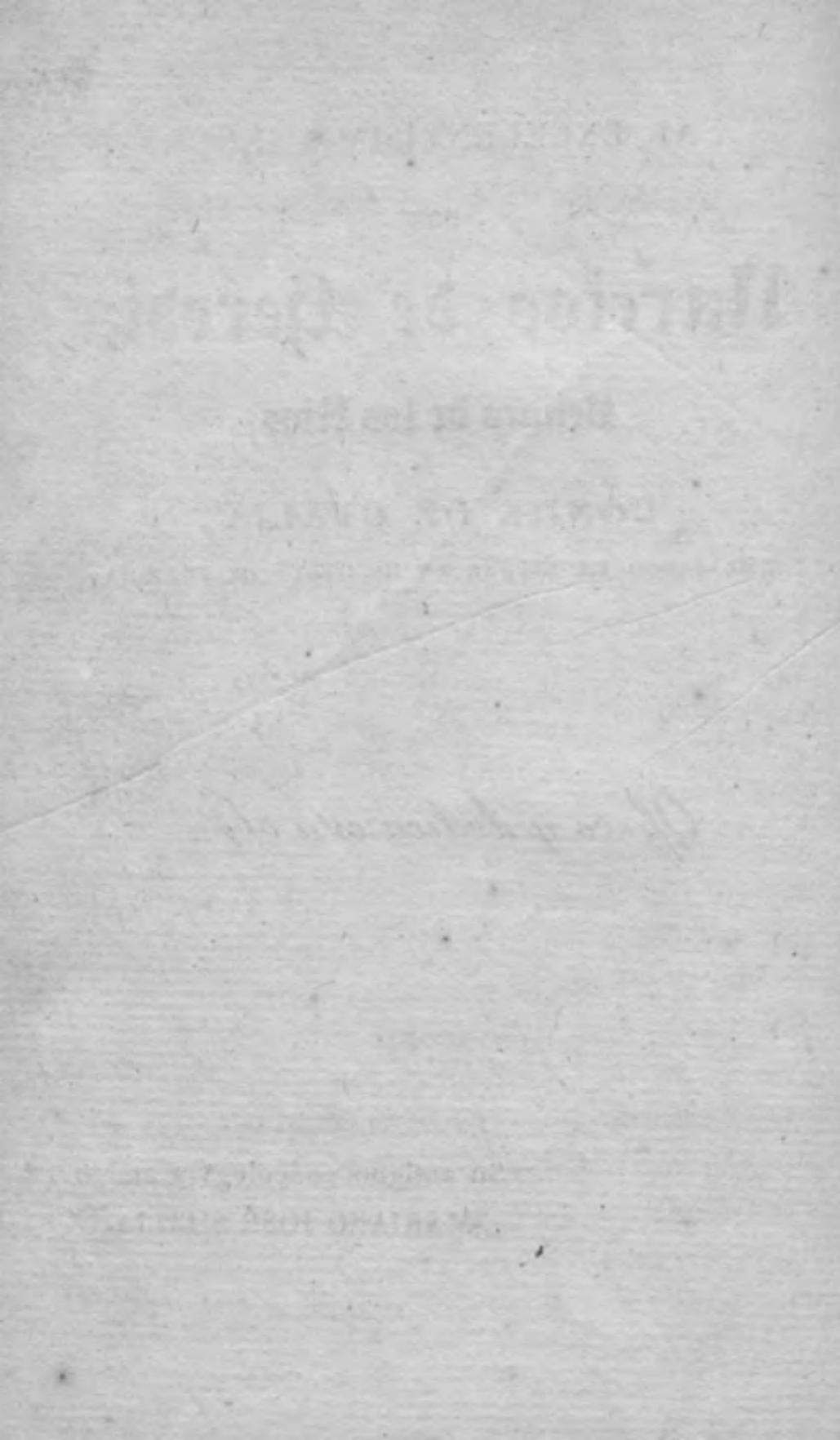
Bejines de los Rios,

CONDE DE OFALIA,

EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LA CORTE DE FRANCIA,

Ofrece y dedica esta obra

Su antiguo concolega y amigo
MARIANO JOSÉ SICILIA.



PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Esta obra que ofrezco al público con alguna esperanza de agradarle, nó es en su original sino un magnífico borron con que el sublime autor de *los Mártires* ensayó por primera vez su fecundísimo ingenio en los dias de su mocedad. Yo me comprometí á traducirla tan luego como empezaron á anunciar los diarios que iba à ver la luz pública, y por cierto me llegué á consentir en pasar un año de placeres y encanto, ocupado en este trabajo: para pensarlo así me bastaba saber que las dos bellísimas producciones de *Atala* y de *René*, eran solo dos episodios de la obra grande de los *Natches*. Pero ¡cuánta fué mi perplejidad y mi angustia para resolverme á cumplir mi palabra cuando los hube leído! Me encontré en esta obra una cosa como un palacio á medio labrar, una riqueza inmensa de mármoles y de jaspes amontonados, so-

berbias galerías sin cubrir, primorosas fachadas sin acabar, pedestales, columnas y relieves maravillosos entremedias de máquinas y de escombros todavía no apartados; á lo lejos una fábrica soberana, pero de cerca, desordenada, confusa, informe, reclamando la mano del arquitecto que la habia concebido y tenia el poder de perfeccionarla. Yo comencé á ensayar mis pinceles para copiar como se encontraba este precoz monumento del genio de un grande hombre; pero pronto tuve que abandonar mi propósito. Todos los resultados eran triviales, mezquinos, áridos, sin color, y desaparecian las bellezas al lado de los defectos que el prestigio de la frase francesa cubria algun tanto, pero frase y manera de estilo inacomodable en la lengua española. ¿Qué hize yo en este apuro? Estudiar bien mi autor, adivinar sus ideas, ponerme á un mismo nivel de calor con su espíritu, componer yo tambien, y resolverme á un trabajo que él rehusó acometer.

Quizá me tachará alguno de presuncion; yo no presumo nada, pero he emprendido esta obra ambicioso de levantar un trofeo á la lengua y á la literatura española. Si he logrado dar cima á este buen propósito, cual-

quiera perdonará mi pensamiento orgulloso: si me hubiere engañado, la nobleza de mi intencion me atraerá tambien la indulgencia.

Los que tengan curiosidad de saber el trabajo en que me he anegado tres años justos sin hacer otra cosa, si poséen el frances, deberán comparar las dos obras. Una mitad por lo ménos de esta larga novela ó poema, como se quisiere llamar, que presento en lengua española, es trabajo mio propio, y sin embargo está entera toda la fábula de M. de Chateaubriand. Ni una sola de sus innumerables bellezas se ha quedado sin ser vertida y apropiada en mi lengua; pero he apartado toda la escoria, todos los trozos inútiles de fagina y cascote, todos los oropeles y relumbrones, toda la pedrería contrahecha, todas las frases insulsas, todos los desentonos románticos, y en cambio de esto he substituido otros cuadros, otras imágenes, otra suerte de descripciones, episodios, dramas, arengas, y de toda especie de adornos al gusto clásico, procurando enrasar la obra y que parezca toda de una igual correccion, de una mano tan solo, y asemejada siempre á lo bueno de M. de Chateaubriand. Tal ha sido el cuidado que he puesto en esto, que si el trabajo que

he hecho , llegare á merecer un poco de gloria, yo podré tal vez alcanzar la de un traductor esmerado , pero lo demas será atribuido al honorable Vizconde ; y á la verdad con razon, porque sus ideas son fecundas, y las mias han nacido de ellas.

Este ilustre escritor no deberá ofenderse , creo yo , de la licencia que me he tomado de mejorarlo en mi lengua. Su obra fué un embrion donde soltó de primera vez sus ideas dejando correr la pluma sin trabas, como sucede siempre en el primer borrador. La revolucion le impidió que volviera á ocuparse de ella , y al cabo de treinta años le dió una vuelta por cima para ofrecerla al público , presentándola solamente como una muestra de sus primeros ensayos en la edad juvenil. El hablará por mí y me dará la razon: he aquí como se expresa el sincero autor en su prefacio á los Natches.

« Un manuscrito de donde yo he podido
« sacar á *Atala* , á *René* , y no pocas des-
« cripciones que juegan en el *Genio del Cris-*
« *tianismo* , no es por cierto una mina esté-
« ril. Este manuscrito tenia dos mil trescien-
« tas ochenta y tres páginas en folio, y estaba
« todo allí sin ninguna seccion , todos los

« asuntos de él confundidos , viages , historia
« natural , parte dramática , etc. Además de
« este manuscrito, hecho todo de un solo tiro,
« tenia yo otro, partido en libros, que por
« desgracia no está completo , donde habia
« comenzado á ordenar las ideas. En este se-
« gundo trabajo no acabado , habia yo proce-
« dido , no solo á la division de la materia ,
« sino á cambiar tambien el género de la obra,
« haciéndola pasar de una simple nove'a á la
« altura de la epopeya.

« La revision y aun la simple lectura de
« este inmenso manuscrito ella sola, me ha cos-
« tado un trabajo penoso : ha sido menester
« que pusiera aparte lo que es viage , aparte
« lo que es historia natural , y aparte lo que
« era drama ; desechar muchas cosas y que-
« mar mas todavía de estas composiciones
« sobreabundantes. Un jóven que amontona
« revueltamente sus pensamientos , sus in-
« venciones , sus lecturas y sus estudios, *debe*
« *producir el caos* ; pero en este caos suele
« hallarse una cierta fecundidad que corres-
« ponde al vigor de la juventud y que se dis-
« minuye despues cuando avanza la vida.

« A mí me ha sucedido lo que quizá no ha
« pasado nunca á ningun autor , que es el ha-

« ber leído al cabo de treinta años un manuscrito mio que tenia ya totalmente olvidado. Lo he juzgado del mismo modo con que podría haber juzgado un trabajo ageno ; y el viejo escritor ya formado, con buena crítica, con el espíritu reposado y la sangre en calma, se ha puesto á corregir los ensayos de un autor jóven sin experiencia entregado á su fantasía, y exaltado por el vigor de los años floridos.

« Yo tenia sin embargo que temer en esto un peligro. Si pasaba el pincel de nuevo sobre mi cuadro, me exponia á apagar los colores ; una mano á la verdad mas segura, podia enmendar los rasgos poco correctos, pero ménos ligera, se aventuraba á quitar los toques mas vivos que habia formado la juventud, y yo queria conservar á mi obra su fuego y su independencia. Esto me decidió á dejar la espuma en el freno del potro. Si hay en los *Natches* algunas cosas que hoy dia no me atreveria yo á presentar sin temor, hay tambien otras muchas que yo no seria capaz de hacer ya en mi edad, sobre todo, la carta de René que se encuentra en el segundo volumen. » (*)

(*) Esta carta se halla en el libro XXI.

Esta confesion del autor es bastante para hacer ver que no ha sido una pretension de hacer alguna cosa uzejor que él , lo que me ha movido á poner la mano en su obra , sino la absoluta necesidad que me imponia el deseo de hacer una cosa buena y cumplida. La correccion á que me he atrevido, era precisa so pena de no ofrecer sino un libro indigesto , que traducido literalmente, y desapareciendo la magia de las formas francesas , no hubiéra habido , estoy cierto, quien hubiese tenido paciencia para acabar de leerle. Y en mi conciencia , puesto ya en este paso , hubiera yo querido hacer mas , y cambiar mucha parte de la fábula , y uniformar el género de la obra , elevándola toda á la altura de la epopeya, ó reduciéndola enteramente al estilo de una simple novela. Aun en el primer caso , decidido por la epopeya, hubiera yo excusado en las tramoyas maravillosas la intervencion que el noble Vizconde le da á Satanas , personage que yo no amo , que con el nombre de Diabolo es ridículo, y con los nombres de Satanas, de Beelzebuth y de demonio ocasiona una grima que no es poética. A mi me habrian bastado los rasgos llenos de novedad que presentan las mitologías amé-

ricanas , con las cuales , con algunas alegorías , y con la parte maravillosa que ofrecen los fenómenos naturales , estoy seguro que habria sobrado para cumplir este ramo obligado de los prestigios que se exige en lo épico. Pero si lo hubiera hecho así , no serian ya los *Natches* de M. de Chateaubriand los que habria presentado , y fiel á mi palabra , he sacrificado en esto mi gusto y mis reglas , si bien en el modo de presentar estas máquinas y estos lienzos que habia elegido el autor , he tomado otros rumbos , que mis lectores podran juzgar. A propósito de la diferencia de los dos géneros , de epopeya y de simple novela, que se ven en su obra, el ilustre escritor se disculpa en su prólogo de esta suerte :

« Dejo ya dicho que habia dos manuscritos
« de los *Natches* : el uno dividido en libros ,
« que no llegaba sino á la mitad de la obra , y
« otro que contenia lo demas sin division
« alguna y en todo el desórden de la materia.
« De aquí resulta una singularidad literaria
« en esta composicion : el primer volumen se
« eleva al género épico como en *los Mártires*,
« y el segundo descende á la narracion or-
« dinaria , como en *René* y en *Atala*.

« Para observar la unidad de estilo , me
 « hubiera sido preciso , ó borrar los colores
 « épicos del primer volúmen , ó extenderlos
 « sobre el segundo ; mas en cualquiera de es-
 « tos dos casos no hubiera reproducido fiel-
 « mente el trabajo de mi edad jóven.

« Así es que en el primer volúmen (*) se
 « hallará lo maravilloso de toda especie , *cris-*
 « *tiano* , *mitológico* , *indio* , musas , ánge-
 « les , genios , demonios , y personajes de ale-
 « goría , tales como la Fama , el Tiempo , la
 « Noche , la Muerte , la Amistad , etc. Se ha-
 « llarán tambien invocaciones , sacrificios ,
 « vuelos , toda la pompa del gusto épico , y
 « comparaciones multiplicadas , las unas cor-
 « tas , las otras largas al estilo de Homero ,
 « formando pequeños cuadros con ellas solas.

« En el segundo volúmen (**) desaparecen
 « las maravillas , pero la fábula se complica , y los
 « personajes de todas clases se aumentan. En
 « fin la novela reemplaza al poema , sin des-
 « cender , no obstante , por bajo del estilo

(*) Este volúmen se compone de los doce primeros libros.

(**) Este volúmen se comprende en los catorce libros restantes.

« que ofrecen *René* y *Atala* , y subiendo no
« pocas veces , por la naturaleza del mismo
« asunto , por los caracteres de las personas,
« y por las descripciones de los lugares , al
« tono de la epopeya. »

En esta segunda parte , donde en efecto desaparecen los Diablos , es donde he trabajado con mayor gusto , donde he hecho mas variaciones (aunque sin tocar á la esencia de la fábula que es la misma de nuestro autor hasta el fin) y donde he procurado dar muestras de la facilidad de hacer una epopeya sin emplear otra suerte de maravillas que las que ofrece el cielo y la tierra á los ojos , y las que dan de sí las pasiones , las invenciones y los errores del hombre. He hecho mas , y yo espero que lo agradezca mucho el lector. M. de Chateaubriand ha dejado correr el volumen segundo sin divisiones , todo de una sola tirada , donde el que lee , desfallece , sin hallar en donde pararse y tomar reposo. Yo he ordenado su division en catorce libros , y he procurado trazar en ellos los casos y los sucesos , de modo que cada libro parezca á manera del acto de un drama , y que deje respirar al lector , y le ofrezca tiempo para sentarse á desvariar , y alegrarse

y dolerse , y temer y esperar mientras llega la gran catástrofe.

Hechás estas reformas que llevo dichas , he cuidado eminentemente el estilo , y he tratado con una especie de religion mi querida lengua natal. Ningun esfuerzo he omitido para observar su pureza , su propiedad y la magestad de su frase : mis lectores encontrarán tal cual vez arcaismos , pero arcaismos precisos , que solo los he usado en uno de estos dos casos ; primero , si la voz vieja ó anticuada suscitaba una idea mas exacta ó mas viva de lo que tenia que expresar : segundo si el encanto y la gala de la armonía parecia requerirla. A mas de estas dos razones , mis lectores verán que es una prosa poética en la que estan escritos los *Natches* , y yo no he usado ninguna voz que no se encuentre admitida entre nuestros poetas ó prosadores mas estimados.

Por lo tocante á mi prosa yo no sé todavía si estaré en error ; me hallo solo en los campos y no he tenido á quien consultar. Todo mi estudio ha sido trazarla llena , fluida , rodada , armoniosa , y lo mas imitativa posible de las ideas y la marcha de ellas. Aseguro que me hubiera sido mas fácil escri-

bir en verso esta obra ; tanto es el cuidado que he puesto en el material artificio de la diction, procurando no ménos el evitar lo afectado y lo raro. Yo he querido tambien hacer un ensayo de mis *principios prosódicos* (*), los he aplicado, y he creido encontrarlos fieles. Sin embargo, yo no puedo juzgar todavía de esta parte de mi trabajo de un modo cierto, porque aun me dura el calor de la obra. ¡ Ojalá no saliera á luz sin que volviese yo á verla pasado un año ! Pero mi editor, que la tiene anunciada hace ya mucho tiempo, no aguarda mas. Yo sabré aprovechar la censura del Público si se hiciera mas adelante otra nueva edicion : pocas cosas respeto tanto en la tierra como el juicio de mis lectores.



(*) Estos principios se podrán ver en mis *Lecciones Elementales de Ortologia y Prosodia*, publicadas tambien por M. de Wincop, 4 vol. en 12º, que se hallarán de venta en su Librería Americana.

ADVERTENCIA

DEL EDITOR.



Los dos episodios de *Atala* y de *René*, sacados de los *Natches* y dados á luz por M. de Chateaubriand con mucha anterioridad á la publicacion de esta obra, no se encuentran en ella, porque corriendo ya impresos en el *Genio del Cristianismo* y en otras ediciones separadas, el ilustre autor no los quiso incluir otra vez en el cuerpo de la novela, y se contentó con indicar los lugares de ella á que corresponden. Igual conducta ha sido observada en la publicacion española de esta obra, indicándose tambien con dos notas los lugares en que deben tenerse presentes los dos episodios, á saber el de *Atala* en el libro V, y el de *René* en el

libro XVIII. La lectura de ellos es necesaria para tomar bien el hilo de esta magnífica composicion y tenerla completa. Los que quisieren adquirir la mejor traduccion española que se ha hecho de dichos dos episodios, que es la del traductor del *Genio del Cristianismo*, la encontrarán en mi *Librería Americana*, calle del Témple n° 69, bella edicion en un solo volúmen en-18°.

LOS NATCHES.

LIBRO PRIMERO.

A la sombra de las selvas americanas voy á entonar cantos de un nuevo género que ningun oido mortal escuchó todavia. Referir quiero vuestras desgracias ¡o Natches! ¡O nacion de la Luisiana! de quienes solo queda ya la memoria. Los infortunios del oscuro habitante de los bosques, merecen tambien algunas lágrimas: la tumba de un Indio bajo la encina de su patria, no habla menos al corazon que los sepulcros de los reyes en nuestros templos.

Astro de la noche, fanal hermoso de los tristes, pacifica antorcha de las meditaciones, sé tú para mí el astro del Pindo. Vé delante de mis pasos y dirige mi camino por

entre esas regiones desconocidas del Nuevo Mundo : vea yo contigo , y perciban mis ojos bajo tu muerta lumbre , los dolorosos secretos de esos desiertos. La historia de los trabajos á que el hombre fué condenado sobre la tierra , merece bien este cuadro mas de afliccion y escarmiento.

René , acompañado de sus guías , habia subido ya á lo largo de la silenciosa corriente del Meschacébe , por el lado que baña los confines de los Natches , y su barca flotaba delante de los tres collados que , á manera de una cortina , ocultan á la vista el ameno pais de los hijos del Sol. Un sentimiento indefinible de pesar , de alegría y de espanto , hizo alli estremecerse al sensible viagero , y volviéndose hácia la Europa : « A Dios , dice , « suelo querido de mi tierra natal , donde « apuré hasta el fondo la copa de la amara- « gura!.... A Dios , Amelia!.... aun no es- « taba agotada , como yo creía , la fuente de « mis lágrimas.... Salid , hijas del dolor , y « mezclaos con las ondas ; id , llegad si es « posible hasta el pie de aquel muro sagra- « do. ; Para siempre , Amelia mia , á Dios ! »

Y cubriéndose el rostro con una mano, y apretándose el corazón con la otra, salta á la ribera, trepa las cuestas, y en poco tiempo llega á la cumbre mas alta.

¡Oh! cual fué la primera vista de aquel desierto encantado! ¡Que semblante tan halagüeño le presentaba aquella nueva patria que iba buscando! ¡Que risueña, que hermosa le pareció á lo léjos la gran aldea de los Natches! ¡Que prestigio ofrecia á sus ojos aquella vasta llanura de verde césped que veia delante, sombreada de trecho en trecho de frondosos y alegres bosques de palmas, de magnolios y sasafrases! René no se detiene, y la senda que guia sus pasos le parece el camino de la esperanza adornado por las Gracias. Un gran número de mozas Natchesas, mas ligeras que las ciervas, re-
tozaban con ellas en el campo: otras recogian fresas y llenaban sus canastillos terciados á la cintura y pendientes al hombro de una larga corteza de abedul. Mientras los extranjeros venian lejos, se paraban curiosas á contemplarlos; pero en llegando cerca, corrian para los bosques y se es-

parcian huyendo como palomas á la vista del cazador.

Los viajeros llegan en fin á la primera cabaña. La familia de la casa se hallaba junta: los hombres fumaban en sus pipas; las mugeres disponian la comida y colocaban delante de ellos, sobre hojas de viña virgen, manjares del desierto, melones de agua, crema de nueces, huevas de pescados, sagamita y pernils de oso. Un nudo de bambú servia para beber el agua de erablo.

René y sus guias se mostraron en el umbral y digeron: « Acabamos de llegar. » — « Seais bien venidos » contextó el gefe de la familia. Sentóse entonces cada uno, como los Indios, sobre una estera de junco, y sin hablar mas palabra participaron todos del banquete. Acabada la comida dijo uno de los intérpretes: « ¿ Donde está el Sob? » (1) — « Ausente » respondió el gefe, y siguió el silencio.

Poco despues llegó á la cabaña una jóven

(1) Así llamaban estos Indios á su Emperador ó Gran Gefe.

de gentil figura y presencia, derecha y elegante como una palma, ligera y suelta como el vástago tierno de una caña. Y no solo era hermosa aquella India : la beldad peregrina de su rostro tenia ademas una cierta expresion dolorosa y un mirar pensativo que realzaba su encanto, y hacia una dulce sombra al color virginal de sus mejillas. Los Indios para expresar la belleza y la tierna melancolia de Celuta, solian decir que tenia el mirar de la noche y el reir de la aurora. No era Celuta todavía una muger desgraciada, pero tenia que serlo. Ni era posible verla sin sentir un deseo de estrechar en los brazos aquella interesante criatura ; pero aquel deseo moria luego, del sobresalto que causaba el contemplar sus ojos y notar en ellos la marca de una victima aparejada para el dolor.

Sonroseóse Celuta al ver los extrangeros, y pasando por detras de ellos, se llegó á la matrona de la casa, díjole alguna cosa al oido y partióse. Su ropa blanca de corteza de morera ondeaba ligeramente sobre su espalda, y dejaba ver á cada paso los talones

de rosa de la India. A su andar y al delicioso perfume que esparcieron en la cabaña las bellas flores de magnolia que coronaban su cabeza, se podría haber creído que era acaso la Diosa de aquellas selvas. De una manera semejante se mostró una vez Héro en las fiestas de Abidos: tal como ella, en los bosques de Cartago, la Madre del Amor se dejó conocer en su marcha y en el olor de ambrosia que exhalaba su cabellera.

Las mugeres comenzaban ya á disponer las camas de la cabaña, cuando René y sus compañeros se levantaron y dijeron: «Nos vamos.» Respondióles el gefe indio: «Id donde quieran los Genios.» Y saliendo con ellos hasta la puerta, les dió el abrazo de la paz, sin que nadie les preguntase de donde venian, donde iban, ó que nuevo género de trabajos les habria encomendado el cielo en aquel pais.

Dirigiéronse desde allí á lo interior de la aldea, donde los ojos de René no se hartaban de contemplar aquellas casas rústicas esparcidas de todos lados en un bello desorden, y aquellos altos pórticos de árboles centena-

rios que formaban sus avenidas, y por los cuales contaba cada Indio el número de sus abuelos que los habían plantado de su mano, cada uno el suyo. La hacha destructora no tocaba jamás á aquellas ramas venerables bajo de cuya sombra se criaban los hijos de la naturaleza. Cada uno de aquellos troncos sagrados era un volúmen de su historia, cada uno de aquellos lugares un vivero inmortal de gloria. Era entónces el tiempo de una de las dos fiestas del Sol, y aun quedaban dos días de regocijos. En aquellos muros pajizos, y sobre las altas cúpulas tapizadas de verde musgo que formaban sus techos, estaban repartidos y se ostentaban con gala los trofeos de cada familia, los despojos de la guerra y de la caza, y las antiguas pieles, los penachos y los collares de sus mayores.

Faltaba ya la luz del día para recorrer y visitar por completo aquellos raros monumentos de las selvas, y deseando encontrar á los varones principales de la nación, René y sus guías tomaron el camino de la plaza, donde sobresalía la cabaña del gran Gefe y la de su parienta mas cercana la *mu-*

ger Gefe (1). Una concurrencia numerosa de Indios de toda edad animaba aquellos lugares. No se echaba allí de menos el día, aunque era bien entrada la noche; tal era la claridad que esparcian las olorosas teas de cedro que ardian por todas partes, y formaban á lo lejos la vista de un río de fuego agitado en los aires. Fumaban á su placer los viejos al pié de los tulíperos, y discurrían gravemente sobre las cosas pasadas: las matronas daban de mamar á sus niños bajo los tamarindos, ó los mecian en sus cunas colgadas de las floridas ramas de aquellos árboles amigos de la infancia; las jóvenes indias entonaban á coros cerca de sus madres los himnos del amor y de la guerra: mas léjos se holgaban á su salvo los animosos zagalillos, y enlazados sus brazos probaban quien sufriria mas tiempo el ardor de un carbon encendido. Los guerreros, jugaban unos á la pelota con raquetas forradas en pieles de serpientes; otros traian vivas disputas al jue-

(1) El hijo mayor de esta muger era el heredero del reino.

go de las pajas y al de las tabas; otros en mayor número bailaban la danza de la guerra, ó el vigoroso paso del búfalo. Su música era una especie de tambor que un mismo hombre heria á compás con una sola baqueta y lo acompañaba con la concha salvage, ó con el pito de bicerra penetrante, y alegre como el pífano querido del soldado.

Comenzaba ya la hora en que las flores del malvavisco se abren en los prados y en que las tortugas del río vienen á poner sus huevos en las arenas. Los extrangeros habian atravesado dos veces la plaza, cuando vieron llegar un anciano de admirable presencia y de largos años, que mas bien que una cosa de la tierra, parecia una sombra sagrada y un misterio de aquellas fiestas. Caminaba apoyado en un baston de encina, y guiaba sus pasos una niña, porque el cielo habia querido probarle, y sus ojos no veian la luz. Este hombre celestial era Cháctas, el Sachem mas antiguo y el mas sabio de aquellas tribus, que venia á tomar tambien parte en el regocijo de su pueblo. Cháctas era el oráculo de los Natches; cuando él hablaba

ponian todos el dedo sobre la boca : sus sentencias se recogian como un texto divino, su consejo era un áncora de salud en todos los peligros ; sus palabras , como una brisa refrigerante en las penas del corazon. La muchedumbre , jamas satisfecha de verle y de oírle , dejaba los juegos por donde quiera que pasaba , y viniendo á su encuentro , saludaba sumisa al patriarca del desierto. Los demas sabios de la tribu seguian detras , y hacian un cortejo de siglos al hombre venerable que ilustraba con tanta gloria la ancianidad , é inspiraba tanto respeto hácia la vejez.

René y sus compañeros le saludaron al estilo de Europa. Advertido el Salvage , correspondió del mismo modo , y tomando la palabra en frances les dijo : « Extrangeros ,
« no sabia yo que estabais aquí. ¡ Cuanto
« siento no poder veros ! Cuando tenian luz
« mis ojos , era un placer para mi el con-
« templar á mis huéspedes y advertirles ,
« por lo que yo observaba en sus rostros ,
« los decretos del cielo. » Y volviéndose en seguida á la turba que sentia en pos de si ,

« Nátches, les dice, ¿ como habeis déjado
« tanto tiempo solos á estos Franceses? ¿ Es-
« fais vosotros seguros de que algun dia no
« tengais que viajar tambien lejos de vuestra
« tierra natal? Sabed que cada vez que llega
« entre vosotros un extrangero, debeis, un
« pié desnudo en el rio, y una mano exten-
« dida sobre las aguas, hacer un sacrificio al
« Meschacébe, porque el extrangero es ama-
« do del Grande Espíritu. »

— Cerca del lugar donde hablaba asi el viejo, extendia sus brazos cargados de flores un soberbio catalpa de tres siglos. Cháctas mandó á su guia que le llevase debajo de él, y llegado, sentóse al pié con René y con los otros extrangeros. Los muchachos que los seguian, treparon á lo alto de las ramas, y alumbraban con hachas aquella escena. Al reflejo de las luces reverberaban juntos el semblante del anciano y el nudoso tronco del árbol: uno y otro brillaban y se prestaban mutuamente una magestad religiosa: uno y otro llevaban la señal de los rigores del cielo; y sin embargo florecian aun, despues de haber sentido el golpe del rayo.

El hermano de Amelia tenía los ojos clavados sobre el Sachem. Sé asemejaba Cháctas á aquellos héroes que representan los antiguos bustos, sobre cuyos rostros de alabastro que parecen ciegos, se ve expresada la calma del pensamiento y el reposo en el genio. El sosiego de las pasiones apagadas se mezclaba en la frente de Cháctas á aquella serenidad digna de notarse que se muestra en los hombres que han perdido la vista; tal vez, porque una vez privados de la luz terrestre, les sea mas fácil tratar interiormente con la luz de los cielos, ó ya sea que la sombra en que viven los ciegos, convida al alma al reposo como la noche y la oscuridad.

El Sachem tomando la pipa de paz cargada de hojas olorosas del laurel de la montaña, arrojó el primer vapor para el cielo, el segundo hácia la tierra, y el tercero al rededor del horizonte. Presentóla en seguida á los forasteros, y recibéndola el hermano de Amelia, le dijo éste: «Anciano venerable, el cielo te bendiga en tu posteridad. ¿Eres tú el pastor de este pueblo que te

« rodea? ¿Me permitirás que yo tome tam-
« bien un lugar en tu rebaño? »

« Extrangero , respondió el sabio de los
« bosques , yo no soy mas que un simple Sa-
« chem , hijo de Utalissi. Me llaman Chác-
« tas , porque dicen que mi voz tiene alguna
« dulzura : la causa de esto podrá ser el res-
« peto que tengo yo al Grande Espiritu. Si
« nosotros te recibimos por hijo , no tendre-
« mos que hacer para ello un grande es-
« fuerzo : hace ya mucho tiempo que noso-
« tros somos amigos del Onontio (1), cuyo
« Sol (2) habita á la otra parte del lago que
« no tiene riberas (3). Los viejos de tu pais
« han conversado con los viejos del mio , y
« probaron ya en otro tiempo sus fuerzas ;
« porque debes saber que nuestros abuelos
« formaron una raza muy poderosa.... ¡ Ah !
« ¡ que somos nosotros ya cerca de ellos !....
« Y yo tambien que te estoy hablando , yo
« tambien habité algun dia entre tus pa-

(1) El gobernador frances.

(2) El rey de Francia.

(3) El mar.

« dres.... No estaba yo encorvado entonces
« hácia la tierra como hoy me ves : por aquel
« tiempo tenia mi nombre fama en las sel-
« vas.... pero ¿que es la vida ni que es la
« fama delante de ese caudaloso rio de los
« tiempos que se lleva todas las cosas?.....
« Iba diciendo, que yo estuve tambien en
« Francia, y debo añadirte que contraí
« una deuda muy grande con tu pais. Si es
« acaso que se encuentra en mí algun sa-
« ber, á un Frances se lo debo todo ; sus
« lecciones han germinado en mi corazon.
« Las palabras del hombre segun las miras
« del Grande Espiritu, son granos finos y
« fecundos que las brisas esparcen por la
« tierra en todas direcciones, y abrigados
« y desenvueltos donde hallan suelo, pro-
« ducen frutos nutritivos y deliciosos... Mis
« huesos, ¡o hijo mio! reposarian dulce-
« mente en la cabaña de la muerte, si antes
« de bajar á la region de las almas, pudiera
« yo probar mi gratitud á los compatriotas
« de aquel antiguo huésped que alcancé yo
« en el pais de los Blancos.... ¡ah!..... ¡el
« mejor hombre de la tierra!..... »

Cuando acabó estas palabras el Nestor de los Nácthes se cubrió la cabeza con su capa, y pareció sumergido en algun hondo recuerdo. La magestuosa presencia de aquel viejo, el elogio de un hombre culto pronunciado en medio del desierto por un *Salvage*, el título de hijo dado á un extraño, y aquel uso tan cordial y sincero en los pueblos de la naturaleza de tratar de parientes, y mirar como amigos todos los demas hombres; tantas sensaciones, tan poderosas, tan nuevas, tan conformes á las ideas de René, dilataban su corazon, y le hacian esperar otras gentes y otro mundo de mejor astro en las selvas. « Pues bien, Cháctas, dijo el jóven
« frances despues de algunos instantes de
« silencio, yo cobraré esa deuda que tú con-
« fiesas; tú serás tambien para mí el mejor
« hombre de la tierra. » — « Extrangero del
« pais de la aurora, le dijo Cháctas, si yo
« te he comprendido bien, me parece que
« tú has venido con el designio de habitar
« las selvas donde el sol se pone. Si en efec-
« to es así, piénsalo muchas veces: tú po-
« drías engañarte: para un hombre civili-

« zado es muy grande empresa la que aco-
« metes ; no es tan fácil , como tú piensas
« tal vez , el vagar por las sendas del corzo...
« Fuerza es que los Genios de la desgracia
« te hayan hecho tener sueños muy fumes-
« tos para haberte obligado á tomar tamaña
« resolución.... Cuéntanos tu historia , jó-
« ven extranjero. Por la frescura de tu voz y
« por la suavidad de tus brazos , infiero que
« te hallas en la edad de las pasiones. No
« faltará aquí quien compadezca tus penas.
« Mas de un Sachem que nos escucha cono-
« cen la lengua y las costumbres de los
« Franceses ; y no dejarás de hallar tam-
« bien entre esta muchedumbre algunos
« Blancos , compatriotas tuyos , del fuerte
« Rosalía , que se alegrarán de oír hablar de
« su país. »

El hermano de Amelia respondió con una voz turbada : « Indio , mi vida no tiene aven-
« turas : el corazón de René no se cuenta. »

Estas palabras bruscas fueron seguidas de un profundo silencio. Las miradas de René relumbraban con un fuego sombrío : los pensamientos se amontonaban y cruzaban en

su frente como nubes tempestuosas ; sus cabellos se le erizaban sobre las sienas. Mil sentimientos confusos se suscitaban entre la muchedumbre : algunos de ella creyeron que el extranjero estaba loco ; á otros les parecia que era un Genio revestido de forma humana.

Cháctas extendiendo á tienta su mano, buscó la de René, y tomándola dulcemente le dijo : « Extranjero , perdóname esa sú-
« plica indiscreta : los viejos son curiosos y
« les gusta saber historias para poder dar
« lecciones. »

Vuelto entonces René del amargor de sus recuerdos, y pensando en su nueva existencia, rogó á Cháctas que le hiciese admitir entre los guerreros del Nácthe, y que le adoptase por hijo.

« Tu encontrarás una estera en mi cabaña,
« respondió el Sachem, y mi vejez recibirá
« contigo un aumento de vida ; pero el Sol
« está ausente, y hasta que vuelva no po-
« drá hacerse tu adopción. Concedido está
« ya, o huesped mio, lo que desees : falta
« solo que reflexiones bien despacio el par-

« tido que pretendes tomar. ¿Encontrarás
« tú en nuestros campos el reposo que vie-
« nes buscando? ¿Estás cierto por ventura
« de que el dolor de la patria abandonada
« no volverá nunca mas á despertarse en tu
« corazon enfermo? Para el viagero se re-
« duce todo en la tierra á cambiar algunas
« ilusiones contra algunas memorias : el hom-
« bre lleva siempre en su seno un deseo in-
« definido de estar mejor, que jamas se rea-
« liza, y jamas se destruye. En nuestros
« bosques, tú la verás, hay una planta,
« cuya flor se forma, pero nunca se abre.
« Como esta flor es nuestra esperanza. »

Así hablaba el Sachem, que mezclando la fuerza con la dulzura, se parecia á aquellas encinas viejas en cuyo tronco medio abierto las abejas han escondido un panal. Otros muchos documentos de sabiduria y experiencia pronunció allí aquel sabio, que la turba encantada oía como un eco del Grande Espíritu, hasta que siendo ya tarde se levantó, y apoyando un brazo sobre los hombros de René, « Vamos pues, hijo mio, le dijo; ven
« á pasar tu primera noche en la vieja ca-

« baña de Utalissi. Quieran los Genios que
« yo pueda partir contigo la paz de la resig-
« nacion que habita en ella largo tiempo
« conmigo. Náches, cantad el himno de
« los huéspedes; vosotros sereis tambien des-
« de ahora sus hermanos, porque este Fran-
« ces ha comenzado ya á ser mi hijo ». La
turba solícita y obsequiosa entonó entonces
á coros el himno de la bienvenida, y siguió
sus cantares y sus aplausos hasta el umbral
sagrado del patron de la soledad. Los guias
se despidieron, y tomaron el camino del
fuerte.

René entró en fin bajo el techo de la
hospitalidad, donde algunos parientes y
amigos del anciano asistieron á los honores
del recibo. Lo primero de todo se puso á
calentar agua en un cubo de piedra negra
para lavar los pies del reciénllegado. Cuando
este oficio patriarcal fué cumplido, invocó
Cháctas los Manitús protectores de los via-
geros, y quemó hojas de sauce que es la
ofrenda querida de aquellos Genios. En las
aguas fugitivas de los rios está representada
la vida errante, y en la sombra del sauce

que cabe de ellos florece , se simboliza el amparo del peregrino. Otro anciano puso luego en las manos de Cháctas un vaso grande , adornado de flores. Presentóle este á René y le dijo : « Recibe , o huésped mio , « como una prenda anticipada de mi adop- « cion , la antigua calabaza de mi fami- « lia : seis generaciones han bebido en ella « el agua de erablo. Los jacintos azules « que la coronan, te darán la fragancia de la « amistad ; las siemprevivas abrazadas á su « cuello podrán decirte que la amistad no « muere nunca en el desierto. Repara con « atencion en sus flancos , y verás en ellos « las fechas y las cifras de mis mayores , cu- « yos nombres son repetidos con aprecio en « todos estos pueblos , y subsisten con gloria « por cima del sepulcro. Yo pondré tam- « bien en ella mi señal sin tardarme , por- « que siento que me llaman , y mi tiempo « se cumple. ¡ Ojalá puedas tu poner la tuya « despues de largos años , y entregar á al- « guno que la merezca , esta herencia de « la virtud ! » Cuando Cháctas decia estas cosas , parecia alumbrarse su rostro de un

resplandor divino , y al traves de sus ojos apagados asomó su corazon una lágrima. René tomó aquella copa con un respeto religioso , mojó en ella sus labios , y volviola á las manos del anciano que temblaban , aun mas de gozo que de vejez. « Siéntate
« ahora con nosotros , continuó el sabio en-
« ternecido , come de nuestro pan , y re-
« posa en medio de esta familia que mui
« pronto será la tuya. » Colocáronse entou-
ces todos en circulo sobre esteras nuevas de palma : las mugeres amasaban en tanto harina de maíz y hacian tortas al fuego ; otras trababan y componian sabrosas gelatinas : las mas jóvenes tendian el mantel de la hospitalidad y lo cubrian de flores y frutos. Quanto se hacia allí aquella noche tenia un sentido ; cada uno de aquellos presentes era un emblema , cada objeto , cada incidencia de aquella mesa era un tema en la boca de Cháetas. ¡ Cual fué , ¡ o Genios de la virtud ! aquella cena misteriosa , que presidisteis vosotros , donde os gozábais de la felicidad que comenzaba un mortal desgraciado que de tan largas tierras venia á buscarla ! Otuga-

miz hacia los honores de la mesa ; Otugamiz, joven guerrero, en la primera flor de la vida , dulce , sencillo , generoso , fiel alumno de Cháctas, que bebía sus lecciones como una tierna planta chupa el rocío del cielo al caer de la tarde. Otugamiz no había elegido todavía el amigo que debía serlo suyo toda la vida según el uso de aquellos pueblos : sus ojos comenzaron á fijarse sobre René ; sus destinos empezaban ya á correr desde aquella hora. Atendiendo sin cesar á su huésped , y no dejando pasar ninguna ocasión de festejarle, le presentó dos tier-
nas zoritas que en la mesa de un rey podrían haber causado envidia. « Toma y come
« conmigo, le dice, de estas dos palomas
« que alimentó su madre con bayas de enebro para que yo te regalase esta noche.
« Cuando las cogí esta mañana en el nido,
« decía yo para mí : ¡ Ojalá tuviera un amigo
« á quien ofrecérselas ! ¿ Pero que son dos
« palomas cuando yo siento ahora , en este
« mismo instante , que ofrecería mi vida al
« hierro y al fuego por ti ! » El Europeo y el Indio se abrazaron y mezclaron sus lá-

grimas y su aliento, el plato se escapó de sus manos, Cháctas reclinó su cabeza en medio de los dos jóvenes, y pronunció en voz baja una súplica á los Genios del bien.

Acabado el festin fumaron todos con reposo, y cruzando sus pipas dieron gracias al Grande Espíritu. René fué despues guiado con las ceremonias del pais hasta la piel de oso que debia servirle de lecho. Cháctas se acostó mas arriba; los demas Indios salieron: el porton de la cabaña, que era una humilde estera de junco, cayó; y extendiendo sus miembros en la cama del cazador, René durmió su primer sueño en los Nácthes.

Mientras que la nacion del Sol se ocupaba en juegos y en fiestas, un destino fatal precipitaba por todas partes los sucesos siniestros. Abandonando los campos fertilizados con el sudor de sus abuelos, una juventud hazañosa, planta extranjerá arrancada al dulce suelo de la Francia, ha venido á poblar con su fructuoso destierro el fuerte que besa humilde el Meschacébe, y cuyo grato nombre de Rosalia parece re-

petir murmurando á lo largo de sus riberas. La colonia francesa no cabe ya en sus lindes. Perrier que gobernaba entonces en la Nueva Orleans, vé que se acerca el tiempo en que fuerza será extender los términos del cultivo, y llevar el arado hasta las tumbas de los Indios. Chepar, comandante del fuerte, ha recibido ya sus órdenes para hacer la reseña de sus soldados, y mostrar un alarde en frente de sus vecinos. Chepar no se detiene, y á la aurora del dia siguiente el redoble de los tambores y el bramido de las trompetas hicieron despertar al soldado que dormia tranquilo en sus tiendas. El desierto se espanta, las montañas sacuden su cabellera, y el terror penetra en la soledad, donde solo se oia poco antes el cantar de los pájaros, la voz del ciervo, ó el suspiro de la brisa agitada.

Los guerreros franceses saltan de sus lechos y se levantan animosos como el caballo de batalla, cuando oyendo el clarin, alza el cuello arrogante, aguza las orejas, y sacudiendo sus crines, la nariz humeando, henchido de corage, bate el suelo con las

manos y relincha impaciente por dejar sus establos y llevar su dueño al combate. Un movimiento general se corresponde en el campo y en el fuerte. Los infantes corren presurosos á los haces de armas, los ginetes vuelan á la llanura; gimen los arrecifes y chispea el pedernal bajo las aceradas llantas de los carros, las cadenas del tren golpean, crujen los ejes oprimidos, y el pesado rodaje de la artillería retumba á lo léjos como el trueno en las concavidades del espacio. Los primeros rayos del sol cayeron sobre las lucientes bayonetas de la infantería desplegada, y las banderas de la Francia, banderas inmortales cubiertas de cicatrices, reselladas mil veces por la victoria, saludaron al astro del dia entre los coros de Belona al compas de sus marchas triunfales. El Meschacébe alarmado sacó su cabeza goteando de entre las ondas, y olvidando sus urnas, contempló largo rato absorto y sobrecogido aquel grave espectáculo de terror y de gloria. Sus ojos se perdian entre las filas, y mas de una vez quisiera contar el número de los valientes que tapaban la ri-

bera ; mas faltóle su vista desvanecida , y sumergiéndose otra vez de despecho el orgulloso salvage « ; He aqui, dijo , que de hoy « ya mas , yó seré tambien un vasallo de « los Blancos como cualquier rio de Eu- « ropa !

!Hija de Nemosina de la larga memoria, alma poética del trípode de Delfos y de las palomas de Dodona ; Diosa escondida que cantas al rededor del sarcófago de Homero en alguna playa secreta del mar Egeo ; tú que no léjos de la antigua Partenope , haces nacer el laurel de la tumba de Virgilio , ¡ o Musa ! deja un instante ese polvo viviente y esos muertos armoniosos ! De las riberas de la Ausonia , de las ondas del Esperquio , y de los campos solitarios que baña el Simoes , ven á esta tierra vírgen harto mas digna de tus cantos. Sobre este suelo aparecido hay un nuevo gérmen de héroes , y las palmas y los laureles amontonados piden un nuevo Orfeo. Ven , asisteme y haz que yo pueda nombrar los soberbios caudillos y las legiones inmortales del indomable Galo , cuyos fastos gloriosos en todas las edades

bastaría apenas tu aliento para cantarlos
¡O divina Caliope!

He allí en el centro de batalla esa tropa vestida de azul y oro, que maneja el rayo de Júpiter: en cualquiera combate, ella es la que decide casi siempre á la fortuna en favor de la Francia: instruida por Urania, hace servir la ciencia y el genio para coronar la victoria. Folard es su gefe, que entre el tropel furioso de las revueltas haces y en medio del estrago, sabe medir la curva de la bala ó la de la bomba, indicar la colina que ha de ser abrasada, y trazar y resolver impertérrito sobre la arena ensangrentada las figuras y los problemas del gran Pitágoras.

Blanca y ligera como la nieve sobre las ardientes cumbres del Etna, la infantería está formada por delante de las terribles máquinas de los Cíclopes modernos. Marsella cuyas galeras tienen fama desde el tiempo de Belo, Lorient que hace bogar sus bajelos hasta el mar de la Trapobana, la Furena tan deliciosa por sus frutos, Flándes la de las guerras sangrientas, Lyon la ro-

mana, Estrasburgo la germánica, Tolosa tan célebre por sus trovadores, Reims donde los reyes van á buscar su corona, París donde vienen á traerla, todas las ciudades, todas las provincias, todos los rios de la Francia han enviado sus hijos, y han surtido los batallones que dilatan su gloria por detras del Atlántico. Sus armas no son ya la espada y el dardo: un tubo inflamado, mucho mas certero que el arco, dispara la muerte, y reemplaza la lanza con el cuchillo de Bayona. El escudo es el brazo, sus corazones son las mallas; su divisa, las lises, símbolo imperecible del honor virginal de la Francia. Cincuenta capitanes escogidos mandan cincuenta compañías de esta infantería formidable. Allí está el infatigable Toustain que nació entre las espigas de oro de la Belsia; y Armañac el intrépido, que al momento de haber nacido fué bañado en las aguas del Garona; y el sufrido Tourville, criado en los valles herbosos donde las aldeanas retozan en los bailes engalanadas con el corsé de seda y las altas cofias de batista. Allí se vé tambien al inclito Beaumanoir sa-

lido de las rocas de la Armórica; á Causans, á quien su tierna madre dió á luz en la fuente de Laura: á Danmale que gustó el vino de Ai primero que la leche de su nodriza; á Saint-Aulaire de Nimes que fué educado bajo de un pórtico romano, y á Gautier de Paris, cuya primera juventud dejó fama entre las rosas de Fontenay, cuyos versos estan gravados en las encinas de Senar y en los olmos de Ermenonville. Y tú tambien estás entre ellos, valeroso y dulce Artaguétes, y te distingues entre todos por tu frente espaciosa y limpia, por tu nariz piramidal, y tus grandes ojos rasgados llenos de luz. Artaguétes sigue las banderas del honor y dará mil veces su vida al pie de ellas frente del enemigo: en el calor de los combates no hay un brazo mas fuerte ni mas cierto que el suyo; pero en el consejo es un ángel que abomina las injusticias y protege con su elocuencia al inocente indígena, que es señor del pais, y no pide sino sus bosques y sus sepuleros.

A la izquierda de los infantes se extienden los ligeros escuadrones de los nuevos

centáuros, cuyos cascos corona un dragon de oro, cuyas negras garzotas de crines ondean sobre las casacas verdes avivadas de amarillo. Cuando parten á la embestida, la pistola en la mano y preparado el sable para el destrozo, los hijares de sus corceles barren el suelo, y en la tierra no queda rastro de su camino. Si el enemigo deja el llano, si se ampara de la espesura, estos bravos caballeros echan pié á tierra, arremeten entre las breñas, se encaraman en las alturas, y persiguen su presa hasta los precipicios. Prontos á donde quiera que los azares de Belona los llaman, hora los vereis como estátuas hacer la guardia en las almenas junto á los cielos; hora abajo en el campo salvar las estacadas y abrir paso á un convoi en medio de dos fuegos; hora esguazar un rio caudaloso y hacer vado en los senos mismos y entre los remolinos de la corriente. Los mas de estos soldados vieron su luz primera en los rojos viñedos donde madura el vino que refresca á la tropa en el ardor de la batalla. Su gefe, hasta decir su nombre, es Villars.

¿Quién podrá competirle sino Nemours?

Nemours, el de los largos brazos y la voz de Estentor, manda en el ala opuesta una masa compacta de caballeros pertrechados de todas armas. Al vestido de azul obscuro y las vueltas de aurora, á las borlas de oro que relumbran y saltan en sus espaldas, al sombrero gaules y al vistoso plumage que lo corona sobre la rosa blanca, á su espada maciza, á las anchas gurupas y á la altura colosal de sus caballos, se hace conocer aquel cuerpo terrífico de caballería pesada que desbanda los batallones, y deshace los cuadros erizados de bayonetas. El torrente que baja de entre las cordilleras henchido de peñascos y de robles y encinas arrebatadas en su larga carrera, no descarga con mayor impetu sobre el valle sus raudales enfurecidos, como los escuadrones de estos fieros gigantes se precipitan contra las filas enemigas un día de gloria. Las llanuras de la Flandes los han probado. El Artois, la Lorena y la Cataluña se acuerdan de ellos.

No te dejaré yo tampoco sin alabanza,

¡o falange escogida de la lealtad, cuya púrpura veo brillar á la espalda de la batalla donde estás de reserva. Os conozco, os conozco, sagrado batallon de labradores, que bajásteis de las rocas de la Helvecia y aun conservais la pica que lanzó á los tiranos de vuestro suelo para jamas. ¡Valerosos Urbigenas y Avenchinos! el contagio de nuestro siglo no ha penetrado en vuestros techos: vuestros Lares conservan la edad de oro, y os arrancan mas de un suspiro. La memoria de vuestras moradas campestres os persigue sobre estas riberas lejanas; los cantares de vuestros campos repetidos en el desierto, os recuerdan otras montañas mui mas queridas. Y tú, esforzado D'Erlach, tu tienes el honor tantas veces merecido de mandar esos hijos de Guillelmo Tell; tú descendes de uno de aquellos héroes que al rededor del último Valois defendieron las Lises abandonadas y las tiñeron con su sangre. Vuestra fé no ha cambiado, y si hubiera nuevos peligros que la probasen, todavia sabriais morir en las gradas del Louvre!

¿Y que podré yo decir ¡o Musa! de esos

fieros Velites rústicos que forman la avanzada, y se juntan en pelotones delante del ejército al sonido de la corneta del cazador? Puestos á la ligera con la túnica burda de lienzo ceñida á la cintura, con el gorro de pieles, y el ligero escaquin de cuero, suspendida la carabina á la espalda como un carcax, y terciada la charpa de municiones á la derecha, estos duros colonos son los primeros al combate, aman la guerra con furor, y persiguen en el desierto á los hombres como á los corzos y á los gamos. Hijos bravios de las selvas del Nuevo Mundo, ciudadanos medio franceses, medio salvages, ignorados de sus abuelos, y extrangeros al resto de la tierra, han tomado los gustos, las costumbres, el desenfado y el andar libre de la naturaleza, y conservan no obstante las artes que recibieron de sus padres. Labran la tierra como los Europeos, forjan el hierro, entienden las fraguas, manejan el escoplo y la sierra, y conocen la escuadra y el palustre. Pero su pasión invencible es la caza. Émulos y enemigos naturales del pueblo indígena, le sobrepujan en as-

tucia y agilidad, escudriñan los senderos ocultos y las profundidades de los bosques, trepan los saltos mas difíciles, y penetran hasta la manida del ciervo y el vivar de la osa. A la pista del enemigo, su carrera es veloz mas que el vuelo del pájaro que atraviesa sobre las ondas y las rae con sus alas : puesta á tiro su presa, á donde van sus ojos va el plomo. El Canadense Enrique, viejo feroz y desalmado, guarda antiguo de la colonia, originario de Rio Bravo, avezado desde su infancia al botin y á la sangre, es el cabo á quien obedecen estas bandas agrestes, precursoras de los desastres. Su corazon palpita de alegría á este amago de guerra, porque temia acabar sus años en paz, y los Náteches le deben la cabellera de su hijo único,

Un silencio general se hace entretanto en la llanura: una nube de polvo cubre el camino del fuerte. Los gefes del ejército se aproximan : los macizos entorchados de oro y de plata saltan sobre sus hombros : las joyas del honor, alcanzadas en una larga carrera de combates gloriosos, resplandecen

en sus pechos, y los altos plumages blancos que guian á la victoria, se tremolan sobre el cortes sombrero de los héroes gauleses. Orgullosos de tales dueños, sus jarifos corceles no caben en el campo y se quieren comer la tierra: una hermosa potranca perla, vagabunda andariega de las manadas megicanas, los adelanta á todos y lleva ufana al ilustre Chepar. Este gefe honorable se distingue entre los demas por su cabeza blanca, por sus largos mostachos grises, su estatura elevada, y su rostro flaco y arrugado, aun mas que por los años, por los duros trabajos de la guerra que ocuparon toda su vida. Su talante noble y sencillo, el gracioso atractivo y la decorosa urbanidad de sus modales, hacian ver todavia una muestra de los viejos alumnos de las tiendas de Luxembourg y Catinat. Chepar amaba la justicia, protegía la colonia y sabia mantener la disciplina; empero mejor soldado que político, no conocia mas mundo que el de las armas; ni comprendia la sociedad sino en las ordenanzas de la milicia. En vano habia atravesado los mares y se ofrecia á su vista

aquel grande teatro de regiones y pueblos tan diferentes y tan nuevos en los fastos históricos; Chepar no sabia ya salir del antiguo circulo que habia andado constantemente en su mocedad: la América salvage le parecia lo mismo que otra cualquier provincia de la Europa civilizada. No de otra suerte el laborioso insecto de la Sérica que acabó su preciosa urdiembre, vive dentro encerrado en su bóveda de oro, y sus ojos no ven mas nada sobre la tierra.

El Gefe avanza y se coloca algunos pasos sobre el frente de guerra. Los tambores redoblan, los capitanes corren á sus puestos, los soldados se afirman en sus filas. A otra nueva señal queda fija la línea, y en su actitud inmóvil aparece á lo léjos como el muro de una ciudad adornado de banderas y gallardetes.

Los tambores callan; suena una voz y se prolonga como un eco de gefe en gefe sobre toda la formacion. Millares de tubos, brillantes como el surco del rayo, se alzan de repente y resuenan sobre los hombros del infante, las espadas de la caballería retiñen

en los aires , y el reflejo de los aceros vuelve al cielo sus luces en trocados celages y en vistosos cambiantes de oro y de púrpura. Tal parecen arderse los horizontes y abrasarse los mares cuando el divino Febo se muestra por la mañana y revuélve su disco hermoso sobre las ondas : los cristalinos techos de Tetis se cuajan de resplandores ; una escarcha de luces vivas aparece y se extiende sobre las aguas como una alfombra de brocado y de aljofar ; brilla el Iris entre las olas , y la lumbrosa imágen del Dios del dia se dilata y se multiplica como una lluvia de zafiros y de diamantes sobre arroyos de plata empedrados de coral y esmeralda. Adornada de igual prestigio , con el bruñido casco , la radiosa coraza , el fulgente escudo ; y el hachon rutilante agitado en su diestra , ilumina tambien Belona los campos de la guerra , y al fulgor de las armas une el suyo la gloria , y sus rayos destellan sobre los ojos de los valientes , y estremecen como el electro , y levantan chispas del corazon.

Chepar se acerca , y las filas abren sus flancos , se dividen en cuadros , y formando

calles regulares le reciben en medio de ellas con marcial homenaje. Tal se eleva y parece un hermoso parque de árboles escuadrados, cuyas largas carreras simétricas y los altos boscajes sombrean el horizonte al extremo de una vasta llanura, y dominan magestuosos los campos de la comarca. Tal se ve al diligente jardinero que en los preparativos de una fiesta, reconoce sus alamedas, fortalece sus palizadas, examina sus pavellones, y recorre sus ramilletes y sus planteles entre las bicolors mesas del dócil mirto, que guió su mano y bordó cuidadoso con su experta tijera. Chepar ve complacido el garboso manejo de sus tropas, su valiente apostura, su buen espíritu, y el vigor de la disciplina que se muestra y resalta prolijamente en todos los detalles y en todos los deberes de cada arma. El contento del ejército es general, la confianza reciproca. Una sola queja se oye por todas partes, de estar ociosos; un deseo tan solo se manifiesta, de pelear y de cubrir la tierra de las magnolias con los lirios de Francia.

No desdeña Chepar los votos de estos valientes: el porvenir cercano se descubre en su rostro á la grata sonrisa con que acoge el ardor guerrero que los consume. La revista va á ser seguida de los juegos de Marte, las asambleas de guerra quedan abiertas indefinidamente; la ribera derecha del Meschacébe formará un campo permanente de egercicio y observacion.

Cuenta tú ¡o Musa! el alarde brillante que hizo este dia el egército, la abertura de esta campaña de ostentacion, y esa fiesta de armas que parece un regocijo, y es la vislumbre del relámpago que amenaza detras de la montaña una tarde de primavera. ¡Ah! ¡que hermosa, que galana, que divertida pareció la tropa aquel dia! ¡Cual fué el romper la marcha de aquellos veteranos alicionados en las llanuras de la Flándes y en los campos de Almansa! ¡Que vistoso, que bien medido aquel paso uniforme, seguro y grave con que lleva el soldado el compas de las ruidosas cajas! ¡Que poderoso estruendo! ¡Que ordenado bulliçio de caballeros y de infantes! ¡Que sime-

tria, que ajuste, que concierto de sonidos y movimientos! ¡Que armonia de los ojos, del oido y del corazon, cuando á la señal del gigante que precede las clamorosas bandas de los Tirteos modernos, el Genio de la guerra hace hablar á estos hijos de Eolo sus pensamientos, y acompaña el parche en cadencia los terribles acentos de las trompas marciales, y los címbalos relucientes del negro, agitados como dos soles en medio de los aires, chocan estrepitosos, y refuerzan y avivan el fragor alarmante de la orquesta guerrera! ¡Que prestigio, que encanto, que talisman secreto tienen las armas, los sonidos, el tren, la pompa del belicoso Marte! Ninguna cosa mas terrible, ni tampoco mas grata, que el ver aquellas legiones marchar al golpe de las músicas militares, cual si abriesen el baile de algun festin: nadie puede mirarlas sin sentirse poseido del furor de los combates, sin arder en deseos de gloria. Ahora el bizarro infante se mueve, y se apoya y vuelve sobre sus alas de caballeria, como gira una esfera sobre sus polos; hora avanza y se para, y estre-

mece la soledad con pesadas descargas; hora hace un vivo fuego sucesivo y continuado, que desciende, sube y vuelve mil veces á lo largo de las filas como las roscas de una serpiente: hora salen, y se desplegan, y corren todos al avance precipitados con el arma en el brazo, inclinada la bayoneta, tan fatal y tan dura en las manos francesas: hora vuelven y se recogen, y se espesan y apiñan como los clavos de la maza de Hércules: aquí se hunden las filas, y se ahuecan y abundan como el cesto de Flora; allí crecen y se dilatan como el contorno de la elegante urna de Corinto. El Meandro da menos vueltas sobre si mismo, la danza de Ariadne gravada sobre el escudo de Aquiles tenia menos giros y rodeos que los laberintos trazados en la llanura por estos hijos de la guerra. Obra son tambien de tus números, ¡o celeste Urania! esas brillantes maniobras. No nos diste tú para esto la divina pantómetra con que riges los cielos y haces girar los astros en los vastos espacios del firmamento. Nos hiciste señores de ella para adornar el mundo y hermosearle;

mas nosotros lo destruimos , y llamamos honor y gloria la destruccion.

Tal fué este dia solemne , señalado por los destinos como preludio de los desastres que amenazaban aquel suelo de Eden. La colonia estaba presente , y gozaba de este espectáculo alborozada , y alargaba sus ojos ávidos hácia los codiciados campos de sus vecinos. Los Indios habian acudido tambien en gran número , y fumando sus pipas de paz en medio de los Blancos , aplaudian estos juegos que escondian realidades.

LIBRO SEGUNDO.

Satanas recorría la tierra, y girando en los aires por cima de la América, contemplaba con ojos desesperados aquella parte de la tierra donde el Salvador hacia penetrar su luz en los últimos tiempos. Chile, el Perú, Méjico, la California, recibieron su ley divina; las riberas del mar atlántico estaban pobladas de colonias cristianas, y el árbol santo de la Cruz comenzaba a extender sus brazos en el desierto. Pero mas que todo, hácia el Norte, sus miradas inquietas descubrian pueblos enteramente civilizados y hermanos que retraian la imágen del Paraíso, la justicia y la paz cultivadas como en la edad de oro, la igualdad evangélica asentada por base de una nueva

sociedad naciente , y el prodigio de un gran estado agricultor y comerciante que se funda sin sangre , y se estiende , y conquista solo por la dulzura de la virtud. « ¡ Que me queda
« ya sobre la tierra , exclamó desolado aquel
« gefe de las tinieblas , y que es ya de mi
« imperio sobre los hombres ! La especie
« humana se mejora y se rehabilita y sacude
« su maldicion donde quiera que se predica
« y es observada la ley del Evangelio. ¡ He
« aqui pues la mejor y la mas cumplida
« parte de mi herencia , que gozé en paz
« tantos siglos , invadida del Nazareno !
« ¡ Que podrán tardar en bañarse de luz y
« gloria estas vastas soledades , y en salir de
« su eterna infancia este mundo ignorado ,
« donde reinaba yo á mi salvo , sin com-
« petencia , de un polo á otro ! ¡ Esa especie
« rival de las Gerarquias celestes , ese vil
« lodo de la tierra ensalzado por cima de
« ellas , ese animal anfibio , monstruosa mez-
« cla de materia y de espiritu , de poder
« y flaqueza , de abyeccion y de altura , ese
« esclavo redimido triunfará tambien de mí
« sobre estos retiros en que gemia humillado

« al nivel de las bestias , donde yo era su
« Dios ! ; Ah ! si está escrito de esa suerte en
« los libros eternos ; si yo debo tambien ce-
« derte ; o aborrecido Galileo ! esta antigua
« posesion de mi culto , todavia quedan si-
« glos , y aun te faltan muchos combates ,
« primero que estos pueblos embrutece-
« dos se reconozcan y comprendan esos des-
« tinios no merecidos á que los llamas. Rios
« y lagos de sangre empaparán este suelo
« inocente antes de que lo goces y que pue-
« das llamarle tuyo. Todas las furias , todos
« los monstruos , todas las potestades del
« Averno , atrincheradas y resueltas en este
« postrer asilo , te disputarán paso á paso
« la tierra : todos los delitos , todas las am-
« biciones , todas las tiranias de esos mismos
« hijos tuyos que te proclaman y te venden ,
« y á quien sirve de pretexto tu nombre
« para el botin y la matanza , perderán mil
« veces tu causa , y servirán anchamente
« mis furores. Prueba á ver tu poder ; el
« mio está léjos de rendirse : el infierno está
« entero todavia. ; A mi , legiones decaidas ,
« pero jamas domadas ni envilecidas por la

« súplica y el temor ! ¡ Conmigo , ángel del
 « oro... ángel de la ignorancia... ángel del
 « fanatismo... ángel de la barbárie... ángel
 « de las discordias... vuestro Dueño os in-
 « voca ! ¡ A mí , Genios de la mentira , Dio-
 « ses hipócritas de la tierra ! ¡ conmigo to-
 « das las catervas nuevas y antiguas de
 « encantadores y truhanes que fascinan los
 « ojos de los hombres ! ¡ á mi todos los im-
 « postores que se parten el mundo y desolan
 « los pueblos bajo mis órdenes ! Levantaos
 « puertas del infierno , prevaleced , soltad
 « vuestras langostas , vomitad vuestros tor-
 « bellinos... » En la tierra no se oyó mas :
 el Arcángel prescito hiende los Apalaches , y
 rasgando los pedernales y las adamantinas
 rocas de cuarzo que se le oponen , baja pre-
 cipitado vociferando de caverna en caverna
 hasta el pozo de los abismos , suena la trompa
 del conflicto , y congrega en el mismo ins-
 tante el consejo de los espíritus .

La arenga fué larga , y el discurso abrazó
 los siglos y los destinos , y los triunfos y
 las derrotas de seis mil años de rebelion .
 Excitadas las iras y encendida por grados

hasta su colmo la rabia de las negras cohortes , les propone el feroz caudillo una nueva campaña en que combata en masa todo el infierno. Satanás quiere armar todas las naciones idólatras de la América , que se haga un exterminio de los Cristianos en aquellas regiones , que aquel suelo sea rescatado para el infierno como el Japon. La deliciosa tierra de los Nátches será el foco de aquel incendio que ha meditado : allí encuentra pasiones fuertes , ideas sublimes , recuerdos nobles , corazones generosos , honor , lealtad , brio , constancia , y un malvado á medida de sus deseos que corrompa estos sentimientos y desnature y tuerza todas estas virtudes para el estrago. « Id Dioses de la América , acabó y dijo ya fatigado y enronquecido el soberbio Arcangel , « id nobles partidarios y deudos míos , compañeros de mis trabajos , á quienes se « querria disputar tambien esos tristes yer- « mos que os tocaron en el destierro de nuestra patria para siempre perdida ; vosotros « todos , los que os haceis adorar en esos « templos rústicos bajo la forma de serpien-

« tes; y á los que todavia se invoca y se
« reverencia en medio de esos páramos como
« Genios de los castores y los osos; y los
« que con el nombre de Manitús repartis y
« ordenais los sueños, inspirais el temor,
« excitais la esperanza, y arrebatáis los áni-
« mos, y encendeis las pasiones de los pue-
« blos salvages; todos, chicos y grandes,
« nobles y plebeyos, cuantos murmurais en
« los vientos, ó mugis en las cataratas, ó
« imponeis el silencio y el terror en las sel-
« vas, id á defender vuestros altares. Es-
« parcid ilusiones, extended las tinieblas,
« inquietad las cabañas, promoved los en-
« cuentros y los agravios, soplad las iras y
« los resentimientos, asombrad las matro-
« nas, irritad los juglares, enfureced los
« sacerdotes, encended bien las teas del fu-
« ror religioso, provocad la anarquía, sus-
« citad la desconfianza, y mezclad todas las
« pasiones, el amor, los celos, los partidos,
« las venganzas, los odios, la sed de san-
« gre y la rabia humana. Deslizaos en los
« juegos y en los consejos de los Náches,
« esforzad los prestigios y las visiones: no se

« oigan ni se entiendan sino portentos en
« medio de esos hombres donde todo son
« fiestas ó combates. Y vosotros, supuestos
« y allegados míos mas antiguos, hijos aguer-
« ridos de las batallas del viejo mundo, tan-
« tas veces triunfantes, y tan pocas veces
« vencidos, invadid el consejo de los Cris-
« tianos, alagad la avaricia, haceos amigos
« en el fuerte, exaltad el honor guerrero,
« levantad hasta las estrellas las hazañas de
« los Corteses y los Pizarros. Concertaos to-
« dos para el daño, tomad bien vuestros
« puestos, y aparejaos á la victoria: yo di-
« rijo esta guerra, yo presido, á la frente
« vuestra, esta destruccion.»

La algazara infernal correspondió á su Principe con un grito de aplauso que atronó las profundas simas, y se escuchó en la tierra como el ruido lejano del uracan que se suelta en los Alegánis. Tal resuena en las hondas cuadras de los palacios el ladrido de gozo de una jauría de alanos y de lebreles desatados para la caza y llamados á la batida: tal se oyen en los aires las nubadas de buitres y las espesas bandas de cornejas ham-

brientas que conduce el olor de muerte, y dirigen su largo vuelo á los campos del exterminio. Las horribles legiones se colocan en grupos tras de sus gefes : allí bate sus alas delante de ellas y las alienta con su feroz sonrisa el furioso Areskui, demonio de la guerra que se desvive y tiembla por sus aras amenazadas, y allí estan á su lado Vitzliputzli el sangriento, destronado ya tiempo habia, cuyas aras yacen por tierra en la opulenta Méjico ; y el terrible Maboja de los Caribes que conduce en la mano izquierda las tempestades, y que escribe en las nubes con colores de fuego los destinos de los combates y los dias de la vida ; la asombrosa Dobaiba de Panamá que gobernaba antiguamente, asentada en el Istmo, todos los genios de la América, la insaciable Atahansia Diosa de las venganzas, Agotokon rey de los sueños entre los Iroqueses, Aguyan el Brasiliense que preside á los adivinos y les inspira sus respuestas, el despiadado genio de los amores fatales Jukesca, el austero Chiapen de los Peruanos, enemigo de las mugeres, el incognito Quiócos

de la Virginia , cuyos ricos adoratorios , escondidos en las montañas , no han sido hallados todavía por ningun Europeo , el Kamtskadal Gaétches guardian de los volcanes , Aghokok príncipe de las nieves y de los yelos , Intirapa , Kuriunti , Quitzalcoat , Intiacuacqui , el voraz Agniano.... ¿ Mas quien sabria nombrarlos y contar tantos monstruos que se anidan en los desiertos del Nuevo Mundo , y señorean sin títulos , sin linage , sin atributos , tantos pueblos desconocidos , tantas razas abandonadas á su furor ! Todos pasan delante de su adalid antiguo : muchos de ellos no le habian visto despues de su caída : cada cual , uno á uno , le renuevan su juramento , y bajando las alas en señal de homenaje , tocan con él sus garras , blandean un dardo , trazan una figura arcana en el aire , y pronuncian , haciendo ruido con los escudos , el nefando anagrama con que se reconocen y sellaron en el Empíreo su coalicion . Las falanges malditas se atropellan y precipitan en pos de estos ímpios ; todos los subterráneos van henchidos de turba armada : el sedicioso

coro de los ángeles reprobados suena en las altas bóvedas, y excitado el valor antiguo de los infiernos, crece el alistamiento, y se mezclan entre las huestes acaloradas mil Dioses bárbaros, que arrojados de sus asientos en las regiones del Viejo Mundo, corrian la tierra sin altares ni pueblos ciertos. Entre estas negras larvas ve el infierno con alegría al horrendo Moloch de los Ammonitas que gime hambriento por los hijos recién nacidos que se inmolaban otras veces en sus braseros; y el mentiroso Asmoug de los Persas, Genio de la política, fautor de los perjurios y las discordias que dividen á las familias y enemistan los pueblos; y al monstruoso Fenriz de los Celtas, cuya boca hace un ruido como las cataratas, y vomita, espumando lava, todos los vicios; y al famoso Irmensul de los Sajones, cuyas fuerzas probaron en otro tiempo las legiones de Varo, cuyas aras hizo pedazos un Rey francés (1); y al formidable Ifriet de la Arabia, y á Esvidrés el exterminante, de la Jutlan-

(1) Carlo Magno.

dia , á Chodor el Germánico , á Endovelico el Cántabro , y al temido Mouth que guardaba en lo antiguo las puertas del mar atlántico , y asombraba á los navegantes de lo alto de las cimas del monte Cálpe. Colon burló á este Genio y rompió las barreras del Occidente para jamas : mal pecado para el infierno , á la vuelta de pocos siglos los dos Mundos serán hermanos y cambiarán sus bienes de igual á igual. No pensaba así Satanas , cuyos ojos bullian de gozo contemplando sus aliados y haciendo el censo de sus egércitos. Un ministro le falta tan solamente para sus planes , el Angel de la fama que ocupado siempre en la tierra , asiste pocas veces al congreso infernal. Satanas va á buscarle , y dejando sus escuadrones á las órdenes de Areskui , se levanta en los aires y transformado en águila toma el vuelo hácia el polo austral.

Comenzaba ya el sol á brillar en el horizonte , cuando el hermano de Amelia abrió sus ojos en la morada del salvage. No despierto del todo , cual si fuese entre sueños , sentia René cerca de la cabaña un coro me-

lodioso, voces de niños y de mugeres y de hombres mezcladas, en cuyos intervalos llegaba el eco de otros coros mas retirados, resonando el aire por todas partes de armonias celestiales. Las familias Natchesas, repartidas en grupos entonaban el himno matutino al mostrarse la faz radiante del rey del dia que se alzaba sin nubes, como un tisú de oro, por detras de los árboles de un collado inmediato. El salvage novicio que ignoraba estos usos, mira por todas partes, y encontrándose solo, se levanta y se asoma á la puerta de la cabaña. Al encanto de los oidos se añadió el de la vista. Por delante de la colina cuya apacible altura ocupaba el pajizo albergue de Cháctas, se extendía la lozana vega de los campos del Nácthe, los alcores vecinos, y los frondosos valles que se cruzan y van formando de unos en otros mil paraísos hasta perderse al lejos entre las verdes sombras y los hondos celages del lado opuesto á la parte oriental del Meschacébe. Estaba el cielo despejado y limpio como un domo macizo de oro esmaltado; era el tiempo de las rosas y el

brotar de los árboles : todos los colores , todos los matices , todas las guirnaldas , todo el lujo de Flora se ostentaba con profusion en aquel campo de delicias , y el vapor de la noche , convertido y resuelto en lucientes gasas y en menudos aljófares , descendia de la altura como un velo sagrado extendido sobre el tesoro de la creacion. « He aquí el templo del Dios viviente , decia René , no trazado ni circunscrito por la mano del hombre. Soberano Espiritu incomprendible que te escondes y te iluminas con tanta gloria , yo te invoco tambien y te adoro profundamente. » René se prostra en tierra abismado en un éxtasis religioso : sus sentidos no abastan al torrente de sensaciones que los inunda. Este hombre singular se preguntaba á si mismo que género de gozo era aquel tan puro , tan copioso , tan nuevo que por primera vez en su vida satisfacía y llenaba su corazon. Pareciale agrandarse y extenderse su espiritu como el cielo y la tierra que veía delante : aquel alma achicada y encogida por el dolor , se dilata como una llama desatada de las prisiones

del pedernal. René se toca y duda si está despierto, si el alegría que siente es acaso el delirio que nos queda despues de un sueño, si es un hombre distinto, ó es el mismo que llegó ayer y tomó posada en la casa de Cháctas. « ¡O! que fuente de vida que yo
« ignoraba! exclamó otra vez René, ¡que
« soledad tan llena! ¡que vacio tan pobla-
« do!... Y despues de esto, hombres libres,
« mugeres puras é inocentes, amistad sin
« desconfianza, compañía sin cadenas!...
« aquí no pesan las vigas de los dorados te-
« chos, ni se siente el alma oprimida entre
« los altos muros incrustados de jaspes: la
« magestad del cielo consuela; la grandeza
« de su Hacedor hace sentir al hombre su
« dignidad, y parece que le convida á rei-
« nar con él y sentarse sin sobresalto por
« cima de las nubes y las tormentas. ¡De hoy
« ya mas, que yo viva! quien sufrió todos
« los dolores de la existencia, bien podrá
« soportar todas sus alegrías.» Asi decia René, y bajando de la colina, pasea los prados, sigue el márgen de los arroyos que van al río, entra en los bosquecillos y en

los brezales que recrean la ribera, respira la fragancia del sasafras y el liquidambar, salta al agua, y retoza y trisca en las ondas, visita los secretos y los retiros de aquella orilla encantada, y ensanchado su corazón y espaciado en la inmensidad, bendice el cielo, las selvas, el Meschacébe, las grandes sábanas, las montañas que lo separan del resto de la tierra, y se vuelve manando en gozo á buscar á Cháctas.

El venerable anciano lo aguardaba en su puerta. La cabaña estaba llena de matrouas y de jóvenes indias en movimiento, cual se ve en los aprestos y á la vela de un día de bodas. Coráma, la sobrina de Cháctas que le servia de guía, instruida por él mismo en la eleccion de los colores, de los hilos y de los granos simbólicos, engarzaba collares nuevos de porcelanas y cristales, destinados para las fiestas y los presentes: otras amigas suyas hacian aljabas y empenachaban flechas: Sasega, esposa del Sachem Inguas, teñia encages de Loghetto con corteza de pino rojo que produce una hermosa púrpura; dos de sus hijas entretegian vistosos briales

de plumas de cisnes y de garzas reales azules; la ingeniosa Norimba, hermana de Satega, labraba con graciosos dibujos dos brazaletes de corales, y su prima Nigára trabajaba unos mocasines de piel de nutria acolchados, dignos de un príncipe. En los muros de la cabaña estaban ya extendidas seis magníficas pieles de castores, un rico manto de armiños, una preciosa faja de aloés de tres vueltas, una armadura entera de cazador, una piel de oso blanco, una maza, dos hachas, un gran número de collares, pipas, dijes, talismanes y manitús de gran lujo y de mucha gala entre aquellos pueblos. Los amigos de Cháctas mas señalados, habían traído estos regalos, acabada la súplica de la mañana. Mientras tanto, otras Indias cocían los panes en el hogar de la cabaña, hacían compotas y conservas, y sobreasaban en las ascuas lomos de danta, piernas de bicerra, y faisanes rellenos, salpimentados á la iroquesa. De frutas, pastas, fiambres y escabeches del país que entraban de regalo, se perdía ya la cuenta. La abundancia, la paz, la amistad

y el contento sencillo y puro de la naturaleza reinaban en aquel palacio salvaje. René llega y se arroja en los brazos de Cháctas. Parecióle aun más venerable el anciano Sachem á los rayos del sol con su gran capa blanca flotante, y su hermosa cabeza redonda y grande del color de las azucenas, su nariz afilada, sus ojos muertos, y su frente espaciosa y tersa, alumbrada de claridad como el arca de un tabernáculo. « Cháctas, Cháctas, dijo René, hoy he comenzado á creer que hay bienes en el mundo; yo me siento dichoso : he aqui el día de mi nacimiento.... » y se sentó en el suelo á su lado, y abrazó sus rodillas, y apoyó su cabeza sobre el muslo del patriarca.

« Hijo del Alba, respondió Cháctas palpándole y juntando sus manos trémulas con las del extranjero ; tarde se me hacia ya el abrazarte, y poner mi oído junto á tu corazón y mis manos entre las tuyas. El sonido de tu voz me parece hoy mas jóven, y tus carnes mas dulces. Los Manitús de paz te han regalado esta noche con un sueño sabroso : yo te oí cantar

« mientras dormias profundamente : no has
« extrañado el lecho , no te has quejado , y
« tu aliento sonaba apenas cerca de mí como
« una brisa de primavera. Todo esto es
« bueno , ¿y que mas querré yo sino que
« seas dichoso como tu dices? Pero la feli-
« cidad no es la emocion ni la alegría de
« un instante ; el desierto tiene tambien sus
« ilusiones : el bien y el mal estan mezcla-
« dos sobre la tierra por todas partes. Prueba
« á ser menos infeliz con menos cuidados y
« á vivir de las realidades ; esta es la sola
« mejoría que podrás hallar entre nosotros...
« quedan luego los cielos incomprensibles
« que disponen de los sucesos como les pla-
« ce.... Demos hoy gracias , hijo mío , que
« nos envian un día tan placentero : hacia
« ya muchos años que mi cabaña solitaria
« no resonaba con las fiestas y con los re-
« gocijos de familia ; mirala llena.... tú me
« has traído este contento.... yo veo que me
« aman todavía.... ¡ ah ! si tu supieras que
« necesidad y que consuelo es para un viejo
« el tener quien lo ame , el sentirse amado ,
« el bajar á la tumba en medio de sus ami-

« gos, como el paseo solemne de despedida
« á la orilla del rio donde está ya la barca
« lista para el viage!.... entra, René, y ve-
« rás la dulce amistad del desierto : gozen
« tus ojos lo que solo pueden gozar mis oi-
« dos en las tinieblas.... » René iba á en-
trar cuando llegaron á la puerta Otugamiz
y su hermana Celuta. Al candor de sus ros-
tros, á sus maneras naturales, á sus gracias
sencillas y modestas, se podria haber creido
que eran dos ángeles viajeros de la edad de
los patriarcas. Otugamiz se echó al cuello
de René ; la vergonzosa vírgen alzó los ojos
un instante, y volvió á recogerlos turbada
palpitándole el corazon. Una misma cadena
de dos ramales, la amistad y el amor, apri-
siona á estos dos hermanos y ha amarrado sus
almas al extranjero. ¿Cuales son estos la-
zos del albedrío? ¿Que armonías inefables
arrebatan las voluntades en un momento, y
echan la suerte de la vida sin comprenderse
ni juzgarse! Celuta no le ha visto sino un
instante, de paso, de una media mirada ;
pero esto solo basta, y su imágen asida como
un tierno delirio á la cabecera de su lecho,

no la ha dejado toda la noche : Otugamiz no siente , no respira sino á René despues que lo ha abrazado en la cena de Cháctas. Estos dos hermanos eran huérfanos , de la tribu de la Serpiente, conocida por un gran número de guerreros ilustres y estimada por su lealtad y su devocion á la patria y á sus amigos. Su padre Ameneskuilto pereció mucho tiempo antes en un combate glorioso , y los dejó encargados á su hermano Adario , gefe de la tribu , Sachem austero , grande amigo de Cháctas. La viuda Tabamica , dulce centro de los cariños de estos dos amables huérfanos , habia muerto en el año anterior : se necesitaba una cosa muy nueva , muy poderosa que pudiera llenar tan pronto el vacio que deja una madre querida : llega René , y este hombre aparecido delante de ellos como un sueño que embelesa un dolor , es el nuevo alimento donde se ceban estas almas necesitadas. René seria dichoso en el seno de estas dos amables criaturas , si los astros que lo persiguen sobre la tierra no volvieran ceniza y humo todos sus goces ; mas sus pasos fueron sitiados y marcados desde la cuna

con espinas y abrojos hasta el sepulcro.

Llevaba Celuta en sus manos una caja de madera olorosa de papayo , que contenia dos brazaletes de nácar engastados en oro , y un soberbio penacho rojo y blanco montado sobre un triple cerco de perlas. Otugamiz presentó este don á René. Añadióle Celuta un collar de ambar que quitó de su propio cuello y entregó al Europeo temblando y abochornada. « Generoso Otugamiz , » exclamó René con toda la vehemencia francesa , « ¿ que necesidad tienes tu de hacer dones ? » « Las riquezas del mundo entero no equi- » valen á una sola sonrisa de vuestros ros- » tros en esta tierra de placeres.... Virgen » hermosa de las selvas , tu mirar tiene al- » guna cosa de sagrado.... » Mas quisiera decirles , pero no hallaba las palabras para explicarse en la lengua indígena. René , habia aprendido en la Nueva Orleans algunos rudimentos de la lengua natchesa ; mas faltábale mucho para poder hablarla seguidamente , y mas bien que entenderla , lá adivinaba cuando la oia. Una de las matronas se levantó á mostrarle los presentes que es-

taban colgados en los muros. Otugamiz quiso probarle la galana capa de armiños, don del brillante guerrero Topánes, descendiente de un rey de los Siminolas. Las demas Indias de la cabaña se reian, pero de aquella risa de mugeres que no pica ni ofende, y que inspira amor. René las saludaba al estilo de Europa y recibia las flores que le ofrecian al paso. Cuando llegó otra vez á la puerta, pareció en ella un guerrero, preguntó por René, y ofrecióle una hacha para que hiciese una cabaña, y una virgen mas jóven y mas graciosa que los Genios del mes de Abril, para que el nuevo hijo de Cháctas comenzase su lecho en el desierto. Celuta perdió la color del rostro, y se echó sin aliento sobre el brazo de Otugamiz. René ignoraba estos usos, y se veia embarazado como el que mas. No era fácil haber previsto esta aventura. Cuando llegaba un extranjero de una nacion amiga, que queria fijarse en los Natches, se le ofrecia una esposa, y era la ley el aceptarla. Pero los extranjeros adoptados por un Sachem ó algun gefe de tribu, eran libres para elegir su

compañera como los naturales , y gozaban todos los privilegios de un hijo de la casa. Advertido Cháctas de lo que pasaba se levantó y con voz enojada dijo : « ¿Se pre-
« tende hacer una afrenta á Cháctas? ¿De-
« berá tratarse como extranjero este jóven
« que yo he adoptado? »

Contenido entonces el conductor por la voz del Sachem , dió una palmada en señal de aplauso y respeto , y clamó en voz alta : « René adoptado por Cháctas no debe ser
« tratado como extranjero. »

Mientras tanto Cháctas dijo á René : « conviene hacer un presente á esta noble
« doncella, cuya familia es poderosa y cuenta
« mas de treinta tumbas. » René obedeció, é instruido por el Sachem , y asistido por la sobrina de éste , tomó un collar de porcelanas montado sobre un hilo de raiz de pobo, que los Indios llaman el árbol de la repulsa, porque la enredadera se seca si se enlaza á su tronco. « ¡Feliz, dijo René á la bella
« Natchesa, vuestro padre y vuestra madre!
« ¡Mas feliz todavía quien merezca ser
« vuestro esposo! » y le dió el presente.

Mila lo arrojó al suelo, y se echó á llorar. Este hermoso boton de rosa tenia apenas catorce años. Su hermosura, su viveza y su ingenio igualaban á su candor : Mila venia á las bodas como á un juego cualquiera de la niñez. La matrona Sasega acalló sus lamentos ; Cháctas la hizo llegar y le puso al pecho un collar de perlas ensartadas en hilos de amianto, que es el collar de la inocencia y una insignia honorífica que no puede llevarse sino puesta de mano de algun Sachem. Sasega y otras dos matronas la acompañaron á su casa, y dejaron á su familia satisfecha y contenta.

En seguida llegaron seis ancianos de las primeras tribus, y otros tantos guerreros, convidados por Cháctas para el festejo de aquel dia. No cabiendo ya tanta gente dentro de la cabaña, se trasladó el almuerzo á la orilla de una fuente cercana, á la sombra de los alisos y de los sauces, junto á la cueva del retiro donde Cháctas amaba pasar las siestas y entregarse á sus pensamientos. Colocáronse todos á su placer sobre el mullido césped, donde la primavera parecia

haberles puesto por alfombra su mismo manto. No había tocado nunca mano de hombre aquel hermoso prado : la naturaleza , ella sola , era allí la maestra y la jardinera ; la inocencia , la reina y la moradora de aquel pensil. Las mesas del Olimpo , la ambrosía de los Dioses , y sus copas de oro bullendo el néctar , no valian esta escena campestre. Unos pocos mortales , de corazones limpios , de almas sinceras , de virtudes sin aparato y sin ambicion , disfrutaban allí un momento la edad de oro , y mezclaban todos los goces y los contentos de la amistad. Por fortuna no había allí horas , ni la rueda precipitada del tiempo señalaba la tasa de los placeres : el presente no es un instante en la soledad , ni hay campanas en el desierto que acongojen con el tormento del porvenir. El sol llegaba ya á lo alto de su carrera , y el banquete se prolongaba , y crecía la alegría , se cruzaban los cántaros , y se henchian de nuevo las mesas. Geluta dió á beber á René el mobby (1) en un vaso

(1) Especie de sidra sacada de la ciruela nectarina ó ciruela pérsica de Virginia.

de palma coronado de flores de amaranto. « ¡Al guerrero blanco salud! » dijo Otugamiz. « ¡Al venido del Grande Espiritu! » correspondieron á una voz los Salvages. « A los hijos del Sol, á los bravos del Misisipi! » contextó René. « A los Manitús de la amistad! » añadió Cháctas; y gustando el agua de erablo en un vaso de concha guarnecido de yedra, derramó la demas á tiento sobre el liquen de un viejo cárpe (1), bajo de cuya sombra presidia aquel festin, recostado en un lecho de retama olorosa. Cuando acabó el banquete, las matronas se levantaron, y pusieron fuego en las pipas. Los ancianos contaban historias, referian sueños, y explicaban los dichos y las respuestas de los sabios. Sucedióse luego el silencio; el reposo del alma, el no pensar en nada y gozar de la calma de la existencia despiertos, raro género de delicia desconocida de los hombres civilizados. El susurro suave de la brisa del Mediodia que agitaba

(1) *Carpinus*, conocido tambien con el nombre de Ojaranzo.

las hojas de los árboles y esparcía los aromas de las montañas, el sonar del arroyo que corría en la floresta, el murmullo de los colibris, el gorgceo de los ruiseñores, los suspiros del nomparelo, los arrullos de las palomas de la Virginia, y el juego variado de los cantos y de los dulces acentos de los sinzones, tal era la música inimitable y el concierto romántico que adulaba y entretenía este sueño profundo del pensamiento.

Lo demas de la tarde lo ocuparon las fiestas de la aldea. Cháctas bajó á los prados con los ancianos; las mugeres partieron engalanadas al valle de las palomas, en donde los juglares recibían aquel dia los presentes de las doncellas, y les volvían en cambio una flor y un presagio: Otugamiz y los demas guerreros se dirigieron á la plaza, y presentaron á René en los círculos y en los juegos. Por todas partes era bien recibido el nuevo hijo de Cháctas: la melancolia habitual de su rostro, la expresion de sus ojos, la nobleza de sus maneras, un cierto aire superior, y sin embargo negligente y

sencillo, que reinaba en su natural compos-
tura, simpatizaba mucho con el carácter de
los salvages, y dejaba en pos suyo impre-
siones favorables. Pero lo que mas volun-
tades le ganó aquella tarde, fué el talento
divino de la harmonia, la elocuencia sublime
y el habla arcana del corazon escondida en
la música. Llevaba René consigo su flauta,
compañera inseparable de sus viages y sus
lágrimas; su alma estaba llena aquel dia y
rebosaba como los estuarios de un promon-
torio en la fuerza de la pleamar. Una mez-
cla revuelta de sentimientos y de ideas nue-
vas, de alegrías atropadas, de esperanzas
confusas, de memorias indestructibles, agi-
taban su fantasia y la hacian propia á las
inspiraciones y á los vuelos del genio. René
tocó, á los ruegos de Otugamiz, y reveló su
vida en la lengua de los acentos. Los salva-
ges le oian transportados, y sintieron con él
en sus tonos patéticos las emociones del
amor, los suspiros de la amistad, los llau-
tos de la ausencia, los gemidos del aban-
dono, la vida errante, la soledad, los bos-
ques, la acogida y la compasion. Todos los

demas cercos de los Indios se despoblaron por oirlo; el clamor del aplauso subia á los cielos. «René, decian los unos, es un hijo digno de Cháctas.» — «René es un enviado de Quichemanitú (1) que protege á los Nátches» decian los otros.» — «¡Venturosa la madre, clamaban las matronas, que durmiere á sus hijos entre las ramas de los árboles al sonido de la caña encantada de René!» Allí estaba Celuta que venia ya de vuelta y le habia tocado una flor de alóes (2). «Hija de Tabamica, le habia dicho el juglar al dársela; esta flor admirable se elabora con gran trabajo dentro de sus estuches erizados de flechas: despues de muchas nieves y muchos soles brilla luego en su vástago como el penacho de una

(1) Nombres que los salvages de la América septentrional dan á un Dios que ellos creen ser el gefe de los Genios benéficos.

(2) Agave Americana ó Agave Pita, planta liliácea, indígena de América, connaturalizada en las provincias meridionales de España, y conocida vulgarmente con el simple nombre de *Pita*.

« lanza, y la planta que la llevaba muere. » Celuta no podía comprender este raro enigma, pero su corazón sentía una cosa terrible, y al mirar á René se arrasaron sus ojos en lágrimas.

El ponerse del sol aquella tarde fué triste y sombrío por detras de una nube parda y amenazante. Al entrar de la noche se entoldaron los cielos, y un inmenso aguacero que hacia correr las aguas á torrentes puso fin á los juegos. Los adivinos y agoreros murmuraban pronósticos siniestros de este cambio tan repentino del tiempo el postrer dia, y á la postrera hora de las fiestas. Los salvages se retiraron consternados: la obscuridad era tan grande que perdian algunos el camino de sus propios hogares: mui pronto se siguió un silencio que ponía horror. Cháctas se habia acostado mui temprano; el riachuelo que corria al pié de la colina desbordaba por todos lados y venia impracticable: René pasó la noche en la choza de Otugamiz.

Escapados, en tanto, del reino de las sombras, y bajando sin ruido entre la lluvia, se

extendieron los sueños y ganaron los techos de los salvages. Era ya la postrer vigilia de la noche, y aquella misma hora en que el cíclope de Europa acostumbra encender sus fráguas y hace resonar el ayunque bajo el furioso golpe de los martillos. Cháctas dormia profundamente, cuando un tropel de gente que subia la colina arriba y pasaba delante de la cabaña, turbó su sueño y excitó su cuidado. El anciano aplicó el oido, y una muger sobresaltada levantando la estera de la entrada, «aprisa aprisa le dice; los Manitús del «mal se han desatado en la aldea; salid...» Un gran número de personas corrian precipitadas á las vistillas por el lado de los tuliperos.

Todavía reinaba la noche, y sin embargo habia una claridad á manera de los reflejos de un incendio lejano. Una multitud de nubes quebradas, semejantes á los esbozos que haria un pintor sobre un lienzo azulado, se extendian por el firmamento. Lenguas de fuego lívidas y animadas lamian la bóveda del cielo: otras veces parecian verse dardos inflamados y cuchillas lucientes. Poco

despues se apagan estos fuegos y desaparecen en las tinieblas , se oyen pasos y movimiento como de gente armada que camina en silencio, y del fondo de las selvas sale una voz que no tiene nada de hombre.

A este tiempo llega un guerrero y dirige á Cháctas estas palabras precipitadas: «El consejo de la nacion se junta: han lle-
« gado esta noche muy malas nuevas; los
« Blancos han recibido un aumento de tro-
« pas y se disponen á levantar el hacha con-
« tra nosotros. La nacion está turbada: los
« sacerdotes hablan de oráculos y de signos
« fatales: hay quien dice que la madre del
« Sol se halla atacada por los malos Ge-
« nios, los portentos se multiplican, los
« cielos hablan; date prisa en ir al con-
« sejo, y camina avisado que se comienza
« á murmurar sordamente contra ese Fran-
« ces reciénvenido que has pensado adop-
« tar.»

Cuando acabó estas palabras el mensajero, prosiguió su camino, y se fué á despertar á Adario. Cháctas entró en la cabaña, se terció el manto de piel de marta, y

tomó el baston de hicolori (1) guarnecido de una cabeza de buitre. Miscué habia cortado este baston en su vejez ; heredólo su hijo Utalissi, y este lo pasó á su hijo Cháctas , que apoyado sobre este cetro hereditario daba lecciones de sabiduria á los jóvenes cazadores en las encrucijadas de las selvas. Un Indio completamente armado vino á buscarle, le dió el brazo, y guió sus pasos al consejo.

No era fácil adivinar el verdadero origen de una alarma tan repentina. Los bosques tienen tambien sus malvados, mas feroces y mas temibles que los impíos del viejo mundo. Onduré era un monstruo de esta especie, un ateo del desierto , que arrostraba el cielo y la tierra , envuelto con cien máscaras de perfidia. Devorábalo la ambicion , no de gloria, sino de mando. Deseoso de subyugar su pais , mantenía relaciones secretas en el fuerte , mientras en público se mostraba el hombre de la patria, y el contrario mas decidido de la colonia. Onduré se preparaba á combinar los sucesos de

(1) Especie de nogal.

modo que fuese necesario hacer nuevas concesiones de tierras á los Franceses , y que en cambio de estos servicios los Franceses le sostuviesen en sus proyectos , y le hiciesen llegar al puesto que deseaba. El Gran Gefe de los Natches , aunque en su gloriosa vejez conservaba todavia un gran vigor , tocaba ya en los últimos limites de una edad avanzada. El principe heredero, hijo de Akansia su parienta mas inmediata, se encontraba en la infancia: Onduré, esperaba lograr , en muriendo el Sol , la importante plaza de tutor del infante. A este fin acariciaba á su madre sin amarla. Akansia estaba viuda , y ardia por él de una llama violenta. Onduré amaba á Celuta con furor y esta pasion mal encubierta causaba inquietudes fuertes á Akansia. Se habia hablado aquella noche en la tienda de la princesa acerca de René, del encanto de su música , de sus prendas y dotes personales , y de la inclinacion indudable que se habia visto aquella tarde en Celuta hácia el jóven Frances. Akansia respiró , y poniéndose de parte de la adopcion intentada por Cháctas,

se mostró deseosa de proteger al extranjero y casarle con la hermana de Otugamiz. Onduré sintió entonces todas las penas del infierno, y afectando lealtad y celo por la patria, se declaró contrario á este enlace, oponiendo que el extranjero podria ser un espia de los Blancos, que acababa de saber por conducto cierto que estos se preparaban á la guerra, que habian recibido un aumento de fuerzas, que se intentaba una sorpresa, que los Náches se veian envueltos por todas partes de traiciones y astucias del enemigo. Los guerreros y los Sachems que se hallaban presentes, no sabiendo los motivos secretos que encendian la cólera de Onduré, salen de allí agitados con las funestas nuevas que habian oido de su boca, buscan á sus amigos, y propagan la turbacion en la aldea, que estaba ya afligida con los prodigios de aquella noche. En quedándose solos, Akansia rompió en improperios contra su falso amante, ambos á dos se injurian y se enfurecen; Onduré la amenaza de revelar al pueblo sus torpezas; la muger Gefe se avalanza como una sierpe

contra el ingrato, este la arroja al suelo, la maltrata, y la deja sola, entregada á sus iras y á su dolor. Vuelto en sí aquel malvado, reconoce los riesgos y el compromiso en que se ha puesto revelando el secreto que tenia de los Blancos, y camina á impedir si es posible que las nuevas que ha propalado circulen y produzcan una explosion. Pero ya era tarde: los mas de los guerreros, y las principales familias, estaban ya advertidos; se trata de un consejo; ni aun se quiere aguardar al dia para haber de juntarse, los corrillos se multiplican en la oscuridad, y los cielos aumentan con sus portentos el horror de aquella alarma nocturna. Las matronas acuden á la cabaña de la muger Gefe, y la encuentran toda convulsa, dando ahullidos, vertiendo espumas, suelta la cabellera, tundiendo el pecho con sus manos, invocando los Manitús de la venganza y pidiendo al cielo sus rayos, sus venenos á las serpientes, su furor y su rabia á las osas y á las panteras. Pero la infeliz guarda el secreto de su dolor en el pecho: no se atreve á acusar á Ou-

duré, ni se puede resolver á perderlo: las mugeres creen que los Genios la atormentan con los presagios de un gran mal que amenaza al Imperio. Tal era la situacion de la aldea en aquella noche terrible: mientras esto, dormia René descuidado de tanto mal. La cabaña de Otugamiz se encontraba á un extremo de la aldea junto al campo de los sepulcros. Los guerreros no quisieron llamarle al consejo á causa de su juventud, de su poca experiencia y del grande amor que mostraba á René.

Cuando Cháctas llegó al lugar del consejo, estaba ya reunida la asamblea. Los Sachems ocupaban el primer cerco; los guerreros llenaban, por detras de aquellos, los costados y el fondo: la muger Gefe y las matronas tenian el testero de enfrente; los sacerdotes y adivinos se hallaban colocados delante de ellas al centro.

Adario, gefe de la tribu de la Tortuga, se levantó. Inaccesible al temor, insensible á la esperanza, se distinguia este Sachem por un amor exaltado de la patria que no admitia razones, ni acomodos, ni treguas.

en materia de independencia y de libertad, Morir, ó vivir libres de todo yugo y de toda fuerza extrangera, ganarlo todo ó perderlo todo en un dia, atacar á los Europeos y lavar con sangre la afrenta del cañon insolente apuntado y dispuesto siempre contra la tierra de la hospitalidad, tales eran sus votos y las resoluciones extremas que en todo tiempo y en cualquier circunstancia proponia dentro y fuera de los consejos. Los brazos pendientes é inmóviles, la cabeza inclinada hácia el hombro izquierdo, y los ojos clavados en el suelo, pronunció este discurso :

« Sachems, matronas, guerreros de las
« cuatro tribus, oid :

« Muchas generaciones han pasado ya
« delante de nosotros despues que Fernan-
« do de Soto, el Español, cayó bajo la maza
« de aquellos grandes capitanes que contára
« otras veces el Imperio de los hijos del
« Sol. La novedad y la sorpresa de un
« enemigo que manejaba el rayo, y habia
« domado los guerreros de Motezuma, no
« aterró á nuestros padres. Todos los com-

« pañeros de Cortés y Pizarro que proba-
« ron á subyugarlos, encontraron aquí su
« tumba, ó partieron escarmentados y arre-
« pentidos para jamas. Y nosotros tambien,
« herederos de tanta gloria, nosotros tam-
« bien fuimos á combatir, en mejores dias
« que los presentes, á los hijos y descen-
« dientes de aquellos hijos del fuego, y
« dejamos memoria mas allá de nuestras
« fronteras, y libertamos muchos pueblos
« hermanos nuestros. Mientras tanto, ocu-
« pados y ausentes todos nosotros del suelo
« patrio, les contó el Meschacébe á nues-
« tros viejos que otra nueva raza de Blan-
« cos bajaba de lo alto de sus fuentes. No
« eran estos, á la verdad, como los pri-
« meros: su viveza, su gallardia, su dul-
« zura, su sencillez, su pasion por las selvas,
« y el amor que mostraban de nuestros usos,
« los hacian querer. Nuestras cabañas tu-
« vieron piedad de su miseria, y concedie-
« ron á Lasalle (1) cuanto fué posible ofre-
« cerle sin mengua nuestra.

(1) El Primer Frances que bajó el Misisipi.

« Muy pronto corrió la voz, y la nacion
« ligera llegó de todas partes á nuestros
« campos y encontró igual amparo. Iber-
« bille, domador de las olas, llegó despues
« con mayor aparato, y encantándoos con
« sus palabras y sus presentes, se fijó á
« nuestras puertas. Vosotros lo sabeis cuan-
« de veras me opúse á este establecimiento,
« cuales fueron mis predicciones; mas vo-
« sotros atásteis la gran canoa del estran-
« gero á los breñares, despues á los árboles,
« luego á las rocas, y por fin á la gran
« montaña, y dijisteis: los hijos de la Au-
« rora y los hijos del Sol serán un mismo
« pueblo de hermanos.

« Harto cara os costó; o Sachems! vuestra
« ciega credulidad. ¿Para que es referirlo!..
« Verdad es que tomásteis las armas y os
« hicisteis temer y respetar; pero sobrada-
« mente cuerdos y generosos las dejásteis
« muy pronto, y volvísteis á creer en pa-
« labras, y encendisteis de nuevo las pipas
« de la amistad. ¡Hombres imprudentes!
« ¿Cual es la paz que se puede esperar ja-
« mas del enemigo humillado?

« Mientras han sido menos fuertes que
« nosotros , mientras la tierra generosa de
« las carnes rojas estaba unida , mientras
« veian nuestra juventud conservar su acti-
« tud guerrera , han observado los colla-
« res (1) , y han respetado nuestros lindes ,
« si es que lindes puede llamarse una línea
« trazada junto á los huesos mismos de nues-
« tros padres , y delante de los umbrales
« de nuestras casas. De hoy ya mas no nos
« necesitan , ni nos temen , y nos despre-
« cian como á un pueblo insensato entre-
« gado al ocio , que no vive sino de fiestas
« y placeres. Cuando enterrábais vosotros
« vuestras hachas , afilaban ellos las suyas ;
« cuando , para probarles vuestra lealtad ,
« despediais vuestros aliados , y os haciais
« sospechosos á estas tribus amigas que os
« tendian en vano sus brazos , pasaban en
« silencio el gran lago otras bandas de la-
« drones y foragidos que han subido ya el
« Meschacébe , y vendrán á pedir os tierras ,
« y á demandaros , la carabina al hombro ,

(1) Pactos , tratados , contratos , papeles , etc.

« vuestros sepuleros. ¿Que es lo que signi-
 « fican, o juventud inocente y deslumbrada,
 « esos fieros alardes de las tropas del fuerte
 « que habeis tomado ayer por regocijos, y
 « aplaudiais admirados y satisfechos! ¡Fies-
 « tas tambien como las nuestras serán sin
 « duda!.. salvas, juegos y diversiones que
 « nos ofrecen en cambio nuestros hermanos
 « como una prenda de su amistad! ¡Natches!
 « ¿aguardais á ser sorprendidos, y cazados
 « y envueltos como un pueblo tímido de
 « castores? ¿No teneis mugeres, ni hijos,
 « ni patria, ni templo, ni derechos, ni un
 « gran nombre heredado que defender?

« Puede ser que conteis vosotros, o hijos
 « del Sol, el mudar de desierto, y aban-
 « donar la tierra de nuestros padres, y car-
 « gar con sus esqueletos. ¿Mas adonde quer-
 « riais vosotros dirigir vuestra marcha? ¿A
 « poniente? ¿á levante? ¿hácia la estrella
 « inmóvil? (1) ¿á las regiones donde el Genio
 « del dia se sienta en la estera de fuego? (2)

(1) El Norte.

(2) El Mediodia.

« Pero allí, como aquí, y en todas partes,
« donde quiera que fuéreis, hallaréis á los
« enemigos de nuestra estirpe. Se acabó ya
« aquel tiempo en que podíamos nosotros
« disponer de cualquiera soledad, y en que
« todos los rios corrian para nosotros solos.
« ¿Mataremos nuestros vecinos, y usurpa-
« remos sus hogares por dejar á los Blancos
« esta tierra sagrada, donde venian pere-
« grinando nuestros hermanos de todas las
« riberas y de todos los lagos, á ofrecer su
« tributo al Sol? ¿Dejaremos nosotros que
« se disperse ó que se apague en nuestras
« manos ese fuego solemne que arde en el
« templo y que cuenta la edad del mundo?
« ¿Va á cumplirse sobre este pueblo tu
« maldicion ; o terrible Atahansia! (1) Pa-
« searémos nosotros por los desiertos nuestra

(1) Era una tradicion en los Nácthes que Atahansia, arrojada del cielo á causa de sus torpezas, habia buscado un asilo en aquel imperio, y que habiéndole sido negada la hospitalidad, maldijo el pais anunciando el exterminio del templo y la dispersion de los habitantes.

« ignominia , execrados de cielo y tierra , y
« escupidos y desechados por todas partes
« como la afrenta de nuestras carnes ?

« Hijos primitivos del Meschacébe , pe-
« leemos y perezcamos , si necesario es pe-
« recer , si lo quieren asi los destinos ; mas
« perezcamos en defensa de nuestra patria
« y nuestras aras. A lo menos , si sucum-
« bimos en la lucha , nuestras viudas y nues-
« tros hijos hallarán la hospitalidad y ten-
« drán quien los compadezca y se siente á
« llorar con ellos... ¡ A llorar !... Nô... ¡ me
« he engañado ! ¿ Que tendrían ellos que llo-
« rar si les dejamos por dote la gloria ?

« La gloria ¡ Nátches ! ¡ oh ! ¿ Quien me-
« jor que vosotros la conoce ! Ella es la
« propiedad de los hijos del Sol. ¿ Quien de
« todos nosotros no ha añadido á lo me-
« nos alguna cuenta á ese rico collar de
« ámbar que nos viene de tan antiguo sin
« manecilla y sin quiebra ? Juventud gene-
« rosa , tú no has hecho mas que un ensayo
« en la postrera guerra , y sin embargo viste
« á tus pies á esos hombres que no pelean
« sino de léjos y al amparo del rayo. Noso-

« tros les iremos cerca, si hay oidos que me
« oigan en esta sala, si como yo lo espero,
« hay corazones que me entiendan. ¡Nát-
« ches! aun me quedan algunos dedos en
« estas manos mutiladas defendiendo la li-
« bertad; aun me queda sangre que der-
« ramar despues de veinte batallas que he
« ganado vertiéndola : aun me siento las
« fuerzas de mis primeros años; mi hacha
« me está quemando la cintura. Escuchad
« mis consejos , y el viejo Adario sabrá lle-
« varos á combates horrendos con que por
« largo tiempo quede puesta la mesa á los
« buitres , y se regalen con carnes blancas.
« Perezcan esos campos emponzoñados con
« el trigo de la esclavitud ; ardan esas mie-
« ses impías extendidas sobre el polvo de
« nuestros abuelos : estrellemos los crá-
« neos del enemigo contra esas piedras y
« esos lindes infames que exigió su avari-
« cia ; hunda el rio esas canoas que en mal
« hora ató á nuestras puertas la virtud
« candorosa de nuestros padres. No aguar-
« demos , no nos tardemos ; o Nátches! y
« creed á mi experiencia , caerá nuestro

« enemigo , y el oprobio de nuestra tierra
« va á ser borrado. La ventaja es del pri-
« mero que acomete. Nuestra causa es sa-
« grada ; nuestra juventud es numerosa y
« floreciente : cien naciones amigas vendrán
« detras. Esta lucha será terrible , pero se-
« gura , decisiva , dichosa para nosotros.
« Caerémos muchos ¿ que importa ? ¿ Que
« otra cosa es la vida sino la paga de la in-
« mortalidad ? ¡ Feliz el que recibe la muerte
« en el brillo de la victoria , el que inclina
« su cabeza sangrienta debajo de una corona
« gloriosa ! »

Tal fué el discurso de Adario. Los guer-
reros , las matronas , los viejos mismos ,
turbados por su varonil elocuencia , se con-
mueven y agitan unos con otros como el
trigo que se derrama en la piedra rápida
del molino. Onduré se levanta en medio
de la asamblea.

No debiera hablar todavía este guerrero,
ni era tampoco su costumbre darse prisa á
expresar sus votos en el consejo. Su grande
arte era oír , calcular las pasiones que se
agitaban , prever sus resultados , apode-

rarse de ellos, y torcerlos á sus designios. Pero el amor por Celuta y el furor de los zelos que lo encienden contra René, lo arrastraron á pronunciar estas palabras: «Padres
« de la patria, ¿que tenemos nosotros que
« esperar? No han señalado ya el camino
« las razones de Adario? Yo no veo aqui
« sino al sabio Cháctas que sea capaz de opo-
« nerse á que levantemos el hacha, por-
« que, despues de todo, el venerable hijo
« de Utalissi muestra siempre una gran pa-
« sion á los extrangeros. Yo respeto y aplau-
« do su humanidad y su dulzura; pero
« Adario os lo ha dicho ya: estas mismas
« virtudes fueron las que engañaron y sor-
« prendieron á nuestros viejos, y nos le-
« garon el tormento y la angustia de estos
« vecinos. Todavía diré alguna cosa, oidme.
« ¿Que necesidad habia de introducir entre
« nosotros ese huésped, cuyo arribo vemos
« marcado con señales funestas? Cháctas,
« verdadera luz de los pueblos, no se tar-
« dará en conocer que su generosidad lo
« adelanta mas allá de los lindes de la pru-
« dencia, y sabrá renegar ese hijo intruso

« y sacrificarlo, si como yo lo pienso con
 « fundamento, le pidiere la patria este sa-
 « crificio. »

La serpiente de cascabel no pone mas espanto cuando la irritan y hace sonar el ruido precursor del veneno y de la muerte, que el furor de Akansia excitado por las insinuaciones pérfidas de Onduré. Sus miembros tiemblan, sus mejillas se ponen pálidas, y sus ojos lanzan relámpagos contra el hombre adorado que la vende y la menosprecia. Ella quiere hablar; ella querría vengarse y mover la tierra y el mundo entero por burlar los proyectos de su enemigo. ¿Que partido puede adoptar esta muger zelosa sino la guerra, que lo ocupe, que lo distraiga, donde muera tal vez, y su muerte la salve al menos del menosprecio? El despecho, el dolor, las iras se atropellan sobre sus labios descoloridos, y hacen salir estas palabras desconcertadas:

« Viejos insensatos, ¿no habeis tenido lu-
 « gar de atender hasta ahora al peligro de
 « la presencia de los Europeos en medio de
 « nosotros? ¿Teneis acaso algunos secretos

« para hacer el seno de las mugeres tan
« frio como el vuestro? Cuando la virgen
« seducida se verá como el pez que la red
« ha arrojado palpitando en medio de la
« arena; cuando la esposa habrá vendido
« al compañero de su lecho; cuando la ma-
« dre, olvidando al hijo de sus entrañas,
« seguirá perdida en las selvas al guerrero
« que la atrae y la lleva en pos suyo; en-
« tonces, pero harto tarde, conoceréis vues-
« tra imprudencia. Despertaos del letargo
« de vuestros años. Hay crímenes, hay per-
« fidias, hay maldades que expiar en los
« Náches. Se necesita sangre... la guerra...
« hoy mismo... es preciso... ; sangre! Los
« Manitús lo ordenan; un fuego devorante
« corre que está abrasando todos los cora-
« zones. No consulteis las entrañas del oso
« sagrado: los votos, las súplicas, los alta-
« res son inútiles á nuestros males.»

Mas queria decir Akansia, pero su voz enronquecida se ahogó en el pecho; un espasmo violento la paraliza; la corona de plumas y flores cae de su cabeza. Como la adormidera, berida de los rayos del sol,

inclinando á la tierra su corola purpúrea, deja caer las amargas gotas del sueño, así aquella muger zelosa, devorada por los fuegos del amor, baja su altiva frente de donde se desprende un sudor helado que se junta á sus lágrimas. La confusion reina en la asamblea: una nube de humo, esparcida por los espíritus del mal, llena la sala de tinieblas; se oyen los gritos de las matronas, los movimientos de los guerreros, la voz de los viejos, los acentos medrosos de los juglares y sacerdotes que invocan á Michabú (1). Tal parece en las costas de la Batavia el conflicto de un pueblo entero, cuando rotos los diques en medio de la noche, da el aviso el cañon de alarma, y se siente junto á los lechos el bramar de las olas, se precipitan las familias entre las aguas, y se agita la muchedumbre en la oscuridad, y se mezclan las voces y los llantos, y ninguno sabe el camino que conduce á la salvacion.

(1) Nombre que los salvages de la América Septentrional dan al Criador de todas las cosas.

Todas las esperanzas se volvian hácia Cháctas ; su presencia tan solo y sus labios podian calmar la agitacion extrema que afectaba los ánimos. El anciano hace señas de que va á hablar , y el silencio se restablece.

Cháctas se levanta ; su cabeza coronada de cabellos plateados , algun tanto balanceada por la vejez y por antiguas penas , se asemejaba á la estrella de la tarde que parece temblar antes de sumergirse bajo las ondas del Océano. Dirigiendo el discurso á su amigo Adario, se expresó de esta suerte:

« Mi hermano el Agnila, vuestras palabras
« tienen la abundancia de los rios, y la fuerza
« del viento cuando sopla del lado del gran
« lago y hace subir las aguas del Mescha-
« cébe. Vuestros pies estan mas asidos á las
« tumbas de nuestros padres , que el cipres
« de los prados y los robles de las monta-
« ñas... Yo sé tambien las injusticias de los
« Blancos , ¿quien mas que yo las ha llo-
« rado ! ¿Pero no tenemos nosotros hoy dia
« nada de que acusarnos? ¿Hemos hecho
« cuanto es debido , cuanto pide, cuanto re-

« quiere la existencia de un pueblo libre?
 « Nuestros padres triunfaban en otro tiem-
 « po, y no temian las armas del extranjero,
 « pertrechados de su virtud. ¿Pretendemos
 « nosotros alzar el hacha de Areskui sin
 « que esten nuestras manos puras? Hijos
 « míos, (pues mi edad y mi amor á voso-
 « tros me permiten daros á todos este nom-
 « bre) yo no puedo menos de llorar, antes
 « que cualquiera otro mal; la pérdida de la
 « inocente simplicidad que hacia el mejor
 « adorno de nuestras chozas. ¿Que habrian
 « dicho nuestros mayores, si hubieran des-
 « cubierto en una matrona los signos que
 « acaban de turbar el consejo? ¡O muger!
 « contened ó llevad á otra parte el extra-
 « vío de vuestro espíritu: no vengais entre
 « los Sachems con el soplo de las pasiones
 « á pedir la venganza de la locura, y á
 « sacar quejas del ramage casi marchito de
 « las encinas viejas del Náche.

« Y tu, jóven guerrero que te atreviste
 « á tomar la palabra primero que los ancia-
 « nos, ¿has pensado engañar á Cháctas?
 « ¡Teme no sea que descubra, en presencia

« de todos, tu alma más cóncava que la
« roca donde se encierra el oso del La-
« brador!

« Preparémonos á los juegos de Aréskui,
« ejercitemos nuestra juventud, renove-
« mos nuestra alianza con los pueblos veci-
« nos; mas probemos no obstante los caminos
« de paz, ensayemos de nuevo el collar de
« la amistad con el viejo Onontio que se
« precia de amarla; hagámosle hablar en
« verdad y que diga con que designio ha
« juntado sus tropas: inclinemos de nues-
« tra parte á los Manitús protectores de la
« justicia y testigos zelosos de la fe de los
« pueblos: no atropellemos los destinos con
« nuestro ardor, no carguemos con el reato
« del primer rastro de la sangre que se der-
« rame. Mientras los Blancos guarden los
« lindes que pactaron con ellos nuestros
« mayores, no nos es dado ya á nosotros
« levantar esas piedras que ellos pusieron,
« ni arrimar la segur al árbol de la alianza
« que ellos plantaron. Si los Blancos osan
« mancharse con estos crímenes, nosotros
« les saldremos al encuentro; la justicia de

« nuestra causa aumentará la fuerza de
« nuestras hachas ; y los trozos de la cadena
« de la union que ellos habrán deshecho,
« saltarán contra sus cabezas. Pelearemos
« entonces, y venceremos protegidos del
« cielo, y daremos un festin amplio, digno
« de ellas, á las almas de nuestros padres.
« De esta suerte responderemos ; o Natches!
« en la paz ó en la guerra, cual lo quiera
« nuestra fortuna, de la doble encõmienda
« que nos dejaron de su templanza y de su
« valor. »

Cháctas arrojó un collar azul en medio de la asamblea, que era el simbolo de la paz. La armonía de su voz y la dulzura de su espíritu penetraron los corazones. « ¡ Que
« experiencia ! decian los unos ; ¡ que persua-
« sion ! que autoridad ! exclamaban los otros.
« Jamas, jamasse encontrará un Sachem co-
« mo Cháctas : él sabe la lengua de todas
« las selvas , él conoce todas las tumbas que
« sirven de límites á los pueblos , todos los
« rios que separan á las naciones. Nuestros
« padres han pasado la vida entera con su
« sabiduria ; á nosotros nos toca verle mo-

« rir! » Así hablaban los guerreros ; el parecer de Cháctas fué adoptado por el consejo : cuatro diputados partieron para el castillo ; todas sus instrucciones fueron de paz.

Mientras sucedian estas cosas , el Rey de los Abismos habia llegado á las estremidades del mundo por debajo del polo cuyo circuito midió Cook en medio de los vientos y las tormentas. Allí , en el fin , y en el punto mas elevado de las tierras Australes , que una barrera eterna de hielo esconde á la curiosidad de los hombres , sobresale un palacio inmenso , tan antiguo como la tierra , de admirable estructura , invencion prodigiosa , obra insigne del arte de los Angeles reprobados. Las murallas , las bóvedas , las columnas , la soberbia escalera , los altos pórticos , toda esta grande fábrica es de plancha de bronce unido , sin ninguna juntura , ninguna quiebra , ningun macizo que le quite al metal su voz. La figura es redonda , y por medio de la fachada corre en torno una galería donde tocan todos los meridianos de la tierra , cuyas líneas si-

guen la cúpula y se cruzan sobre la clave de este enorme portento de la ciencia infernal. Jamas entró allí el sueño, ni el silencio ha podido nunca pasar las puertas de este edificio. Cuanto suena, cuanto se habla, cuanto se mueve sobre la tierra, se oye allí dentro; pero por un designio y un artificio propio de Satanás, que tiraniza el mundo y mantiene su duro imperio con la mentira, los mas de los sonidos se alteran en llegando á aquel sitio, y se sienten de otra manera de como son. En el centro del monumento corre una larga bóveda de figura espiral que remata en la forma de un gran oído, y los diversos ruidos que entran en el palacio, se encaminan atropellados hácia aquel foco por distintos canales, que en razón de su hechura, de sus vueltas y sus diámetros, disminuyen ó agrandan, desfiguran, cambian ó modifican la realidad. Muchas veces un rumor sordo, y perceptible apenas en su origen lejano, se hincha, y suena como un torrente, al correr los giros de la espiral: otras veces los ruidos mas espantosos suenan menos que el

paso de un insecto volante que se pierde en los aires. La verdad y la mentira, la alabanza y el vituperio, la alegría y el dolor, el temor y la confianza, todos los sentimientos, todas las esperanzas, todas las conjeturas y las sospechas hablan á un tiempo y se agitan y se revuelven en aquel centro vortiginoso de tumulto y de confusion.

Tal es la gran linterna de los sonidos donde hace sus escuchas y recoge sus nuevas el Angel de la fama, la figura mas noble, el Gerarca mas jóven y mas gallardo que habia en el cielo antes de la caida de las turbas angélicas. El dia en que fué creado este hermoso espiritu, brillaron las esferas con fulgores extraordinarios, y sonaron nuevos acentos y armonias nunca oidas en los órganos celestiales. Satanás fué el padrino que recibió á este Angel de las manos de su Hacedor, y velaba en su juventud como un padre, y miraba esta nueva belleza de los cielos como una hija de su deseo, y la nombró de Herald de su milicia. Si llegaba á animarse un mundo, si la fecundidad del Verbo, nunca agotada,

aumentaba las maravillas del universo y poblaba con nuevos astros los espacios desiertos, si ensayaba una nueva llama y creaba nuevos órdenes de Virtudes inteligentes, si se abría una solemnidad, si el Eterno recompensaba con nuevos grados de inteligencia la lealtad de sus servidores, si en señal de su complacencia desataba algún día al completo todos los senos de la luz esencial y eterna en que nada su espíritu, el Angel de la fama recibía estos anuncios en el umbral del tabernáculo, y corría á publicarlos por las esferas, y preludiaba el canto y la acción de gracias del coro empireo. Mas despues de la rebelion, cayó tambien la Fama con Satanás, y lo sirve con el afecto de una hija tierna votada á sus destinos y á su desgracia para jamas. Todavía en medio de esto, y á pesar de tamaña ruina, aun conserva aquel Angel algunos restos de su antigua hermosura; y su voz, que es terrible como el estruendo de muchas aguas, mas que el cielo tronando, mas que el ruido de los volcanes enfurecidos, suena tambien algunas veces como una voz del

cielo, como un eco de gloria que arrebató los corazones y los levanta á pensamientos altos y á empresas superiores al nivel de la fuerza humana. Satanás hizo fabricarle segun sus miras aquel palacio mágico, y allí tiene su asiento y sus complacencias este Genio prohibado por el padre de las calumnias y las mentiras. de allí toma y publica como las oye todas las novedades que interesan la tierra; De allí sale á esparcir al mundo los aplausos, el odio, la ignominia, las palmas, las envidias, las ambiciones, las esperanzas, los terrores, los desconsuelos, los avisos y los recuerdos de lo pasado, los anuncios y los azares de lo presente, los enigmas y los fantasmas del porvenir.

Satanás encontró á la Fama escuchando, y le habló de esta suerte: «¿Es este solo, «hija mia, el lugar donde tu me asistes? «¿Ignoras tú, por ventura, sobre tu alerta «los proyectos y los cuidados que me traen «desvívido por nuestro reino? Tú eres la «única que has faltado al consejo de los «Espiritus. Y en medio de esto, hija ingrata, ¿para quien trabajo yo en este

« instante sino es para tí? ¿ Quien , sino tú,
« se lleva en el mundo las alabanzas de mis
« obras? ¿ Es así como pagas tu bienhechor?
« ¿ A cual de los ángeles he dado yo mas
« prendas de mi cariño? Cuando te alum-
« braron los cielos , al momento de ver la
« luz , te cogieron mis brazos , y hallaste en
« mis rodillas los amores y la ternura de
« un padre. Todas las Potestades , todos los
« Tronos y las Dominaciones del Empireo
« te envidiaron el puesto que tenias á mi
« lado ; ¿ y quien hay que no envidie hoy
« mismo tu particion? Despues de la catás-
« trofe que dejó sin destino en la oscuri-
« dad tantos príncipes y magnates del fir-
« mamento , yo te dí la mejor herencia que
« me quedó en las ruinas de mi poder , y
« te finqué en un ara que jamas falta ,
« donde todos los hombres sin diferencia te
« tributan sus homenages. ¿ De quien tengo
« yo mas derecho de esperar servicios sino
« es de ti que enseñas la tierra por mi
« eleccion? Ven , sígueme , el tiempo insta :
« no hay ninguno entre todos mis servido-
« res que pueda reemplazarte cuando se

« trata de conmover los pueblos, y acaudi-
« llar las guerras y encender los furoros de
« los partidos. Yo te daré sonidos con que
« llenes tu trompa y se asombre el mundo,
« si en la lucha que me he propuesto, lo-
« gro el triunfo de los pueblos salvages con-
« tra los pueblos civilizados.»

« Padre mio, respondió la Fama, con
« un tono halagüeño, ya me aprestaba yo á
« buscarte, y á trasladar entera toda mi
« corte á tus reales. Mas permite que te lo
« diga, que á pesar mio me aparto de este
« lugar á servirte contra ese pueblo cuyas
« glorias estoy cantando ya mas de un siglo
« sin descansar. En este mismo instante me
« llegaban los ecos del Poeta de Henri-
« que IV (1). Sin embargo véme pronta á
« seguirte; mira si sacrifico mi inclinacion,
« y responde que no te amo!» Dijo y bajó
las gradas del sonoro edificio. Toda su corte
junta la aguardaba á la puerta: estaba el
cielo entoldado, no se via ni una estrella;

(1) Alusion al Poema de la Henriada publicado en aquel tiempo.

un silencio profundo reinaba en los espacios.

El malvado convoy se apiñó entre los flancos de una nube tempestuosa, y de un vuelo salvó los mares inexplorados que se extienden entre la cúpula de las nieves eternas y las tierras inhabitables de la nueva Thulé del Austro. Bien quisiera la Fama caminar al Oeste de las Américas, y bajar un momento, y visitar los huertos y los palmares de la reina del Mar Pacífico, la Citera del Nuevo Mundo, la bella Otáhiti, cuyos coros y cuyas danzas, y sus pueblos donde comienza una nueva Grecia, han prestado á su trompa todos los ecos de los placeres. Pero el Angel de las Américas, temeroso de los designios de Satanás, acechaba para atajarle sobre aquel derrotero. Satanás lo sabia, y tomando para el Oriente empujó la nube con gran presteza sobre el Atlántico. Los veloces viajeros dejaron detras de ellos en poco tiempo las llamas que se levantan de las tierras de Magallanes, faro lúgubre que ninguna mano enciende, y arde sin centinela á la puerta de los dos mares. Cuando iban ya hácia el medio del

Mar Etiópico, le pidió la Fama á su padre un momento de reposo, y descendieron á una isla casi ignorada por aquel tiempo, posesion triste de los feroces hijos de Albion. Mas apenas puso el pié en ella la Fama, se sintió conmovida de un dolor súbito. Una causa ignorada le hacia llorar y embocar la trompeta fúnebre. Poco á poco se entreabriéron luego los siglos delante de sus ojos, y abrió un sepulcro, y mulló la tierra del olvido. Satanás le dió priesa á partir y le dijo: « ¿Que te importan á tí los hom-
« bres que aun no han venido? Deja correr
« los tiempos y llegar los estragos. » Elevados otra vez en los aires, á ruegos de su hija, Satanás dejó abrirse el cielo, y apartó los nublados. No se cansaba entonces la Fama de mirar á la izquierda, y al descubrir la tierra de los diamantes, echó mano al clarín ruidoso con que publica los altos hechos y los designios generosos. « Tu vas á des-
« cubrirnos y á malograrlo todo esta no-
« che » dijo su padre. « ¿Como quieres que
« me esté quieta, le respondió la Fama
« exaltada, si veo la estrella de un gran-

« de Príncipe, fundador de un imperio in-
« menso, nuevo Cadmo de esas regiones que
« estoy mirando! ¿No lees allí..... en el
« cielo.... muy alto.... por encima del Fé-
« nix?.... ¿Y no ves mas arriba otros gru-
« pos, otras constelaciones, aquellas Ne-
« bulosas, en donde estan escritos otros
« nombres gloriosos? ¿No presientes la au-
« rora de un siglo nuevo que se apresura, y
« cambiará esas tierras? Todo el libro de los
« destinos se lee esta noche!» Satanás en-
cubria su rabia, y luchando contra los tiem-
pos y los sucesos que via su hija, de temor
de que lo abandone no se atreve á mostrarle
sus pensamientos y su dolor. El Angel de la
Fama, pervertido como lo tiene la tutela
infeliz de aquel monstruo, siente no pocas
veces los movimientos de su origen celeste,
y se agita y toma partido, sin saber lo que
hace, por la virtud. Satanás ocultó los cie-
los con nuevas sombras, aligeró su marcha,
pasó la linea, y singlando hácia el Istmo
de las Floridas, muy en breve pasó por cima
de las Islas Caribes, y cruzó enfurecido el
famoso Archipiélago frecuentado de pasa-

geros, y alumbrado como las calles de una ciudad. Allí estás tú ; o Isla del Salvador ! para siempre memorable entre todas las islas, aunque una ingrata oscuridad haya sucedido á tu gloria. Levantando tu cabeza entre tus hermanas de Bahamá, tú fuiste la primera que sonreiste á Colon, la primera que viste descender de sus bajeles al inmortal Genovés, como el hijo mayor del Océano. En tus humildes playas se visitaron la primera vez los pueblos del Occidente y de la Aurora, y se dieron el nombre de hermanos. Tus rocas resonaron en aquel dia con los ecos solemnes de una música guerrera que anunciaba esta grande alianza, mientras que Colon se ponía de rodillas sobre la arena, y besaba esa tierra virgen, rica y bella mitad de la antigua herencia de los hijos de Adam dispersados por las tormentas de los siglos.

LIBRO TERCERO.

La turbacion de los Natches no habia llegado á la cabaña de Otugamiz; la segunda mañana de René fué todavía tranquila y risueña. Habia vuelto un hermoso dia, y al cantar de los pájaros, dejó René su lecho y salió á los campos, sin decir nada á sus huéspedes que aun dormian. Una senda inmediata guió sus pasos hasta el cerro de los Sepulcros.

Allí estuvo dos horas abandonado á una dulce melancolía. La imágen de la muerte pierde todo su espanto entre las alamedas y los boscajes de un campo fúnebre, en medio de los lechos tapizados de blando césped, guarnecidos de flores, puestos al aire libre y alumbrados del cielo. Mas bien que de la muerte, parece aquel recinto la

morada del sueño ; se diria que hay allí una logia encantada hecha solo para el espiritu. Sin ver nada comprende el alma que hay quien le hable y la escuche en aquel desierto ; detras de cualquier rama , dentro de la corola de una flor entreabierta , en la copa de un árbol , en una hoja que mueva el viento , le parece que la saludan y que la llaman ; y le place estar con los muertos y conversar con ellos , y se sienta de buena gana al umbral de la eternidad , y el arcano de otra existencia , mejor que la presente , se revela en el corazon. En el borde de los sepuleros , sobre las ruinas de la vida , hay cierta luz que brilla como un fanal lejano á la entrada de un nuevo océano desconocido , y parece que se ve tierra , y que sale del puerto otra nave á remolcar la nuestra y salvarla de las tormentas. Tal era la situacion del espiritu de René meditando en las tumbas , y asomado á lo alto de estos grandes telégrafos del terror y de la esperanza. Desatados todos sus lazos sobre la tierra , mal hallado en el mundo , cambiando de posada todos los dias , mudas ó desoladas todas las afecciones que

hacen querer la vida, se lanzaba su pensamiento en el vago de lo infinito, y empujaba sus ojos con ansia hácia aquel golfo obscuro del postrer porvenir. Estas meditaciones, esta larga bordada, esta excursion del alma al dominio de la otra vida, encendieron su fantasia, y le hicieron alzarse á la region sin nubes, donde callan las tempestades y desaparecen los nublados del corazon. Cuando volvió á la aldea, la amistad y el amor lo esperaban en la choza de Otugamiz, y le abrieron nuevas escenas, de un color, de una simpatia, de un patético, que no brilla, que no se siente sino en el aura pura de los desiertos.

Estaban los dos hermanos sentados por debajo de su cabaña en el huerto que ellos llamaban de Tabamica por honor á su madre, verdadero museo celeste, cultivado de mano de estos dos ángeles. Celuta se ocupaba en bordar sobre una piel de alce un precioso dibujo de Otugamiz que trazaba las guerras de los Natches contra los Siminolos. Inclineda la cabeza á su obra, descendian sus cabellos como manojos de jacintos sobre

el hermoso cuello de alabastro, y servian de velo á dos mundos de amores. Se veía al hermano en la hermana; sus dos rostros se parecían, y una misma belleza tomaba en cada uno el carácter particular de su sexo. Las faiciones de Otugamiz presentaban mayor franqueza y soltura: sobre las de Celuta reinaba mas inocencia. En los ojos de Otugamiz se mostraba la decision, la lealtad y la confianza: el mirar de Celuta era tímido y suplicante. Una tierna sonrisa, una dulce correspondencia de los ojos, de los labios y el corazon, seña fija que pone el cielo á las almas puras, resaltaba en los dos semblantes; empero el de Celuta tenia mas sentimiento, mas abandono, y un matiz de tristeza que lo hacia mas sagrado. El candor es el mismo, una misma la sencillez, uno mismo el talante y el porte angélico de estos dos hijos del desierto. De esta manera crecen en un valle del Nuevo Mundo, de una misma raiz, dos erablos de diferente sexo, y el viagero que los descubre de lo alto del collado, los reconoce como hermano y hermana al aire de familia, al pender de

sus ramas, al blancor diferente de sus flores, al juego parecido y á los sesgos simpáticos de sus cimas enamoradas.

Los dos hermanos se daban cuenta de sus almas en sabrosos coloquios; sus acentos sonaban como un eco encantado por detras del frondoso seto de gordonias y de yedras salvages abrazadas á los copalmos que cerraban aquel vergel de la inocencia. Por entre los festones de azul y oro, y el tegido de flores que ofrecia aquel vallado, observaba René á sus huéspedes, conteniendo el aliento y gozándose en aquel cuadro de la virtud. «Hermana mia, le decia Otugamiz á Celuta, esas cosas preguntalas á los viejos. ¿No ves las dulzamaras como trepan y se encaraman, cuando encuentran el árbol que las convida y les dice: sube?»

«Bajo de ese diospiro donde estás tu sentado, le contestó Celuta, se sentó tambien una tarde la flor de nuestra vida, y me dijo: Escucha estas palabras que te envia mi espíritu. El sol se pone aprisa; mis ojos no te guardarán ya mucho

« tiempo. Cuando tengas un compañero, sé
« hacendosa y trabajadora como la abeja,
« y apégate á tu casa como la culebra do-
« méstica. Si tu esposo fuere feliz, sé tú,
« hija mia, humilde y tímida: no te acer-
« ques á él sino cuando te diga: ven, mis
« labios quieren hablar á los tuyos. Pero si
« fuere desgraciado, prodigale tus caricias,
« rodea su alma de la tuya; no te duelas
« de tus carnes, sé insensible á los vientos
« y á los dolores. Hermano mio, ¿cuando
« dos almas se quieren, pueden ser desgra-
« ciadas?»

« Todo eso lo sabe Cháctas mejor que yo,
« respondió Otugamiz; tu puedes pregun-
« tarle cuando le encuentres solo en la orilla
« del arroyo.»

« Estas cosas no se pueden decir á los vie-
« jos, le replicó Celuta. Cuando iba yo esta
« mañana, muy temprano, á atizar la luz
« del farol, me pareció ver al Manitú de
« la hermosura, que abría y cerraba los la-
« bios del guerrero blanco dormido. Dime
« tú, si esto es malo.»

« ¡Malo! ¿Por qué? contestó Otugamiz.

« Yo tambien he tenido un sueño esta noche, y me ha hablado un Espíritu. Yo no pude verle la cara, porque su cabeza estaba cubierta de un velo; pero oi que me dijo: ese jóven alto y blanco lleva la mitad de tu corazon. »

Mientras hablaban así los dos hermanos, á un movimiento involuntario que hizo René, levantó los ojos Celuta, y lo vió entre las flores. Tal la divina Io sonriyó al Rey del Olimpo, cuando vió la cabeza resplandeciente del Inmortal escondido en la nube. Su corazon saltó de gozo en el pecho, y con una inflexion de voz semejante al acento del mirlo azul, exclamó: « Hermano mio, he aquí al hijo de Cháctas. »

Otugamiz se levantó presuroso, y corriendo á la puerta, abrazó al extrangero, le tomó de la mano y llevóle á un retrete de su cabaña, obra de mucha arte, enchapada toda por dentro de corteza olorosa de gomero, llena de mueblecillos y de tablas preciosas que el ingenio industrioso de Otugamiz recortaba y ensamblaba á su espacio en la soledad. Sentóse allí con René sobre

la piel de un oso que habia sido por mucho tiempo el terror de los Esquimales, y le habló de este modo: «Hijo de la belleza, « reposa aqui conmigo sobre la estera de « mis padres: mi corazon quiere hablar al « tuyo. Los peregrinos vienen todos del « Grande Espiritu. Si algun Genio que se « halla solo, quiere unirse con otro Genio « que está distante, guia los pasos del ex- « trangero sin dejarle reposo, hasta tanto « que haga posada en la choza donde ha- « bita el que busca. ¿No te parece á tí como « á mí, que estos dos Espiritus se han jun- « tado esta noche dentro de esta cabaña, y « que estan volteando por cima de nosotros, « y que aprueban estas palabras?» Cuando hubo dicho estas cosas, se levantó Otuga-
miz, encendió dos lampiones alimentados con cera vírgen de mirto, y quemó un hacecillo de hojas de sauce sobre una gran pechina embutida en un tronco labrado de sasafrás. Es costumbre entre aquellos pueblos de la naturaleza, como lo fué tambien en los tiempos heróicos de los Griegos, escogerse cada guerrero un amigo. Una vez

formado este nudo, es indisoluble: ningún vuelco de la fortuna, ninguna fuerza, ningún poder del mundo podría romperle. Cada uno de estos dos amigos se hace doble, y vive con dos almas. Inseparables en la vida, lo son también en la muerte. Cuando el uno de ellos perece, si le quedan deberes sobre la tierra, los cumple el que sobrevive; si alguien le había agraviado, él se encarga de la venganza. En estando todo cumplido, le da el postrer íestín en el mundo sobre su tumba, y una misma tierra recibe y junta los huesos de la amistad.

Embriagado del sueño que había tenido aquella noche, y encontrando aquella vision tan conforme con el afecto que le inspiraba el grande hombre europeo, no duda que su suerte está unida á la de René, y que este es el amigo y el compañero que los Genios le han deparado. Los salvages no esperan cuando creen que los cielos les han mostrado su voluntad. Acabada la lustracion, se dirige de un paso tímido hácia René, y tomando su mano, le dice con una

voz expresiva sacada de lo hondo del corazón: « Mi alma está sola, y á la tuya le falta un tronco donde abrazarse. ¿Quieres « tu ser mi amigo? »

Ignoraba René aquellos usos; y muchas de las voces de la lengua algonquina, pronunciadas por los salvages con su acento nativo, se le escapaban sin comprenderlas. Pero René entendia bien que el Salvage le ofrecia su amistad; su alma estaba movida: de los ojos de Otugamiz se desprendia una llama de amor. « Si, yo quiero ser tu amigo, yo te ofrezco mi vida, » le respondió René.

La alegría se apodera del hijo de Tabamica, bate las palmas de sus manos, va á la aljaba que está pendiente de un muro, toma una flecha y un sartal de collares, llama á Celuta, y convida á René á seguirle.

No lejos de la cabaña habitada habia otra choza desierta, en donde habian nacido los dos hermanos. La mitad de los techos estaba ya arruinada; un arroyo corria por medio de las vigas y de los zarzos caidos.

El jóven indio penetró allí con su huésped; Celuta, como una muger llamada por testigo delante de un juez, se mantuvo en la puerta en el sitio que le dijo su hermano. Cuando los dos amigos llegaron en medio de las ruinas, el semblante de Otugamiz tomó un aire religioso y solemne; el hermoso jayan tendió sus ojos sobre René, se hirió en el brazo izquierdo, tiñó en sangre su flecha, y teniendo un extremo de ella y alargando el otro á su amigo, elevando la voz, é invocando el cielo y la tierra: «Hijo del extranjero, dijo á René, yo me confío á ti sobre mi cuna, y te ofrezco morir sobre tu tumba. De hoy ya mas no tendremos sino una estera para de dia, y una piel sola de oso para de noche. Los amigos de mi pais son castores que edifican y acopian en comun: tus contrarios serán los míos; la flecha que viniere á tu corazon, encontrará delante al de Otugamiz. Si yo te sobrevivo, yo daré de comer á tu Espíritu; yo cargaré de ofrendas y de trofeos gloriosos el lugar de tu sepultura, y en no haciéndote ya más falta sobre la

« tierra, descenderé brillante, satisfecho,
« digno de tus abrazos, al festin de los Ca-
« zadores.

« Recibe este collar: veinte granos rojos
« señalan el número de mis nieves (1); los
« diez y siete granos blancos que se les si-
« guen, indican las nieves de Celuta que
« está aquí por testigo de nuestro pacto:
« este grano de violeta significa la luna de
« las flores en que hacemos el juramento de
« la amistad; los demas granos negros son
« el número de las noches que esta luna ha
« brillado. El collar afirma mi palabra.»

Las lágrimas saltaron de sus ojos y se mezclaron con su sangre en las manos del Europeo. « Hijo de los Nátches, le respon-
« dió René conmovido y aplicándole un
« lienzo sobre la herida, sea lo que fuere
« lo que tu me propones, yo te juro el
« cumplirlo; tu amistad me será sagrada
« toda la vida; » y el hermano de Amelia se echó en los brazos de Otugamiz.

En seguida cambiaron los dos amigos los

(1) Años.

Manitús de la amistad. Otugamiz dió á René un idolillo, hecho de coral blanco, tallado de su mano, vestido simplemente, la cabeza desnuda, la cabellera suelta, descubierto de un lado hasta el corazon, hincada una rodilla en el suelo, y abrazado de un olmo seco. René dió á Otugamiz una bella cadena de oro, con una joya de rubies que llevaba su nombre. El Salvage la recibió con transportes, le habló algunas palabras, se la acercó al oido, despues estampó en ella sus labios, y colgándola en fin al cuello, juró tenerla siempre y reverenciarla hasta el postrer suspiro de su vida: ¡juramento fiel, inviolable, que observó hasta su fin! Como un árbol consagrado á algun Dios en medio de las selvas, cuyos ramos estan cargados de relicarios y presentallas, mas que caerá bien pronto bajo el destal cortante del leñador, así parecia Otugamiz puesta al cuello la ofrenda de la amistad.

Las demas ceremonias correspondieron al carácter augusto de aquel acto solemne. Asidos de las manos, los pies descalzos, y ce-

ñida la ropa á la cintura, caminaron los dos amigos, de arriba abajo, al margen del arroyo, y atravesaron su corriente tres veces, significando en esto que eran dos peregrinos que debian correr juntos las sendas de la vida. Despues de estos viages, subieron á la fuente donde nacia el arroyo, descansaron en sus orillas, y cogiendo en las manos una onda pura, se alargaron sus palmas, y gustaron las aguas del refrigerio. Celuta los seguia en estos pasos, y remojó tambien sus labios, abrasados de amor, en las manos de Otugamiz y de René. En seguida entonaron los dos hermanos el himno de la union.

Genio de las selvas, de la voz franca y sonora, que gobiernas los coros y compones las melodías y los ecos armónicos de los castos retiros del desierto, aunque estabas acostumbrado á estos cantos de la inocencia, tu tuviste envidia aquel dia á los hijos de Tabamica. El metal de tu lengua era menos dulce, el ardor de sus sentimientos vencía tu lira. Las cimas de los árboles se inclinaban á oírlos, y los cedros de las mon-

tañas se sentian animados. Cada fuente repetia y suspiraba lo que la amistad tenia de mas puro, cada flor respondia á la elocuencia de aquel language, cada pájaro se esforzaba á imitar su delicia. ¿Por qué no aceptó el cielo estos votos?

Vueltos á la cabaña se sirvió el festin de la amistad, sazonado de amorosos coloquios. Otugamiz enseñaba á René á pronunciar en lengua algonquina los tiernos nombres de padre, madre, hermano, hermana y esposa. «Hijo de Cháctas, le decia poniéndole « la mano en el pecho ¿no es verdad que « estos nombres se encierran todos en el « dulce nombre de amigo? ¿No es verdad « que lo somos nosotros? ¿No hemos jun- « tado hoy nuestras almas y las hemos « entretegido como dos ramas de biñonias « abrazadas en el portal de la cabaña?»

Despues de la comida, Otugamiz rógó á su hermana que se encargase de hacer un ropage indio para el hombre blanco. Levantóse René, y tomando Celuta una cinta de lino, con la mano temblando puesta en el hombro del extranjero, dejó caer la me-

didá hasta el suelo. Con mayor turbación tomó el largo del pecho, mas al tomar la anchura del talle, los dos corazones se tocaron, y la cinta se escapó de sus manos. Cháctas llegó en este instante. El anciano temía que René se encontrase afligido, si alguien le había contado las inquietudes y los rumores de aquella madrugada. ¡Cual fué su alegría cuando supo el feliz incidente que le hacía ignorar tantos males! Su prudencia supo endulzar la historia de aquel suceso, que oído de su boca, y añadidas las esperanzas del mensaje pacífico que había salido para el fuerte, hizo menos terribles para René estos nuevos amagos de la estrella que lo persigue por todas partes. Cháctas juzgó preciso el callar por el pronto á los dos amigos el furor de Onduré.

Mientras tanto llegaron al castillo los cuatro diputados del Nátche. Chepar juntó el consejo, y ordenó que asistiesen los prohombres de la colonia. Reconocido el censo y los progresos del cultivo, se encontró un grande número de brazos desocupados que clamaban por nuevas tierras. La compañía,

sedienta de mas riquezas, hizo un empuje grande por la guerra. La vecindad de los salvages, decian, amenazaba á la colonia; las naciones circunvecinas miraban á estos Indios como centro y apoyo de sus reacciones: un gran nombre, el antiguo templo, y el prestigio supersticioso de su origen podia allegarles en una liga veinte mil combatientes. « Despues de esto, añadian, ¿cuales son los derechos de un pueblo bárbaro é idólatra? La semilla del Evangelio no ha germinado en esos hombres que adoraran todavía, tercos y pertinaces en sus errores, las serpientes y el sol. Su obstinacion los hace indignos de los dones del cielo: no son antes los perros de la casa que los hijos del amo. Bosques tienen donde replegarse y rehacerse hasta el polo esos hombres, compañeros del oso y de la pantera, bebedores de sangre humana, y enemigos de Dios. Extendamos su gloria los que lo confesamos, y purguemos de idólatras y de infieles esta tierra de promision.»

El padre Souël, misionero de gran doc-

trina, de una vida sin tacha, de un ejemplo apostólico, confesor impertérrito de Jesucristo, cuyo rostro estaba marcado de cicatrices gloriosas, que tres veces habia ganado la palma del martirio, se levantó y pidió licencia de hablar. « Si se tratase solo, les
« dijo, de negocios políticos, yo guardaria
« silencio, no preguntado; porque mi ofi-
« cio solo es orar y anunciar el Evange-
« lio á las gentes, sin mezclarme en las
« cosas de la tierra. Mas se trata de re-
« ligion y se pide la guerra y el exterminio
« en su nombre. De todos los errores, de
« todas las blasfemias que son posibles,
« no hay nada que se acerque ni se ase-
« meje á este género de impiedad. No ha
« venido el Hijo de Dios al mundo para fun-
« dar imperios, ni á establecer herencias,
« ni posesiones, ni derechos, ni privile-
« gios á la humana codicia. Pelead enho-
« rabuena, si lo hallais justo, por vues-
« tras heredades, vuestros comercios y vues-
« tros títulos adquiridos en consecuencia de
« los tratados; mas dejad á la Providencia
« y á la sola palabra de Jesucristo el cui-

« dado de su Evangelio. Dios ha dejado libre
« á los hombres su conciencia, y sabrá tomar
« cuentas á cada uno en sus juicios inescru-
« tables : no les deis una excusa de su dureza
« mezclando la injusticia al anuncio de esta
« ley santa, y volviéndola en irrisión con
« las obras, contrarias á las palabras. Por
« el amor de este mismo Dios de paz y mi-
« sericordia que predicamos, tengamos pie-
« dad de esos pobres idólatras. Otro tanto
« como son miserables y se hallan faltos de
« la luz de la vida, otro tanto merecen mas
« nuestra compasión. No son perros, nó ;
« son hermanos nuestros. En la ley del Cru-
« cificado no hay Griegos ni Escitas, ni
« Romanos y Bárbaros. Sobre todos hace
« lucir su sol y llover sus nubes nuestro Pa-
« dre comun que está en los cielos. Pro-
« curemos traerlos al Evangelio, mostrán-
« donos verdaderos cristianos, generosos,
« limpios de corazón, pacíficos y observan-
« tes de la justicia, cuya luz está impresa
« de la mano de Dios en la frente de todo
« hombre que viene al mundo, cuya idea es
« el primer testigo que habla dentro del

« alma en favor de la Ley de gracia. Mi-
« sionero del Dios de paz en estos desier-
« tos, ¡ojalá pueda yo vivir y morir es-
« parciendo con fruto la palabra del Cordero
« sin mancha! ¡Ojalá pudiera servir mi san-
« gre á fijar su imperio, y hacer reinar
« unidas la paz y la justicia por todo el
« mundo! Caros compatriotas y hermanos
« míos, y los mas de vosotros, mis hijos,
« á quienes yo he engendrado en Jesucristo;
« si teneis algunas pruebas de mi amor y
« mi devocion á vosotros; si, en defensa y
« en honor vuestro, he sufrido mas de una
« vez en esos campos el oprobio y la exe-
« cracion; si valieron algo mis penas y mis
« solicitudes cuando aparté la guerra de
« vuestras casas indefensas, y alcancé por
« mis ruegos la postrer concesion de tier-
« ras que os hicieron los Indios, escu-
« chad mis palabras y acoged mis conse-
« jos cristianos. Próximo ya á partir como
« me hallo á la mision de los Yazues, esta
« será quizá la vez postrera que os hable,
« y este es mi testamento, que os enco-
« miendo en favor de mis pobres Natches.»

¡O dulce Religion, el primer don del cielo, sin la cual no podria haber virtud, ni paz, ni justicia, ni sabrian entenderse los hombres sobre la tierra! ¡que poderosa es tu palabra, y que razon tan fuerte es la tuya! Tú eres la voz de Dios que quebrantas las nubes, y suspendes los vientos, y encadenas las tempestades. Tu eres el gran milagro que nunca falta, el poder invisible que conserva la sociedad y que sujeta al hombre y lo mantiene firme á la orilla de los abismos del corazon. Quien abuse de ti, quien te desfigure y te haga servir al mal, merece la muerte. Quien te sirva, quien te propague, quien te presente bella, pura, noble, sincera, sublime y clara, como tu eres, es el primero de los hombres. Las bendiciones de la tierra, las diademas del ángel, serán su suerte y su galardón.

El discurso del padre Souël, y la uncion inefable de su voz argentina, persuadió y ganó en el consejo quanto habia de almas nobles y bien nacidas. Pero el Demonio del oro, enviado expresamente por Sata-nas, invadió las entrañas de unos pocos

malvados y de otros hombres flacos que asistían á la junta. Este Espíritu abominable, con su cabeza calva, con los labios delgados y fruncidos, con el cuerpo todo manchado de ictericia, el corazón sin piedad, el pensamiento lleno de números, el mirar ávido, el paso inquieto, las maneras desconfiadas, acechó bien sus puestos, recorrió sus amigos, y se entró y tomó asiento en el pecho infame del aventurero Febriano. Era este un vagabundo, sin padres conocidos, nacido entre los Francos en las costas de Berberia, domiciliado en Tripoli, donde fué lacayo algun tiempo en la casa de un consul frances. Perseguido por robos, se refugió á la Arabia entre los peregrinos, renegó el Evangelio, visitó á Medina y la Meca, se hizo Santon, y engañó un poco tiempo los pueblos del Bajo Egipto. Allí se dió á la magia y profesó la cábala asociado con un Derviche del orden de los Seyahes. Arrojado por nuevos crímenes en la India, y de allí en Europa, tomó plaza de soldado en las tropas francesas que se alistaban con gran prisa

para la América, y pasó con Chepar por un cautivo ilustre, escapado de las mazmorras del Bey de Argel. Tan leal, tan pundonoroso como era aquel gefe, tan fácil era de engañar: las maneras hipócritas de aquel monstruo, un gran celo que aparentaba de religion, un talento especial que tenia para el cálculo, y el éxito dichoso que habia logrado en algunas empresas árduas de provisiones que le habian sido encomendadas, le ganaron la estimacion de Chepar, y le hicieron subir al puesto de intendente de la colonia. Una vez elevado á esta altura, gobernaba Febriano á fuerza de astucias las armas y la política, procuraba hacerse mui popular con la muchedumbre, mantenía relaciones secretas con Onduré, recibia sus presentes, y fingiendo adoptar sus planes, y engañando al Salvage, preparaba en secreto la destruccion de los Natches. Lleno de confianza en sus medios, y alentado por la influencia y el ascendiente que disfrutaba sobre Chepar, sin aguardar su turno, salió en frente del Misionero, y peroró al consejo de esta suerte;

« No me hubiera yo imaginado nunca,
« que una cuestion politica, de la cual
« puede ser, cuando mas, auxiliar otra cues-
« tion religiosa, hubiese ocasionado, este
« dia, una nube de vituperios y de sar-
« casmos lanzados sobre un gran número
« de cristianos viejos que estamos aqui pre-
« sentes. Ni me metería yo tampoco en
« vindicar nuestros sentimientos, si se tra-
« tase solo de nuestro pundonor agraviado
« por un celo mal entendido, ó llevado mas
« lejos de lo justo. Pero se trata de opi-
« niones que nos llegan de los fautores de
« la filosofia moderna, y amenazan sumer-
« gir los estados; opiniones que van ga-
« nando como hemos visto hasta las mismas
« gradas del santuario, y que encuentran
« por órgano, nada menos que un misio-
« nero apostólico y un confesor glorioso de
« nuestra fe. No permita Dios que yo culpe
« sus intenciones: le conozco muy bien, le
« venero, y estamparé mis labios mil ve-
« ces sobre esos pies benditos, llagados con
« las espinas del desierto donde ha espar-
« cido la luz del mundo. Lo alabo en esto,

« y lo ensalzo y lo reverencio como á un
« legado de Dios vivo. Pero yo no lo alabo,
« cuando le oigo que proclama la libertad
« de las conciencias , dogma nuevo inaudi-
« to , con que se abren sobre la tierra todas
« las puertas del infierno. ¿ Quien podria
« persuadirse nunca que un misionero pen-
« sase asi ! No hay mas que un Dios en el
« cielo , y no debe haber tampoco mas que
« una religion en la tierra. Reverenciamos
« pues en el padre Souël su alto y divino
« ministerio ; mas guardémosnos de caer en
« un extravío , que á nosotros militares ca-
« tólicos , bien aferrados , mas bien que no
« oradores y argumentistas de las escuelas,
« nos es dado evitar , no mirando sino el
« ejemplo de nuestros padres , y otros tiem-
« pos mui mas dichosos que los nuestros.

« Como cuestion politica , la guerra con
« los Natches es justa , pues que somos mi-
« rados de ellos como enemigos , y el dia
« menos pensado , si guardamos las treguas
« que ellos respetan en este instante porque
« somos mas fuertes , las romperán , tan
« pronto como consigan sublevar las demas

« naciones del Misisipi contra nosotros. Co-
« mo cuestion religiosa no me toca á mí ha-
« blar; mas tan solo os preguntaré, ¿que
« es lo que ha destruido la idolatria en los
« vastos estados que la Iglesia y la España
« poseen en paz en los dos hemisferios?
« Una espada con una oliva, y la Cruz en
« medio. Los pueblos se han confundido en
« un mismo rebaño, salvo el tener el mando
« y la preferencia, como es debido, los
« primogénitos. Que los Nácthes se bauti-
« zen y reconozcan al Papa y al Rey de
« Francia, y se haga una ley agraria con
« que gocemos todos la abundancia de este
« pais que ellos hacen estéril por su bar-
« bárie. Si no quieren, retirense á otros
« desiertos, donde lleven la afrenta y la
« maldicion de sus ritos endemoniados. Si
« se obstinan y nos resisten, que se aten-
« gan á las resultas: de ellos será la cul-
« pa; nuestras intenciones son santas.

« Pero ¡cuenta! Señores, que no hay
« mas tiempo, si se pierden estos instan-
« tes. El discurso que el gefe Adario ha te-
« nido á los Indios, respira sangre y des-

« cubre intenciones horrorosas. El parecer
« de Cháctas los ha calmado; pero ese viejo
« astuto no ha pedido el mensaje de paz,
« sino por ganar tiempo, y asegurar el golpe
« mas tarde arrastrando los demas pueblos
« á la guerra. Tal vez hay mas, y qui-
« zas que ahora mismo se prepara contra
« nosotros alguna intriga europea. La In-
« glaterra de un lado, y la España de
« otro, nos envidian la posesion de esta
« parte del Misisipi. ¡ Quien sabe! Lo que
« yo veo y observo, es que con esta alar-
« ma tan repentina de los Indios coincide la
« llegada entre ellos de un viagero frances,
« hombre de circunstancias, desconocido;
« que abandona, á lo que parece, la socie-
« dad; que ha pedido ser adoptado en la clase
« de los guerreros, y que ha sido recibido
« por Cháctas. Yo encuentro aqui un mis-
« terio que merece nuestra atencion. Cuan-
« do se sirve al Rey y á la Patria, ningun
« celo, ningun escrúpulo es despreciable.
« Sea lo que fuere de esto, estamos en el
« tiempo de hacer que triunfe la causa de
« Dios y el Rey. Yo no veo mas salud, ni

« mas gloria, ni mas deber que la conquista
« entera del Nátche.»

El discurso del intendente fué recibido con aplauso por algunos prohombres y negociantes de la colonia ; pero los oficiales del consejo , y no pocos colonos que conocian sus intenciones , y sabian sus manejos y rapiñas , manifestaban en sus rostros la indignacion. El venerable padre Souël no habló mas ; una sola mirada de caridad y de paciencia que esparcieron sus ojos sobre el consejo , confundió la mentira y la iniquidad. Levantóse entonces el valiente Artaguets , á quien tocaba el turno de la palabra que Febriano se habia tomado , y volviéndose al Misionero le dice : « Orna-
« mento de nuestra antigua patria en esta
« Francia nueva , no tienes tú necesidad de
« que ninguno te defienda y hable por ti,
« No es el oro y la plata lo que tu buscas
« en estas tierras lejanas ; una túnica des-
« garrada y un báculo te bastan de tantos
« bienes que arrebatan y ciegan los ojos de
« los hombres. Una sola ambicion te agita,
« la de sufrir afrentas y oprobios por Je-

« sucristo , y hoy lo has logrado , no entre
« infieles y bárbaros , sino en medio de no-
« sotros. Yo no sé de mas libros que la or-
« denanza ; pero hay un libro en el cora-
« zon , que nos viene del cielo , donde yo
« leo á menudo , donde encuentro la apro-
« bacion de las máximas santas que nos
« inculcas en el nombre de Jesucristo , cu-
« yas páginas van conformes con el Evange-
« lio que nos predicás. Yo te doi este testi-
« monio , puesta la mano en la cruz de mi
« espada.» Y volviéndose al presidente y á
la asamblea, les dice: « Yo no sé mas que
« obedecer y acordarme que soi Frances
« en el dia del combate ; mi conciencia re-
« posa entonces sobre mis gefes. Mas lla-
« mado al consejo , yo respondo á Dios y á
« los hombres de mi dictámen. Si las ór-
« denes que han llegado , no nos mandan
« hacer la guerra sin un motivo justo , yo
« no encuentro razon alguna para hacerla.
« El alarma de los Salvages es natural á
« la vista del movimiento que ha hecho el
« ejército ; los mensageros que han llegado
« prueban que aman la paz , y que nos te-

« men y respetan. Consiguientes á los tra-
« tados, han disuelto las alianzas que tenían
« con las otras tribus de Levante y del Norte,
« y á algunas de ellas les han hecho la
« guerra por nosotros. ¿Que se puede pedir
« ya mas á esos desgraciados? ¿Por ventura
« no nos conviene tener amigos entre estas
« gentes? ¿No hemos probado ya su lealtad
« con frecuencia? Si el cultivo lo exige,
« ¿faltan tierras á nuestra izquierda donde
« se extienda la colonia? Por lo que hace al
« viagero que ha llegado á los Nátches á
« establecerse, no ha nacido en el Africa;
« es un Frances, y un Frances no es jamas
« espía de extrangeros. Yo suplico que se
« reciba y que sea aceptado el mensaje de
« paz.»

Los demas oficiales hablaron en el mismo sentido, y si bien hicieron á Chepar mil protestas de su lealtad y su ciega obediencia, cualesquiera que fuesen sus órdenes, le dejaron ver claramente cuan sensible les era el influjo que pretendia tener en ellas Febriano. Bien quisiera este contestar y llevar adelante su empeño, mas Chepar di-

solvió el consejo dirigiéndole estas palabras :

« Yo sé bien cuanto debo contar con la buena
« voluntad del egército , y con la noble bi-
« zarria de sus gefes. Yo sé tambien que la
« colonia se halla bien satisfecha de la parte
« que tomo en su bien estar. La cuestion
« de la paz ó la guerra , debe ser decidida
« por su interes , combinado con la justicia.
« La teología no tiene aquí parte alguna ,
« ni nosotros hemos venido á la América á
« hacer cruzadas. Mas de una vez he dicho
« que no quiero disputas de religion en mis
« campamentos. ¡ Buena carrera haria yo
« con un egército de escolásticos ! El padre
« Souél ha hecho bien de impugnar á los
« que pretenden tomar el nombre de Dios
« para excitar la guerra. El intendente Fe-
« briano se ha excedido. Yo conozco su co-
« razon que es bueno , pero su nimio celo
« lo extravía algunas veces. Yo resolveré lo
« que estime mas conveniente al servicio
« del Rey y á la prosperidad de estos ha-
« bitantes. »

Chepar se decidió por la paz, recibió con agasajo á los Indios, y ofreció no romper

las treguas mientras tuviese pruebas constantes de su lealtad. Los Salvages no satisfechos, porque el término de las treguas se hallaba muy cercano, le propusieron renovarlas. Chepar les dijo entonces: « La llegada de algunas nuevas familias os ha alarmado. ¿Mas negareis vosotros vuestra hospitalidad á un puñado de amigos y hermanos nuestros que lo serán tambien de los Náches? No quiero yo pedir os ni un palmo de la tierra sagrada. Pero existe un terreno desamparado mas arriba del fuerte, que os lo disputan con frecuencia vuestros vecinos, que os es inútil, y que sirve, como sabeis, de guarida á los Indios errantes que pillan vuestras casas, y maltratan las nuestras. La compañía está pronta á comprarlo. Si convenis en ello y nos dais esta prueba mas de amistad, no tan solo renovaremos las treguas, mas haremos una alianza.» Los mensajeros se alegraron de esta respuesta tan comedida, y ofrecieron transmitirla á los Náches: Chepar hizo distribuirles muchos presentes. El demonio de la guerra

Areskuí derramó una sonrisa de amargura y de escarnio sobre este triunfo de la justicia.

Entretanto la Fama tenia alojada en la aldea toda su servidumbre, los rumores, los falsos ruidos, la incertidumbre, las sospechas, las zozobras, los sobresaltos, los rezelos, las aprehensiones; y entre tanta plebe de Espiritus se gozaba con los Salvages la insensata Novelería y la Diosa de la asechanza, ensayando de casa en casa sus venenos amargos, y gloriándose de hacer mal, sin objeto, solo por hacer mal. Esta última habia tomado la forma del anciano Benisco, adivino errante, que recorria los pueblos del Misouúri y del Misisipi, llevando nuevas, explicando los sueños, haciendo anuncios, y cobrando el tributo siempre pronto de la miseria y la ignorancia. Disfrazado de esta manera aquel maligno Espiritu, se paraba en las puertas, todos le preguntaban, y sobre cada uno dejaba impreso algun diente y vertida una gota de su ponzoña. Cuando llegó al umbral de Akansia, le contó la alianza de Otugamiz con René, el amor de

su hermana, y el contento del viejo Cháetas, que aguardaba ver suscitarse en su choza desierta una nueva familia que embelesase las tinieblas de su vejez. La muger Gefe suspiró de alegría, tomó al viejo supuesto de la mano, lo sentó en su retrete y le preguntó si creía que estas bodas se realizasen.

« No está claro el destino, le respondió; « el corazón de René es insensible al amor. « Demas de esto, su vida está amenazada; « Onduré ama á Celuta con furor: esta noche, tal vez, el infeliz René pagará con « su sangre la desgracia de ser amado. Si « yo le encuentro, le daré por piedad este « aviso.» — «Nó, no le digas nada, le replicó Akansía consternada, eso me toca « á mí; los extranjeros son sagrados: yo « haré que no se cumpla tan gran maldad « en los Náches. Pero, dime, responde, « ¿que es lo que tu comprendes? ¿Se casará Onduré con Celuta?» — «¿Es acaso « que tu le amas? respondió el fingido Benisco retirándose y tomando su báculo; « ¡infeliz princesa!... ¡porvenir horroroso!... « Yo no veo aquí sino amores fatales, afe-

« tos encontrados , malas correspondencias ,
 « esperanzas imposibles , deseos perdidos ,
 « desprecios , zelos , iras , agravios , traicio-
 « nes , muertes y destruccion ! »

Este anuncio espantoso dejó yerto el co-
 razon de Akansia. « Sal apriesa de mi ca-
 « baña , le dijo , viejo malvado , sal de aquí ,
 « hombre infernal !.. y llamando á la guar-
 « dia de los Aluez (1) , id , les grita , y ma-
 « tadme á ese perro que va rabiando , y
 « arrancadle la lengua y echadla sobre las
 « ascuas ; no dejéis que se salve , porque
 « lleva la maldicion sobre el Nátehe. » Akan-
 sia se sintió en este instante movida á que-
 mar la aldea , á devorar sus hijos , á ma-
 tar á su falso amante , y á tirarse á los
 cocodrilos.

El supuesto juglar se escapó de la guar-
 dia como una sombra , y partió á buscar á

(1) Nombre que tenían en los Natches los sol-
 dados de la guardia del Gran Gefe y de la mu-
 ger Gefe. La órden de hacer morir á alguno se
 contenia en estas palabras: *Id y libertadme de ese
 perro.*

Onduré. Estaba este por detrás de su cabaña, en la selva, trazando una canoa de corteza de abedul, frágil navecilla destinada á flotar en los lagos como el cisne, cuya blancura y cuya forma imitaba. El mentido Benisco se aproxima primero en silencio, y examina la barca dando muestras de aprobacion. Onduré sin aguardar que le hablase, enemigo por carácter y despreciador de los viejos, le dice bruscamente: « Tu harías mejor
« en quitarte de delante y marcharte á ha-
« blar con las mugeres, que te escuchan de
« buena gana, y les gustan las consejas.
« Bien sabes que yo amo poco los cabellos
« blancos y los largos discursos. Véte de
« aquí, no sea que trabajando esta canoa,
« con el humor que tengo, te haga sentir,
« sin querer, lo que pesa este brazo: yo
« te echaría por tierra como un tejó que
« no tiene mas que la corteza y lo parte
« un soplo del aquilon.»

« Hijo mio, le contestó aquel viejo fan-
« tástico, yo me acerco aquí á contemplar
« el mejor guerrero de Natche, digno de
« mas honor y mejor fortuna de la que

« ahora le cabe. No pienses tú que en mis
« años estrañe yo esta mala acogida que
« has hecho á un anciano, amigo de los
« Genios: la cólera está en tu corazon,
« y el deseo de una justa venganza agita
« los penachos de tu cabellera. Cuando la
« pérfida Endáe, mas esquivada y mas her-
« mosa que el lucero de la tarde, desechó
« en otro tiempo mis presentes para reci-
« bir los de Mengade, hasta al padre que
« me engendró, y á la madre que me echó
« al mundo y me dió de mamar á sus pe-
« chos, les perdí entonces el amor!.. Pero
« una flecha bien apuntada me vengó de
« mi enemigo, y la fiera Endáe fué el pre-
« cio de mi victoria. Onduré, tu me conoces
« desde la cuna, y antes que tu nacieses
« me habia sentado ya muchas veces con
« tu padre y con tus abuelos en la estera
« de tu cabaña. No he venido yo, por cier-
« to, á los Natches á pedir la adopcion de
« un extranjero, ni á ganar albricias por
« la alianza de Otugamiz y de René; no he
« bebido yo hoy, como Celuta, el agua del
« refrigerio y del testimonio con ellos. Yo

«perdono no obstante la imprudencia de
«tus palabras, contemplando lo recio de
«tu dolor.»

A este terrible discurso, el hierro de que estaba armado Onduré, se cayó de sus manos. Las miradas del Salvage se fijan; una espuma sangrienta cubre sus labios, la palidez de sus mejillas contrasta con el fuego y el terror de sus ojos; sus dos brazos caídos tiemblan en sus hijares. Un momento despues recobra sus sentidos, salta como el torrente que se despeña de la punta de un risco, y desaparece.

La venganza le sigue embozada en su capa roja, y las furias sacuden sus serpientes delante de sus pasos. «¿Quién es ese
«hijo del extranjero, va diciendo Onduré
«por el camino, que pretende quitarme la
«muger de mi gusto? ¿Se le da á él como
«á mí el primer lugar en los festines, y la
«porcion mas honrosa de las víctimas?
«¿Donde estan las cabelleras del enemigo
«que él ha arrancado! ¿Desecho miserable
«del mundo, arrojado como la broza de los
«mares sobre las playas del desierto; vil

« carne blanca , que no tienes padre ni ma-
« dre, á quien ninguna cabaña reclama!
« ¿osarás tú ser el rival de Onduré que cuen-
« ta ochenta tumbas , y preside una tribu!
« ¡No he jugado yo á la pelota con el crá-
« neo de otros guerreros que valian mas
« que tú, que tenian al menos familia que
« pudiera pedirme cuenta de su sangre!
« Hoy verá el ciego Cháctas , si este hom-
« bre del alma cóncava se mantiene como
« el oso encerrado en el hueco del peñasco.»

Así corria Onduré vomitando improperios y execraciones á lo largo de un bosque que salia á la colina del ilustre Sachem. Tal parece un tigre sediento en las arenas africanas, cuando agotadas todas las fuentes en una gran sequia , inflamadas sus fauces, la boca abierta , derribada á un lado la lengua, jadeando , y vertiendo una espuma impura, alza la voz en el desierto, y estremece con sus rugidos la soledad.

El infierno no estaba ocioso ni un instante en los Natches. Ya el infeliz René sabia cuanto dijo Febriano en el consejo. Habian llegado aquella tarde los mensajeros

de la aldea, y queriendo Chepar ofrecer nuevas pruebas de sus intenciones pacificas, hizo venir con ellos un Rey de armas que visitase á los ancianos, y ofreciese en su nombre un collar de oro para el Gran Gefe. Este heraldo habló con René, le contó los rezelos que habia esparecido el Intendente sobre el objeto de su venida al Nácthe, y añadió con misterio que el Comandante habia dado órden de observar su conducta. Era ya noche, y el dolor que le dió esta nueva, tan agena de su esperanza, le cerró el corazon. Cuando se quedó solo, reventando de pena, se fué á los bosques, se internó en la espesura, se sentó al pié de un árbol en lo mas negro de la selva, y abrazado con las tinieblas, quisiera hundirse en los senos de la nada. «¿Que es la vida, «decia, y para que conservo esta triste «existencia que ha maldecido el cielo desde «el vientre de mi madre!.. Espantosa fatalidad que has seguido mis pasos mas «acá de los mares, y me acosas en los retiros mismos de las fieras, ¿era ya mucho «dos dias? ¿Te causaba ya envidia una no-

« che mas de dormir tranquilo, satisfecho
 « de una cama prestada en la choza de
 « un Salvage! ¿Hay seres en el mundo,
 « destinados solo para el dolor, sin defensa,
 « sin pasaporte, sin asilo, sin ningun puerto
 « donde ampararse! ¡Cara Amelia! ¿no le
 « pides á Dios por mí? ¿No me oyes, Ame-
 « lia mia!.. ¿No te dice tu corazon en este
 « instante ninguna cosa de René?..» Y
 René daba gritos llamando á Amelia.

¡Suerte rara! pues llamaba su muerte
 misma invocando á su hermana: Onduré
 estaba algunos pasos de alli. La oscuridad
 era profunda, un silencio medroso aumen-
 taba el pavor del bosque; la voz sola de
 René se perdia entre las sombras como el
 gemido de un Espíritu fugitivo escapado de
 los sepulcros, cuando, he aqui, de repen-
 te, percibieron sus ojos un resplandor os-
 curo al traves de los árboles, y sintiendo
 moverse cabe de él unas ramas, vió pasar
 presurosa una sonibra blanca, que un ins-
 tante despues se pierde entre la maleza.
 Una especie de terror pánico sobrecogió su
 espíritu, y la idea de su hermana se asoció

á esta vision , que por vision la tuvo, exaltada su fantasía con sus penas , sus recuerdos , la noche , la soledad , y el horror de aquel sitio desconocido. Palpitándole el corazón , buscaba la salida del bosque , y huía de la luz que se acercaba ; poco despues siente pasos atropellados, oye el grito de una muger , la luz falta de repente , y otro grito mui fuerte de hombre , penetrante y agudo como la voz del lobo , acompaña un terrible golpe de hierro que retiñe y salta hecho piezas contra el tronco de un árbol inmediato á René. El hermano de Amelia saca su espada , sin saber si pelea con la otra vida ó con la presente , y se agita contra las sombras , y camina tentando y poniendo su oido por todos lados ; todavia suena al lejos el murmullo confuso y bajo de personas que altercan y se debaten en las tinieblas , pero estos ruidos sordos se desvanecen por grados , y bien pronto no se oye mas que el funesto chillido de las aves nocturnas , ó el mugido del cocodrilo que resuena á lo lejos en los juncas.

De esta vez escapó René á un gran pe-

ligro por los zelos de una muger poderosa: Vuelta de su furor Akansia, y reinando en aquel anuncio que le habia hecho el fingido Benisco, observó á Onduré todo el dia, y siguió detras de él aquella noche, asistida á lo largo por los Aluez. Un momento lo habia perdido de vista en el bosque, euando Onduré que ansiaba salir derecho á los alrededores de la choza de Cháctas, escuchó el acento europeo en la selva, encendió una luz, y conoció á René por su trage. Esta luz guió á su encuentro á Akansia cuando pasó delante de René. El furioso asesino apresuraba el paso, y extendiendo ya el brazo contra su víctima, grita la muger Gefe, se interpone, y contiene un instante el golpe. La luz cae al suelo y se apaga; Onduré se desprende, y temiendo que se le escape su presa, lanza el pesado hierro, que se hace hastillas contra el árbol por delante del cual pasaba René en aquel punto. A este ruido han llegado ya seis Aluez, que se apoderan del Salvage, le rodean un lienzo á la boca, y lo sacan del bosque. Akansia deseaba que un miste-

rio envolviere esta horrible aventura: esta infeliz princesa amaba siempre á Onduré.

René tardó dos horas en hallar la salida del bosque, y vagó por los campos perdido hasta mas de la media noche. Cuando salió la luna, divisó la colina de Cháctas, y encaminó sus pasos al techo hospitalario. Un farol ya apagándose alumbraba á la puerta. Cháctas dormia tranquilo, bien ageno de los peligros en que anduvo su huésped. Este tendió su cama, y rendido de penas y de fatiga, puso treguas á sus dolores en los brazos del sueño.

LIBRO CUARTO.

El ángel protector de la América había partido á avisar en los cielos los proyectos de Satanás , y subía derecho hácia el sol para dar el primer aviso á Uriel. En muy pocos instantes se dejó atrás ese hermoso planeta desamparado que sufrió tiempo hace su juicio , y perdió la calor de vida , vasto y triste sepulcro que ilumina con su reflejo las noches de los hombres. Las brillantes colonias de Venus y Mercurio vieron á Baraquiel remontarse como un cometa por cima de ellas , y avanzar y perderse en el seno de los colores donde la aurora pinta sus velos y se forma la púrpura del poniente. El mensajero nada en un mar de luz , y sin sufrir sus ojos ningun peligro ,

mira el sol de hito en hito, llega al pie del inmenso disco, y entona el himno de alabanza á las puertas de Uriel.

El Querubin ardiente le recibe en sus brazos, le hace el saludo angélico, y le dice estas palabras:

« Joven de Dios, diligente y esforzado
« velite de las tropas celestes, á quien el
« Criador ha encargado velar sobre la region
« antigua de Edem; ya sabia yo los pe-
« ligros que amenazan esa tierra querida
« de tu mando. El Angel de la Cruz del
« Sud llegó ayer en un vuelo doblado ga-
« nando instantes, y me dijo haber visto
« que Satanas, la Fama y su infame corte,
« habian partido juntos del polo antártico,
« y pasando la linea singlaban en una nube
« para el norte de América. Tiempo hay
« ya que ese inicuo transfuga de la mili-
« cia angélica meditaba un proyecto vasto
« que afirmase otra vez su imperio sobre
« esa parte de la tierra, digna de mejor
« suerte. Empero los decretos eternos se
« cumplirán; la enfermedad del hombre
« hace crisis, la especie humana se mejora:

« el reinado del Verbo Eterno hecho hom-
« bre se extenderá sobre todos los pueblos :
« la palabra de Dios no se vuelve jamas va-
« cía á los cielos , ni la luz retrograda , una
« vez salida de su seno inmortal. Yo te digo
« estas cosas para afirmar tu fé , é inspi-
« rarte seguridad contra ese nuevo ataque,
« y otros mas que aun medita el infierno
« hasta tanto que se cumplan los tiempos.
« Yo he dado ya el aviso á los Angeles de
« los orbes vecinos , y en mui pocos ins-
« tantes se sabrá en todo el cielo ese nuevo
« amago de Satanas. Tu podrás reposar un
« rato conmigo y volverte á la tierra , donde
« tu presencia hace falta. No le temas á ese
« Arcángel proscripto ; la maldad es de suyo
« cobarde y flaca : el Eterno enviará su vic-
« toria.»

El Angel de América respondió : « Podede-
« roso Uriel , no sin razon te alaban y te
« encarecen todos los Justos en los paví-
« mentos celestes : tus palabras estan lle-
« nas de sabiduria , y resuenan en los oidos
« como las aguas del rio que alegra la Ciu-
« dad santa. Despues que me has hablado,

« mi esperanza y mi fe se ensanchan co-
« mo los resplandores de la mañana. ¡Oh!
« que dia será aquel , cuando la caridad
« de Dios vivo unirá la tierra , como ella ha
« unido los cielos ! Los trabajos del hombre
« enternecen mi corazon ; yo querria ver
« volar los siglos , y contar el fin de sus
« desgracias. ¿Y de que no es capaz el hom-
« bre ayudado del cielo ! ¡ Cuantas almas
« no he visto yo en la tierra que son tan
« puras como los ángeles ! He aqui sus ora-
« ciones que yo traia para ofrecerlas como
« un perfume en el ara del tabernáculo. Tu
« podrás presentarlas cuando subas á hacer
« la corte al Altisimo. Dignate unir con
« ellas mi profundo homenaje al Santo de
« los santos. »

— « Los ruegos de los Justos , dijo Uriel ,
« no pueden detenerse un instante : mis
« Querubines vuelan siete veces mas vi-
« vos que los rayos de luz... » y sonando
una cuerda de la lira de oro que pendia
en sus espaldas , he aqui una tropa inmensa
de inteligencias aladas que se presentan
como grupos de estrellas , y reciben de

mano suya las encomiendas de los Santos.

Poco despues sonó el relox de los cielos que tocaba la hora de la súplica á los Angeles esparcidos en los espacios. Todas las once esferas de los planetas correspondieron á este toque religioso. Los coros celestiales se alcanzaban unos á otros con su armonía. Los dos ángeles se postraron, y cayeron en éxtasis; sus semblantes resplandecian de una lumbre divina; el sol brillaba apenas delante de ellos como una brasa medio apagada.

Cuando volvió Uriel en su acuerdo, encontró desmayado á su huésped. Pronto, toma en sus manos una copa de diamante surtida del elixir angélico y la arrima á sus labios. El Angel de la América abrió sus ojos, y bañado su rostro de una dulce sonrisa, pronunció estas palabras: ¡Emma-nuel! ¡Dios y Señor mio!» Al retirar el vaso Uriel, cayó una gota sobre la tierra, y nació un campo de flores.

A este tiempo llegaron á las puertas del sol dos ilustres viageras, protectoras de los Franceses, que alarmadas de los furores

del Rey de los abismos, subian apriesa á llevar sus ruegos hasta el Empíreo, y á implorar la misericordia y la intercesion de la Madre del Redentor. ¿Querida patria mia, hija privilegiada de la virtud y de la gloria! no es por cierto un espíritu poderoso, ni algun grande conquistador, quien protege desde lo alto tu imperio. Tus patronos son en el cielo una pastora humilde de Europa, y una jóven salvage de América. Tú, o Genoveva, de la aldea de Nanterre, y tú, Catalina, de los bosques del Canadá, vosotras sois, vosotras, las que extendéis cuidadosas, la primera el cayado, la segunda el baston de haya sobre la Francia. Conservad á sus hijos esa gracia y ese candor ingenuo que se os parece, y los hace amar sobre toda la tierra.

Nacida de una madre cristiana y de un padre idólatra bajo el techo de paja de una familia india, y educada en la religion de su madre, Catalina del Canadá anunció desde niña que el Esposo divino la habia elegido para su tálamo. Apenas habia cumplido veinte nieves en el desierto, fué qui-

tada del mundo y llamada á las bodas del cielo en los campos inmarcescibles, donde pacen tras del Cordero en los lirios las almas castas. Sus virtudes recibieron tambien el premio en la tierra. Cuando los fieles acudieron á llorar en su lecho de muerte, la vieron tomar un color rosado y brillar en su rostro una nueva belleza desconocida, que inspiraba el gusto de la virtud y el deseo de ser santos. Su sepulcro se hizo glorioso: debajo de la losa que cubria las virginales carnes incorruptibles, nacia la vida. Los cristianos del Canadá la veneran junto á una fuente en un templo rústico, donde aun se ve su cuna, y se guardan sus tocas embalsamadas de un perfume celeste. Allí vela esta niña por la salud de la Nueva Francia, y protege al desierto.

¿Y que es lo que tu observaste ¡o German! en la vírgen patrona de la antigua Lutecia, cuando al partir á la Bretaña y salir á tu encuentro las turbas de los fieles, acogiste los votos de aquella pastorcilla que debia librar á Paris del furor de Atila, que

ilustró con su espíritu y afirmó para siempre la piedad de los Galos, cuyo culto glorioso ha pasado por medio de las revoluciones y los siglos hasta nosotros, y ante cuyas cenizas se honra de venir á postrarse la magestad de nuestros Reyes! Tan modesta, tan apacible, tan oficiosa, tan votada á su pueblo como en los tiempos mismos de Meroveo, esta virgen francesa viene siempre delante de nuestros ruegos, y consuela nuestros conflictos, y se goza de oirnos en su templo de cien columnas, elevado como un gigante que guarda nuestros techos por cima de las torres y los palacios del Sena.

Las dos vírgenes levantaron sus velos delante de los Angeles, y dijeron el tetragrámaton con que se reconocen los ciudadanos de las santas moradas. « Bien venidas sean las esposas de nuestro Dueño, » dijo Uriel. ¡ O ! ¡ que hermosa es la generacion casta con claridad ! » « La memoria de ella no perece jamas, añadió « Baraquiel ; en su resurreccion será igual « á los ángeles. » y bajando sus alas, sa-

ludó alborozado sus dos amigas y compañeras de la tierra.

¿Quién podría pintar entre tanto aquel pudor virgíneo y aquel rojo de la inocencia que encendió sus mejillas á la vista de los dos ángeles? ¿Y quien sabria contarnos el piadoso coloquio de estos dos hijos de Dios con aquellas dos hijas de los hombres? Seltas de las prisiones de la vida mortal y resplandeciendo de gloria, veian desde aquella altura pasar la tierra delante de ellas como una nave de desterrados que les pide favor y misericordia. Tristes, cuanto es posible estarlo unas almas que ven á Dios, derramaban aquellas lágrimas interiores con que el Señor regala sus escogidos, ardor santo inefable de caridad que querría difundir sus goces, y hacer participante de sus contentos á cuanto tiene un alma y un corazon hechos para sentirlos, y capaces de poscerlos. «Angel de Dios, le dijo Genoveva á Uriel, pronta ya á remontar su vuelo para el Empireo, compadécete mucho de los hombres, y derrama á menudo tu cornucopia sobre la tierra: los mas de

« los pecados que la hacen delincuente son
« hijos del dolor y de la desgracia.» — « Y
« tú, Angel de mi patria, exclamó la bella
« Canadesa dirigiéndose á Baraquiel, guár-
« dala de las garras de Satanás, y haz que
« se cumpla en ella la bendicion y la li-
« bertad de los hijos de Dios.»

Las dos Santas dejan el astro de la tierra, y subiendo mas rápidas que el ojo del astrónomo, ven muy pronto al sol suspendido por bajo de ellas como una estrella del postrer orden. Poco despues este grande prodigio de nuestro cielo se escapa á sus miradas como un átomo fugitivo y desaparece en la inmensidad. Durante este camino donde el cielo es mas puro, y las áuras mas transparentes, veían venir á la tierra en bandas, como palomas, las almas nuevas recién criadas, blancas mas que el armiño, todas iguales en inocencia, que bajaban á hacer sus pruebas, y á gustar el dolor y la triste herencia de los hijos de Eva. « El cielo os sea propicio, les decian las
« dos compañeras, y os depare un feliz
« hospedage.» Genoveva puso en algunas

que se acercaban la insignia del Redentor.

Las ilustres viageras tocaban ya los lindes de las regiones inferiores del cielo, y pasaron delante de un astro inmóvil, donde no alcanzan los telescopios de la tierra, cuyo nombre se ignora en el mundo, donde reside el Angel del tiempo, en donde estan escritos sobre piedra de Onix los destinos de los mortales, y las horas y los instantes de la vida; en donde se registran los decretos eternos de la justicia, y se lleva la cuenta exacta de los sucesos, de las vicisitudes, de los trastornos y las revoluciones señaladas á cada edad. Allí estan las falanges y los caballos de aquel que lleva escrito sobre el muslo *Rey de Reyes*, y « *Señor de los que dominan*; » allí los arsenales aparejados para el dia de la ira de su furor. Vése allí el valle inmenso de Josafat, y el caballo amarillo que cabalga la muerte, y el egército de langostas con rostro humano, con los colmillos de leon, con las alas ruidosas como los carros de batalla. Allí estan aprestados los siete ángeles que tienen en sus manos las plagas de la tier-

ra, y allí está la muger que se sienta sobre la bestia de color de escarlata, y que tiene escrito sobre la frente *misterio*. Por encima de este espectáculo temeroso, se ve al Angel del juicio, la trompeta en la mano, pronto á sonar el trueno que dirá un dia á los muertos: ¡*Levantaos!*

De este puerto amarrado salieron las dos vírgenes á los orbes superiores del mundo, y entraron en las zonas de los doce colores, cielos nuevos y luces nuevas, donde se necesita ser puro espíritu, ó tener mas sentidos que el hombre para ver tanta maravilla. Allí es donde comienza á sentirse al léjos la suave armónica de las grandes esferas, y aquel género prodigioso de música que tiene doce tonos correspondientes al intervalo de los doce colores de aquel nuevo universo. Nuestra pintura y nuestra música desaparecen cerca de estos portentos. Nosotros habitamos el lugar de las sombras, y sabemos apenas modular el dolor.

Catalina y Genoveva atraviesan esta vasta extension y adelantan hasta el cielo estre-

llado, donde alcanza la vista, del primer golpe, setenta y dos esferas llenas de soles y de mundos. ¡Que admiracion! ¡Que pasmo! ¡Que infinitud! Aun á los mismos ángeles que atraviesan á todas horas estos lugares en todas direcciones, cada vez les parecen nuevos; cada vez estos mismos sitios ofrecen nuevas delicias á sus ojos acostumbrados á los prodigios por tantos siglos. No se puede dar un paso sobre aquellas llanuras interminables sin ver nuevas estrellas, nuevos fondos de luces, nuevas profundidades de resplandores, otras vastas creaciones, otros mundos mas retirados sin acabarse, cuyos giros se cruzan y multiplican sin estorbos ni rozamientos, combinados, acordes, justos, sujetos todos á la sola mirada de un ojo omnipotente. « ¡Grandeza de mi Dios! exclamó la Virgen del « Sena, ¿quien podrá jamas abarcarte? « ¿Que es la vida de un ángel, ni la duración inmortal de las almas, ni el correr esforzado del pensamiento, para encontrar los lindes de la creacion? ¡La existencia por todas partes, y la nada en

«ningun lugar! La Palabra de Dios fe-
«cundó todos los espacios, y un pensa-
«miento solo llenó el ámbito inacabable de
«lo infinito. El Espiritu del Señor pobló
«el orbe del mundo, y este Ser que con-
«tiene todas las cosas, habla por todas
«partes, y lo ha llenado todo del calor
«de su vida.»

Una banda brillante de Ofamines (1) de la milicia de Rafael se presentó al encuentro de las dos peregrinas, y convoyó su marcha hasta el grande enlosado de las luces que se llama allá arriba el Camino de los Santos. Nuestros ojos lo ven tambien en las noches serenas, y así lo divisamos como una faja que atraviesa los cielos, de una dulce blancura semejante al primer despunte de la aurora. Este es el gran camino que guia al Empíreo, que jamas se halla solo, que atraviesan á todas horas las milicias celestes, donde salen las avenidas de

(1) *Rápidos*: nombre que en algunas antiguas tradiciones se daba á los ángeles protectores de los viajeros.

todas las regiones del universo , que va siempre cubierto de almas de toda lengua , de toda tribu , y de todo linage santo de la creacion. Tal parece aquella garganta de los campos etéreos , si hay acaso en la tierra alguna cosa que pueda semejarse , como la carrera alumbrada de un gran concurso religioso , ó el bullicio de muchos pueblos que se encaminan á las fiestas de una ciudad « ¿Por qué son tan acerbos esas es-
« cuelas de la tierra ! decia alli Genoveva ,
« transportada de gozo en medio de las tur-
« bas dichosas ; ¿por qué achican las espe-
« ranzas de los pobres mortales en mengua
« de las misericordias divinas ! Tu triunfaste
« Emmanuel , y tu abriste de par en par las
« puertas de tu gloria , y rompiste todos
« los muros que cerraban el paso de los
« cielos. El Rey de las tinieblas no se lleva
« sino el desecho de la creacion. » Las dos
Santas hablaban de las promesas divinas ,
de los grandes arcanos escoudidos en los
libros sagrados que no alcanzan los hom-
bres ; de los hijos dispersos de la iglesia ,
de la grande extension de los adoradores

del Verbo, y del lazo de amor que junta tantas y tan diversas generaciones de criaturas inteligentes al rededor del arca del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Llenas de estas ideas arribaron al Campo de la Vida, empedrado de estrellas, cuyas auras estan bañadas de un rosicler divino, donde suena como un torrente la grande orquesta de los misterios en torno de la Cruz Mistica. « ¡He aquí el eje del « Universo!» clamaron los que iban mas adelante, y se postraron todos, adoraron, y tomaron reposo. Véanse alli dos inmensos diámetros, de una roca infrangible, resplandeciente como el crisólito caldeado, dibujada y escrita toda con letras de diamante de aquella misma mano que dibujó las tablas del Sinai. Unidas por su centro en escuadra estas dos columnas, tocan los cuatro puntos cardinales del Orbe, y hacen volverse el mundo en millares de circulos paralelos, sujetos todos á una misma pantómetra, y á una ley simple que domina todos los giros y movimientos de cada esfera. Alli brilla por todas partes la sacrosanta cifra

del Verbo, y se ven suspendidos en medio de las auras, é inmóviles, dos soles, cuyos discos contienen los dos grandes preceptos que han sido dados al ser inteligente. Diez mil ángeles de todas gerarquias hacen continuamente la guardia de este lugar sagrado. Todo el campo está lleno de despojos de guerra, de arcos rotos, de armas quebradas, de escudos esparcidos, de trofeos y de insignias del que venció la muerte y abrogó la ley del pecado. De aquí salen los ecos y la harmonia divina que escucha el sabio de noche en su corazón, bajo el silencio de los cielos, puesto el oído en las piedras del santuario.

En pasando de este lugar se va siempre subiendo, de virtud en virtud, de claridad en claridades, una escala de luces nuevas desconocidas, y comienzan las sensaciones que no vieron nunca los ojos, ni oyeron los oídos, ni concibió jamás pensamiento de hombre. Sobre aquellos caminos se comienzan á descubrir los collados eternos, y se siente ya el batidero de corazón del alegría inefable, y el amor hace

estragos de contento. Las mas de las almas, cuando llegan allí la vez primera, se desmayan; y moririan de gozo, si la lumbre de gloria no les diese una vida nueva hecha á prueba del placer de los cielos. Allí empieza aquel ruido de muchas gentes convidadas para las fiestas, ruido como de muchas cítaras acordadas, confusion melodiosa de voces, alborozo, vivas y aplausos de muchos pueblos juntos de todas las regiones y de todos los tiempos del mundo, que se gozan y van y vienen á las orillas del Rio de Dios, debajo de los árboles donde pende el fruto de la vida.

Las dos vírgenes penetraron entre esta muchedumbre de almas afortunadas que no alcanza ninguna pluma á contar, y llegaron á la puerta de oriente. Allí bajan sus velos y se postran devotas, como los peregrinos en los campos de la Judea cuando su vista ansiosa descubre al léjos la montaña sagrada. Despues de haber orado, vuelven á alzar sus velos, y se encaminan hácia el Angel que preside á los Orulimes (1) de

(1) *Fuertes*: otro nombre de una gerarquía muy elevada en la milicia angélica.

la puerta. «¿Quién sube al monte del Señor?» dice el brillante Espíritu; y las dos amigas pronuncian la fórmula que señalan los ritos á los que vienen de la tierra, y responden: «El inocente de manos, limpio de corazón, que no recibió en vano su alma: el que llega sin mancha y ha practicado la justicia, que habló siempre verdad y no hizo engaños con su lengua, ni causó mal á nadie ni calumnió á su prógimo. Este recibirá la bendición del Señor y la misericordia de su Dios Salvador.» En seguida mostraron el Tau de oro y el anillo de esposas.

«Traedle al Señor, dijo Azarias entonces con un tono solemne, traed al Señor y á la patria de las gentes honor y gloria, traedle gloria para su nombre. El Señor de las virtudes es el Rey de la gloria. Adorad al Señor en sus atrios.» Todos los Oralimes se levantaron, é hicieron los honores á estas dos hijas de la gracia, y las acompañaron hasta el umbral por el arco de enmedio.

La vista de este mundo que habitamos

nosotros , no alcanza mas adentro , y el pincel de la tierra no señala ya sino líneas y trazos imperceptibles de aquel océano de gloria. Todo es nuevo , todo es sublime , todo es superlativo , ninguna lengua humana tiene voces para expresarlo aun en el orden mismo de las cosas que se parecen á las grandezas y á los prodigios de la tierra. Aquellos pabellones altísimos , aquellos anchos muros y torreones de diamante tallado , y aquellas grandes plazas extendidas como mares de nacar , y aquellas galerías de zafir salpicado de plata y oro , y aquellos altos pórticos de rubí y de esmeralda , y aquellas balaustradas de jacinto y de cornerina , y aquellos vastos domos de carbunco encendido sostenidos sobre columnas de piedra iris , todos estos portentos y otros mas que refieren los justos haber visto en un éxtasis , no son sino figuras y semejanzas de las bellezas de aquel mundo celeste , que no se significan con ningun nombre en la tierra , y trascienden muy mas arriba de los alcances de un sentido mortal. Hemos visto horizontes , nos dicen unos , que no tienen

ningunos lindes, donde el ojo no cesa de descubrir: hemos estado encima de unas cumbres muy altas donde pueden contarse todos los astros, y hemos visto volverse todos los mundos, y pasar la creacion entera delante de nosotros. — Hemos nadado en medio de torbellinos y raudales de resplandores, nos dicen otros; hemos sentido un aura que refresca la vida, que dilata la esfera del pensamiento, y suscita sentidos nuevos. — Suena allí, dice estotro, y se siente por todas partes, una harmonia profunda, esencial, llena toda de ideas y de sentimientos, que es la voz del Espiritu repartido en el ámbito de los cielos y la palabra eterna revelada á los santos. — No hay allí sol, ni luna, ni estrellas, añade otro, ni hacen falta las lámparas, ni hay mas noche: la luz de Dios alumbra la Ciudad Santa. Debajo de su asiento nace el rio de la vida; la salud se respira en la fuente misma de la existencia, y el alegría se coge en su nacimiento.

Tales son los emblemas y los cuadros simbólicos que nos muestran como entre nu-

bes la ciudad de nuestra esperanza, y la suerte de los que habitau aquellos muros de paz. Libre el alma de sus temores, de su ignorancia, de sus tristezas, alli es donde se siente que cosa sea lo bueno, lo bello, lo justo, lo substancial y eterno, y alli es donde se logra este bien conocido, alli donde se prueba todo el contento de la esperanza satisfecha, y se tiene de cierto el bien, y se disfruta abondo el presente sin ningun miedo del porvenir. Objeto del amor, que no puede ya nunca faltarle de su Hacedor, asemejada á su substancia, asociada á su gloria, goza alli la criatura, puesta en medio de los torrentes de Dios vivo, y es feliz de aquel mismo linage de dicha con que Dios es feliz. Alli corren las alegrías, y se mezclan y se reparten los gozos como bienes comunes: los tesoros divinos estan sin llave, cada cual toma de ellos lo que quiere, y consume y gasta á su voluntad. Alli es el amar de los esposos, el querer de las madres, la idolatria de los amigos y el cariño de hermanos. Dios, fuente del amor, ha dejado á los santos la sensibilidad del cora-

zon quitándole solamente la flaqueza: los santos mas felices son aquellos que amaron mas. Entre tantos millares de seres vivientes, reina un perfecto acuerdo y una mutua benevolencia, y se conocen todos por sus nombres y sus virtudes, y el pensamiento solo es un habla con que se entienden: no hay secretos, no hay nada oculto, un amor eminente los une á todos, gente buena, escogida, probada, aula regia, la única, donde no hay miedo de traiciones ni de malsines! De esta suerte la dicha es allí solidaria, y el alegría se aumenta con el concurso, y refluye de unos en otros, y los hijos de Dios, en la casa del padre, comen juntos el pan del cielo, y disfrutan sin division la inagotable herencia del primogénito, el Consejero, el Fuerte, el Maravilloso, Dios, Príncipe de la paz, Padre del nuevo siglo, que se sienta á la mesa con sus hermanos y les tiene el festin eterno.

Genoveva y su compañera entran en este golfo de los placeres, y se lanzan y se confunden en un instante entre las oleadas de ciudadanos del cielo que se encuentran, y

se entremezclan, y se atraviesan por todas partes como los átomos de la materia etérea que voltea en los espacios. Su ansia era llegar pronto, y encontrar los amigos que se han propuesto para llevar con ellos sus ruegos al pie de la gran Madre del amor y el dolor. Preguntaban por todas partes y tomaban las señas; mas á cada paso que hacen las interrumpe algun grande espectáculo ó algun bullicio santo de la ciudad. De esta parte se oye el estrépito de los cimbalos y cornetas marciales, y atraviesan cien escuadrones de milicia volante que pasaba como una faja de centellas: allí suena un concierto de dos mil cítaras que festeja el hallazgo de un alma que estaba escrita en el libro de la vida: á este lado resueñan marchas triunfales, y se ve un gran concurso que celebra solemnemente la instalacion de un justo en su silla de oro: de la otra parte baja un convoi suntuoso, cargado de favores, de inspiraciones, de luces y de gracias para la tierra: mas allá se apiñaba, para adorar, vuelto al templo, un gentio innumerable, y se sentia el temblor

de las bóvedas santas mientras cantaba el himno del gran Jehová el primer Chasmalim (1), al mudarse una guardia de Serafines en la puerta del tabernáculo. Allí estaban el venerable Las Casas, y los mártires canadeses Brebœuf y Jouges, en cuya busca venian las dos Santas; las ven y se apresuran á salir á su encuentro.

«Hijas del Señor, les dice el ilustre obispo de Chiapa, vuestros rostros y el veros
«llegar aquí las dos juntas, me hacen temer alguna nueva calamidad de nuestros
«pobres hermanos de América, en que pueda hallarse comprometida la salud de
«la Francia. Nosotros acabamos de llegar de mui léjos, de la parte de oriente, donde
«hemos asistido á la creacion de un mundo nuevo. Nuestro espíritu está aturrido todavía de tantas maravillas y de tanta grandeza como hemos visto. Sin embargo, contadnos. ¿Quién podría olvidar nunca ni
«desechar en la casa de Dios las lágrimas de la tierra?»

(1) *Llama*: nombre también de gerarquía mui superior en las categorías angélicas.

La virgen canadesa refirió en lengua hurona los peligros que amenazaban la América, el proyecto de Satanas para ahogar en aquella parte del mundo la semilla evangélica y atajar los progresos de la razon, los aprestos extraordinarios del infierno para esta horrible empresa, y el principio de aquel incendio que habia estallado en el Nátche. En seguida añadió el intento que traian de encomendar aquellas regiones á la Madre del Salvador, y pedirle protegiese su antigua patria y la Nueva Francia.

Mientras aquella hija de los torrentes decia estas cosas, un gran número de santos y algunos ángeles que se habian parado á oirla, se sentian conmovidos de un dolor religioso. Genoveva preguntó á un ángel si sabia de san Luis, y aquel benigno Espiritu se encargó de buscarle. A mui pocos instantes, he aquí al gran Rey, y con él los Obispos German y Felix que recibieron en la tierra los votos de Genoveva. Todos aquellos santos acogieron con mil afectos cristianos la piadosa solicitud de estas virgenes, y partieron con ellas hácia el lado de mediodía.

Vese alli desde léjos una vasta llanura, donde las aguas de la vida que descienden del tabernáculo, entran con grande ímpetu, y se extienden y se despeñan formando una inmensa cascada. Todo el cielo de aquella parte tiene un color de aurora mui fuerte, y parece claveteado de luceros vivisimos: por debajo, corre al contorno una nube de aromas, clara y resplandeciente como vapor de oro, que transforma con mil colores los objetos que hay allí dentro, sin dejar penetrarlos al ojo ansioso. El aspecto, á primera vista, es de un campo todo cuajado de pabellones y boscages de rosas. Se ve alli alguna cosa del verdor, de la soledad, de las tintas, de la frescura de nuestros bosques; se cree ver mas adentro avenidas de árboles, enverjados de oro, cúpulas, graderias, columnas, obeliscos, estatuas, bronces, como en los parques y en los jardines de nuestros reyes; y sin embargo no es nada de esto. Hay alli una existencia impalpable que está llena de todo, que satisface al alma, que no cansa la vista, y no tiene ninguna cosa de material. Suenan tambien

en aquel ámbito ciertos susurros melódiosos, y una especie de vibraciones incomprendibles, á manera de los suspiros de un arpa eólia que el leve aliento del céfiro haria sonar una siesta de primavera. Otras veces se oye una música retirada, vaga, llena, profunda, esparcida en las auras como la luz, que va y viene por todas partes como los ecos, y no se sabe el lugar donde está. Una brisa divina, un vapor supersubstancial, un ambiente especial de vida, llena allí todos los sentidos y parece aumentar la existencia. Todos los movimientos santos del corazon se refuerzan en aquel sitio; se ama mas, se agradece mas, se acodicia el bien con mas ansia, se acrecienta la devocion, y rebosa y estúa en el alma la caridad.

Tales son las moradas santas y el oratorio divino donde tiene su residencia la criatura mas noble, mas elevada, mas perfecta, mas pura despues de Dios. Millares de Angeles hacen allí su corte, y adoran á la Madre del Verbo hecho hombre. Las Virtudes del cielo vienen allí á estudiar y

aprender en aquel modelo, y hacen copias de su hermosura, y se arroban y se desmayan á una sola mirada de aquellos ojos, que, al volverse hácia cualquier parte, reaniman toda la claridad de los cielos.

Genoveva, Catalina, Luis, los tres obispos y los mártires de la Nueva Francia atraviesan por medio de las turbas celestes, y penetran en las estancias de la gracia, cuyas puertas estan abiertas á todas horas á cualquiera que pide. Una nube de flores y de incienso cubre el reclinitorio de aquella Reina de las virgenes, y embalsama el palacio del amor. Allí se ve, entre velos y entre celages de nieve y oro, el arca de la alianza, el espejo sin mancha, el jarron de azucenas incorruptibles, la torre de marfil y la puerta mistica, el lucero de la mañana y la estrella del navegante.

Postrados de rodillas á la puerta aquellos piadosos medianeros, Catalina se avanza mas adelante. Esta jóven de los desiertos aun conserva en el cielo aquel acceso franco, lleno de confianza, que distingue al salvage, y sus labios se sueltan sin pena. « Madre

« de Emmanuel, clama adentro junto á la
 « primer grada del trono immaculado, Eva
 « santa reparadora de la gracia que perdió
 « la primera Eva, Madre de Dios, de quien
 « yo no soy sino una humilde sirvienta, te-
 « ned piedad y misericordia de un pueblo
 « entero que se halla amenazado de perecer.
 « La serpiente, á quien vos aplastásteis la
 « cabeza, va á comenzar una nueva perse-
 « cucion en la América, y dirige su primer
 « golpe contra el imperio de san Luis. ¡O
 « María! recibid los humildes votos de la
 « hija de una nueva iglesia, de la primera
 « virgen consagrada á la orilla del Onta-
 « rio. Aceptad con ellos tambieu los ruegos
 « de la virgen del Sena y de estos santos,
 « profundamente humillados á vuestros pies.
 « Esta cruz que yo tráje siempre en mi co-
 « razon, afirma esta súplica.»

Divina Madre de Dios, vuestros sagra-
 dos labios se abrieron, y un perfume de-
 licioso llenó la inmensidad de los cielos.
 Estas fueron vuestras palabras:

« Virgen del desierto, caritativas patr-
 « nas de las dos Francias, Rey santo; ilus-

« tres confesores, mártires generosos; la co-
« rona de las virtudes es la misericordia;
« vuestros ruegos han penetrado mi cora-
« zon: yo llevaré con ellos los míos hasta
« el pié de la Cruz, en donde está clavada
« la carta de redencion y libertad otorgada
« á la tierra.»

María habló y tomó el vuelo, como el partir de la paloma de lo alto de su torre á los campos. Sus ojos van alzados hácia la mansion del Ungido, sus brazos desplegados en señal de oracion, la corona de siete estrellas resplandece en contorno de su frente; una banda de Querubines recoge su cabello esparcido y su manto flotante. Las músicas celestes resuenan en los puestos, y de todos lados acuden los escuadrones de la ciudad, y se engrosa el convoy divino. Remontada á lo alto, la Emperatriz gloriosa se pierde ya á los ojos que la contemplan á lo largo de su ascension: cerca del gran palacio, en las profundidades altísimas, parecia una luz blanca al modo de la luna cuando brilla de día en el cielo.

Humillate tú aquí, lira mía, y adora; todas tus cuerdas han saltado de temor y respeto. ¿Quién podrá entrar adentro en los senos de Dios! Una esfera compacta de Serafines apiñados cubre en redondo la mansión real de las Tres Personas, y se les ve volver y girar velocísimos como torrentes luminosos, como copos de nieve inflamados, como lenguas y manos y ojos de llama. Estos lugares son oscuros á fuerza de luz. Al traves de estos golfos se ve el Lábaro santo, y deslumbra la vista la imágen del Redentor glorioso que se adelanta hácia la Madre. De allí sale y se extiende en ecos por todo el cielo un gran concento y una armonia ruidosa como las olas del océano, y se siente por cima de ella una voz resonante que es la voz de Gabriel, y se escuchan los coros que pronuncian el Ave en la entrada del Consistorio.

Correos, velos de luz! Abrazos de mi Dios, tierno amor de la Madre y del Hijo, bendiciones del Padre, carismas del Espíritu que engendrásteis un dia en su seno la luz del mundo, misterios de la vida y del

corazon... nó, mi lengua no se atreve á contaros!

Genoveva, Catalina y los Santos asociados á su súplica, se recogen al templo donde el Señor descende y se comunica á sus escogidos. Allí oraban profundamente, cuando he aquí, el lienzo de los oráculos aparece bañado de resplandor como un fósforo, y se muestra en letras de oro este anuncio de paz y misericordia;

« Yo preparo á la América una gran renovación de existencia. El hombre mejorado por grados con la palabra del Evangelio, se purifica lentamente, y camina á elevarse á la altura de donde le habia derribado la culpa.

« No se pueden precipitar los tiempos sin quitar á los individuos el don y el mérito de su libre albedrío. La corona de la virtud no se adquiere sin combates.

« Pero se abreviarán los siglos en favor de los escogidos, y el clamor de mi Madre preservará á muchos pueblos. »

LIBRO QUINTO.

René no había llegado á alcanzar la verdadera causa de la aventura del bosque, ni habló nunca de este suceso con nadie. Onduré se había reconciliado aparentemente con Akansia, y guardaba sus iras para emplearlas en otras combinaciones mas largas. Los Indios estaban mas tranquilos y aguardaban la vuelta del gran Gefe, con cuyo asenso deberian renovarse las treguas y establecerse una paz duradera. La sencillez de la vida de René, su porte noble y franco, y la proteccion de Cháctas, le habian ganado las mas de las familias. Sus dolores se adormecian en aquella vida de la naturaleza, y pasando por cima de todos los reparos que le ofrecia la vecindad del

castillo y la injusta prevencion del intendente Febriano, se afirmó en su propósito de vivir en los Natches, y echar la postrera ancla de su destino entre aquellos salvajes. Algunos dias despues le llegó de la Nueva Orleans su equipage con los últimos restos de su malbaratada fortuna. Su primer diligencia fué echar al rio los vestidos y las galas de Europa.

Entretanto se dió el aviso de la vuelta del Sol. Los ancianos habian dispuesto un recibo solemne. Se habian hecho enramadas de palmas y laureles; las paredes del templo estaban revestidas de mirto y orladas de festones y guirnaldas; las mugeres esparcian flores y yerbas olorosas por el camino, las matronas mas principales se adelantaban con doseles y sombrillas de pluma, los jóvenes y las doncellas formaban coros y comparsas numerosas, los guerreiros salieron todos á unirse á la comitiva y llevaron el estandarte del imperio.

Cháctas partió tambien con René hasta las primeras gargantas del camino. Cuando sonó la concha sagrada, «prepara bien tus

« ojos dijo el anciano á su huésped ; los
« míos tienen hoy envidia á los tuyos. Yo
« no veré ya mas ese rostro augusto de
« nuestro príncipe , donde brilla y se mues-
« tra todavía á los Natches el antiguo ge-
« nio de mi patria. » A este tiempo llegaba
ya la guardia de los Alucz , con sus terri-
bles mazas , con sus largos penachos y sus
fuertes ballestas. Seguía luego el cuerpo de
sacerdotes y juglares , vestidos de blanco,
con la vista por tierra y el paso grave, re-
zando una especie de salmodia. « ¿ Quien es,
« preguntó René á Cháctas , uno de estos
« ministros que lleva en la cabeza en lugar
« de bonete un buho enbalsamado , y en la
« mano una vara en forma de serpiente coro-
« nada de un águila ? »— « El sumo sacerdo-
« te , respondió Cháctas. Como tu vienes
« de un pais donde el corazón humano pa-
« dece todo género de enfermedades , no
« estrañarás algunas que nosotros padece-
« mos tambien y que suelen desenvolverse
« con mayor fuerza en el desierto. ¿ Y á que
« parte del mundo podríamos ir donde el
« hombre sea de otra suerte que lo han he-

« cho los Genios? Por desgracia, ese mi-
« nistro que lleva en su mano el baston del
« Grande Espiritu, es un hombre ávido, ven-
« gativo, durísimo, con extremo supersti-
« cioso, y mui picaro. Tu inferirás de aqui
« que se necesita estar bien con él. » René
habia sentido ya una especie de horror al
mirar aquel sacerdote.

Detras de los Levitas venia el gran Gefe
entre los Sachems. « He aquí, dijo René,
« una turba de ancianos con capas blancas
« de arminio, y en medio de ellos otro an-
« ciano de mas edad que lleva al pecho una
« joya de oro. El mirar de ese hombre con-
« suela como la luz. »

« Hijo mio, dijo Cháctas, ese hombre es
« el Sol, ese principe idolatrado de los Nát-
« ches, que dió la libertad á su pueblo,
« que le ha hecho el sacrificio del poder ab-
« soluto que se arrogaron sus abuelos, y
« ha querido mas bien ser dueño del cora-
« zon que de las vidas de sus súbditos. Su
« integridad compite con su dulzura, su
« paciencia es inalterable, su fortaleza con-
« tra el dolor y los trabajos sobrepuja al al-

« cance de un ser mortal. Los Genios pro-
« tegen mucho á los Natches, pues con-
« servan la vida y la fuerza de ese hom-
« bre extraordinario que ha rendido ya al
« tiempo, y se acerca á un siglo. ¡Triste
« contraste de las cosas humanas! Su suce-
« sor cuenta apenas seis nieves. »

« Aquí viene con su madre, dijo René.
« ¡Que expresion tan viva y tan fuerte tiene
« el rostro de esa matrona! »

« ¡Ah! replicó Cháctas, ¡ojalá fuese la
« expresion de la virtud! Con un cora-
« zon generoso y un alma grande capaz de
« todo lo bueno, arrastra sin embargo una
« triste cadena, que comenzando por ella,
« podrá envolver algun dia la nacion entera.
« Akansia ama á Onduré, guerrero feroz
« que no teme á Dios ni á los hombres,
« que se burla del honor, que camina dere-
« cho á la tiranía, y aprovecha ese amor
« funesto como una cuerda mas que le ofrece
« su suerte para hacer el asalto del poder.
« Si Onduré se llegase á unir á Akansia,
« no se podrian contar las calamidades que
« vendrian sobre el Natche. »

Inmediatamente despues de la muger Gefe seguian los capitanes de guerra. Uno de ellos, bastante viejo, de estatura elevada, el rostro flaco, los brazos largos y nerviosos, el pecho descubierto, el aire rígido, la marcha viva y animosa, tocó, al pasar, el hombro de Cháctas y saludóle con grande muestra de amistad. «¿Quien es ese guer-
« rero venerable, dijo René, á quien hu-
« biera yo tenido por el Sol, al respeto que
« impone su presencia?»

«Ese es el grande Adario, respondió el
« ilustre Sachem, el amigo de mi infancia
« y de mi vejez, el defensor mas fuerte
« del honor y la independenciam de los Nát-
« ches. Él á mi lado, y yo al suyo, hemos
« combatido juntos en casi todas las selvas:
« nuestra amistad tiene ya el sabor de se-
« senta años. Yo soi la roca, y él es la planta
« marina apegada á mis hijares. Las olas
« de las tormentas han minado ya nuestras
« raices, y los dos rodaremos juntos al
« abismo que nos llama mugiendo. ¡Querida
« patria mia, por ti solo nos será triste de-
« jar la vida!»

« Cuando Cháctas decía estas cosas , pasaban los consejeros del Sol y el Edil del Imperio. Este último venia desfallecido á causa de su mucha vejez y del largo camino que habia hecho. Sus rodillas le temblaban , y no teniendo mas fuerzas para seguir el convoi , se quedó con Cháctas. « Hijo de Utalissi, exclamó apoyándose contra un árbol, « mi carrera está hecha , y mis manos no « bastan para llevar por mas tiempo la ca- « noa del estado : necesario es que yo la « entregue á otros brazos mas robustos. »— « ¿Querrias tú verla sumergida? le dijo « Cháctas. ¿Estás acaso cierto que podrás « entregarla á otras manos fieles como las « tuyas? ¿Ignoras tú que Onduré acodicia « tu plaza , y que tu sucesor será un dia « regente del Imperio en la larga minoridad « del príncipe y en el triste interregno que « nos aguarda , si los cielos no hacen un « milagro? ¿Por ventura son las fuerzas « del cuerpo las que te pide la patria? De- « jarás secarse en tus sienes , o noble amigo « mio , la corona de gloria con que brillan « las canas de tu honrosa vejez? »

A este tiempo llegaba ya la columna de los guerreros, cuyo mando tocó aquel día al soberbio Onduré. Sobresalia este hombre entre todos como un gigante. En su frente espaciosa y plana va marcado con tres arrugas el trisulco giro del rayo; sus ojos centellean á oscuras entre manchas rojizas bajo los grandes párpados y las largas pestañas erizadas, sus dos cejas espesas de azabache se levantan por cima como dos arcos de batalla, la nariz remeda al leon, y la abertura de la boca retrae la fiera del cocodrilo. En la turba de los guerreros venia el hermoso Otugamiz, y le alargó la mano á su amigo. Onduré lanzó un grito para llamar las filas al órden, y René sintió alguna cosa que le acordaba el espantoso ahullido del bosque.

Cuando llegó á la plaza el Gran Gefe, se dejó ver y hablar largo tiempo por la muchedumbre encantada con su presencia. Cháctas se hizo conducir hasta él, y al tiempo de acercarse dió las tres voces del saludo que previenen las ceremonias del imperio. En seguida le hizo presente que un Fran-

ees pedia ser adoptado entre los guerreros del Nátche. El Gran Gefe respondió: «Está « bien.» Cháctas se inclinó, y al retirarse dió otros tres sonidos de voz diferentes de los primeros. Un Heraldo anunció luego al pueblo que, pasados tres dias, se juntaría el consejo donde debia tratarse de esta adopcion.

El hermano de Amelia ocupó este tiempo en llevar de cabaña en cabaña los presentes de estilo. Era ley que los pretendientes hiciesen estas visitas acompañados de solo un guia que les daba el Edil. Se buscaba por este medio no dañar á la libertad de los votos, y apartar toda sombra de respeto ó de sugestion. René comenzó su carrera por la cabaña de Akansia.

La acogida de esta princesa fué en extremo galante: hizole entrar en la cabaña y sentarse á su lado. Despues tomó la palabra en frances con no poca sorpresa de René, y le habló de esta manera:

«Extrangero, mucho deseaba yo que llegase este dia para hablarte y decirte lo que pienso de tí. Si vinieses tú de otras

« selvas como las nuestras, no me inspirarias
« sino aquella afeccion comun de benevo-
« lencia que nosotros sentimos por cualquier
« peregrino que se acerca al umbral de nues-
« tras puertas. Pero tu vienes de mas léjos;
« y dejar el pais de los placeres y el bu-
« llicio de la vida para buscar el vacío de
« la soledad, tiene alguna cosa de una gran
« pena, ó de un gran desbarato de corazon,
« que interesa el mio mucho mas de lo que
« tu puedes pensar. Yo no soi dichosa, y
« compadezco mucho á los que sufren. Tu
« rostro y el mirar de tus ojos son un collar
« donde yo leo dolores y quebrantos que
« no me son desconocidos. Yo te aseguro
« por mi cuenta, que si me fuese libre,
« dejaria las selvas y haria una vida par-
« ticular entre los tuyos, mui mas bien que
« esta vida de reina en el desierto. Este modo
« diverso de ver y sentir las cosas depende de
« las olas y de las varias corrientes que nos
« agitan en el mar borrascoso de los des-
« tinos.

« En fin, tu has dejado lo cierto por lo
« dudoso, y prefieres lo que no conoces á

« lo que tienes ya conocido. Yo te quiero
« dar un consejo. El consejo de una mu-
« ger vale algunas veces toda la sabiduría
« de un Sachem.»

« La soledad, René, es un suplicio con-
« tinuo cuando se vive sin afectos. Tal se ve
« el corazon entonces como un pájaro que
« se lanza en los aires, sin tener una rama
« donde pararse, ni un muro en que ha-
« cer un nido. Estos campos tan hermosos,
« y ese sol tan brillante que embelesan
« ahora tu vista, se te harán mui pronto
« vulgares, y perderán en breve el poder
« de embriagarte, si no tienes contigo quien
« te ayude á sentir su encanto. Cansaráte
« la luz, y la noche te será un tormento,
« y la libertad te parecerá mas dura que
« los hierros. ¿Irás entonces á buscar otras
« selvas, y á probar nuevas soledades? ¿Y
« que podrias tu hallar, donde quiera que
« fueses, sino el vacío de la nada, mien-
« tras no apastes tu corazon con el solo con-
« tento, para el cual me parece á mí que
« se han adornado los cielos y florece la
« tierra! Yo hablo con un Europeo, René:

« he leído algunos de vuestros libros; conocí
« alguna cosa vuestras costumbres cuando
« estuve en la Nueva Orleans, y conozco
« perfectamente el desierto. Yo he estudiado
« otro tanto mi corazón, y he aquí todo
« lo que he aprendido: que no puede ha-
« ber dicha sin amor. Tu tienes ya la mi-
« tad de esta dicha en un amigo; si deseas
« completarla, toma el aviso de una muger,
« y recibe la otra mitad. La amistad y el
« amor, coronados de inocencia, te han
« salido al encuentro y te ofrecen una ca-
« baña... ¡Otugamiz, Celusa y René! ¡Oh!
« los Genios os tendrían envidia de tan
« grande felicidad!»

Akansía tenía los ojos fijos en René, y buscaba la respuesta en su rostro. El discurso de esta muger suscitaba en su espíritu un tropel de recuerdos amargos y de cuestiones penosas. René no había matado el dolor que se escondía en sus entrañas, ni acertaba á poner la mano en sus llagas empedernidas. «Reina del Nátche, le dijo; « ¡pluguiese á Dios que mi corazón pudiera « abrirse al amor, como el tuyo parece

« abierto á la piedad ! Resuelto como estoi
« á fijar aqui para siempre los destinos de
« mi vida , yo no podria elegir una com-
« pañera que me ofreciese mas contento ni
« mejor esperanza que la hermana de Otu-
« gamiz. Pero Celuta seria desgraciada con-
« migo. « — « ¡ Como ! René, le interrumpió
« Akansia ; aun si tu fueras un salvage!...
« pero yo he visto de que manera saben
« amar los hombres de Europa. Las muger-
« res de las selvas somos poco menos que
« esclavas : ¿ á quien se podria comparar la
« suerte de Celuta , entregada á un hombre
« como tú ! ¡ De que grandes humillacio-
« nes se veria redimida ! La tibieza de un
« Europeo vale mas que todo el ardor de
« un salvage ; Como seria ella reina , mejor
« que yo ! . Escúchame , René ; si , como
« yo lo pienso , el amor te ha arrojado del
« mundo , el amor es quien debe curarte
« en el desierto. Hazte un tiempo presente
« que te falta para ponerlo encima de tu
« tiempo pasado , y sepulta tus penas bajo
« un torrente de delicias que los Genios te
« ofrecen entre los brazos de ese prodigio

« de virtud y hermosura. Líbrala tú, René,
« de una suerte comun : ella te librará de
« tus penas, y te hará sensible al amor.
« Vosotros juntareis los placeres puros de
« la naturaleza con los goces sublimes de
« la razon cultivada: vuestro egemplo me-
« jorará las costumbres del Nátche.»

René se sentia arrastrado por la elocuencia viva y ardiente de esta muger apasionada. Se expresaba Akansía con toda la finura y la gracia de una Francesa , y juntaba á aquel arte la confianza , la vehemencia y la decision con que se explican los salvages. Pero René temia dar el postrer paso de su vida sin pensarlo mas tiempo, sin estar bien seguro de sí mismo. « Madre
« del Sol, le dijo arrancando un suspiro
« de su pecho, tú me obligas con tu bon-
« dad á mostrarte mi corazon que yo mis-
« mo no entiendo. No se puede juzgar de
« mí por los demas hombres; yo soi una
« excepcion en el mundo. El ansia de amar
« me devora, y yo corro tras de una som-
« bra ignorada de amor que me huye y
« desaparece por donde quiera que la pienso

«abrazar. Cuando dejé mi tierra natal, me
«propúse buscar en el desierto la liber-
«tad, y una muger. Yo esperaba tener que
«luchar mucho para encontrar esta nueva
«imágen del bien que concebí como un sue-
«ño, y héla aquí realizada, llena de en-
«cantos en tu boca. Pero al ver cum-
«plirse mis votos tan aprisa, yo que tengo
«la experiencia de que jamas los ha llenado
«la fortuna sino para hacerlos luego abor-
«tar con estrago, tiemblo de que me ponga
«una nueva emboscada para sumirme en
«otro nuevo dolor. Yo necesito todavía de-
«rechar, y gemir, y temer, y llevar poco á
«poco mi corazon. ¿Que seria de la suerte
«de Celuta si los dos nos llegásemos á en-
«gañar!»

«Permíteme este rasgo de sinceridad,
«contestó entonces Akansía levantándose:
«he aquí lo que yo pienso de mí: que yo
«seria feliz con un hombre como tú. ¡Cuanto
«mejor Celuta, que no conoce ni el bien
«ni el mal, incapaz de exigir! Mas si tu
«buscas dificultades, tu las tendrás: lo que
«sobra en el desierto son espinas. Piénsalo»

« bien, René; tu me debes una gran deuda
« que no sabes ni sabrás nunca : yo querría
« que me debieses tambien tu felicidad.»
Akansia se retiró.

Estas últimas palabras de la muger Gefe dejaron una impresion profunda en René. ¿Que cosa podia ser esta gran deuda ignorada de la cual hacia un misterio Akansia? ¿Seria el haber vencido algun grave obstáculo á su adopcion que ignorase Cháctas? ¿Mas que género de obstáculo era aquel que René no debía saber nunca? Era acaso alguna asechanza contra su honor, su vida, ó su libertad? ¿Mas de parte de quien? René no conocia ningun enemigo en el Nátche, ni tenia de quien sospechar. ¿Lo perseguia quizas la política asombradiza del castillo irritada por Febriano? El suceso del bosque se venia á su memoria : René no habia alcanzado á persuadirse que hubiese sido él mismo la víctima que buscaba el hierro mortífero en aquella escena incomprensible. ¿Intentaron tal vez prenderle ó matarle algunos emisarios de la colonia? ¿Fué Akansia la muger que lanzó el primer grito? ¿Mas

que hacia esta matrona en aquel despoblado y á aquella hora de la noche? De otra parte, las dos voces que oyera en aquellos momentos de turbacion descubrian el acento salvaje. ¿Quienes eran sus enemigos? René no puede dudar que los tiene, y á fuerza de no verlos, créese encontrarlos por todos lados.

Lleno asi de zozobras y de amargura, recorrió las cabañas y ofreció sus presentes. Los mas los recibieron, y algunos los rehusaron, segun se pronunciaban en pro ó en contra de su admision. En la casa de Mila le salió aquella pequenuela al encuentro y le dijo: «Tu no has querido que yo fuese « tu muger; yo no quiero tampoco ser tu « hermana, véte.» La familia aceptó sin embargo los dones.

El hermano de Amelia fué tambien á ofrecer sus regalos á Onduré. La cabaña de este Salvaje se hallaba situada á la orilla de un lago artificial, entre mil graciosos pensiles trazados en el blando recuesto de una montaña coronada de cedros. Por la parte del mediodía no tenian fin los horizontes, y la vista cogia delante, de un solo

DONATIVO

DE

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

golpe , toda la aldea , sus jardines , sus campos , las vastas plantaciones de la colonia , los collados del Meschacébe y las torres del fuerte. Mantenía allí Onduré una leonera en donde había juntado las especies mas raras de animales feroces ; todo el lago estaba cubierto de cisnes : á otro lado tenia una pajarera campestre , montada al aire libre sobre los árboles con una espesa malla casi invisible de hilo de alóes finisimo. Parecía aquel retiro la morada de un príncipe ; el adorno de la cabaña se acercaba al lujo de Europa : diez esclavos prisioneros suyos de guerra , trabajaban los huertos y cuidaban su plantacion. Akansia había obtenido de él que se ausentase estos dias , y previno así los azares de una entrevista penosa. La madre del salvage , vieja matrona , casi decrépita , ocupaba en lo mas interior de la cabaña una rica hamaca , en donde la mecian dos esclavas , y ojeaban los mosquitos con abanicos de pluma. René le ofreció para ella un hermoso chal de la India recamado de flores de realce , y dejó allí para su hijo una faja de púrpura , un tabalí de tisú de

plata, y un rico sable con el puño de oro esmaltado. La codiciosa vieja recibió los presentes con ansia y le dijo: «He aquí lo
« que yo pienso de ti, que podrás ser mui
« grande amigo de mi hijo, porque tu tie-
« nes traza de ser rico y garboso. Pero
« guárdate de atravesarte en sus amores.» René creyó que esta muger la hablaba de Akansía.

Los juglares le tuvieron un recibo mui frio; pero aceptaron los regalos. El gefe de los guardas del templo le exigió dos monedas de oro, y le dijo con gravedad: «Los
« cielos estan mudos: yo no sé todavia si te
« son favorables ó adversos; la serpiente
« sagrada no se mueve.» René no comprendia este language: el ministro sagrado le pedia de esta suerte mas dinero.

La postrera visita fué en la casa de Otugamiz. Celuta estaba en la puerta cuando llegó René: una llama de amor se escapó de sus ojos. Ofrecióle este un precioso velo de encages guarnecido de pedrería. La modesta Natchesa bajó la vista, lo recibió con grande muestra de aprecio, y prometió guar-

darle toda la vida. Un velo era el presente que hacia el esposo á la esposa en el Náche. Celuta sacó de esto un agüero feliz.

No quedando ya mas casas que visitar, se retiró el guia, y René tomó reposo. Solo allí, frente á frente con la tierna hermana de su amigo, despues de aquella larga reseña que habia hecho de tantos rostros nuevos é indiferentes, René sentia aquel género de consuelo que se goza, á la vuelta de un viage, en los lares domésticos y en el seno de una familia propia. «Akansia tiene
«razon, decia él entre sí mismo. ¿Que es
«el hombre sobre la tierra, cuando se en-
«cuentra aislado de todo amor, y no tiene
«un regazo, ni de madre, ni esposa, ni
«hija, ni hermana, ni amiga, donde re-
«posar su cabeza, y dormir la vida un ins-
«tante!» Celuta le limpiaba el sudor con un lienzo, y despues le trajo un panal, una torta de maiz y el agua de erablo. René se acordó entonces mas fuertemente que nunca de su hermana, y una lágrima de sus ojos abrasó la mano de la India. Otugamiz y Cháctas llegaron á este tiempo bus-

cándole. Lo demas del dia se pasó en los dulces coloquios de la amistad.

La situacion politica de los Nátches se mejoraba por el pronto. El Gran Gefe dió su consentimiento para el nuevo ajuste de treguas, y nombró por su parte dos encargados que tratasen con los agentes del castillo sobre la venta de los campos que habia propuesto Chepar. Estas luces de paz favorecieron mucho la admision de René. Su adopcion fué pronunciada. Mas he aquí, en el momento de publicarse aquel acto á la puerta del templo, el primer juglar, ganado secretamente por Onduré, anunció que la serpiente sagrada habia desaparecido sobre el altar. La muchedumbre gritó consternada; un gran número de voces pidieron que se hiciese nuevo consejo, las mugeres lloraban desconsoladas, algunos guerreros partieron por medio sus dardos, y rompian y arrojaban sus collares. La vida de René corrió mucho peligro en aquellos instantes. Instruido este por Cháctas se presentó al juglar y le dijo: «Yo estoy pronto á retirarme si los Genios no aprueban mi adop-

« cion. » A este tiempo puso sus manos en señal de respeto sobre las manos del juglar, y deslizó entre ellas una bolsa de oro. « Ex-
« ploremos el templo , busquemos la ser-
« piente » dijo entonces el impostor , y to-
mando consigo otros dos juglares y llevando en medio á René , penetraron en lo inte-
rior. Todo el pueblo aguardaba en silencio, sobrecogido de pavor y de angustia. Los juglares salieron con la serpiente entre sus brazos , llena de vida y brillante de mil colores , que alagaba á René y le lamia las manos. « Los Genios estan contentos , clamó
« el juglar ; la serpiente ha renovado su piel
« en la zarza. » Un grito general de alegría resonó por todas partes ; las mugeres cerca-
ban á los juglares para pedirles alguna porcioncilla de los despojos de aquel reptil venerado : las madres , mas que todas , recibian aquellas reliquias con ansia , abrian sus talismanes , las colocaban dentro , decian rezos y oraciones , y ponian al cuello de sus hijos estos devotos preservativos. El hermano de Amelia fué recibido en la tribu del Aguila ; los guerreros le acompañaron con grande

pompa á la casa de Cháctas , y hubo tres días de fiestas y convites.

Entretanto se acercaba ya la estacion de las cacerías. La concurrencia á ellas de un gran número de naciones del Misisipi y del Misóuri en las selvas comunes del Canadá, producía muchos lazos de hermandad y de amor entre ellas ; pero no pocas veces engendraba tambien disturbios y contiendas penosas. El Gran Gefe de los Nácthes, sin embargo de sus disposiciones pacíficas con respecto á los Franceses , conocia los peligros de un rompimiento cercano , y ponía un grande precio en mantener y afianzar la amistad con los otros pueblos indígenas. A este fin nombró á Cháctas, viejo y ciego como estaba , por maestro de la gran caza de castores. El respeto de los Indios hácia este hombre venerable era general. Cháctas conocia todos los límites de las naciones , las costumbres de cada una , los derechos establecidos por los tratados , los distritos comunes , los parages libres , y las selvas vedadas. En el año anterior habian quedado pendientes muchas cuestiones de este

género por ausencia de Cháctas : el Sol quiso que partiese anticipadamente á fijarlas y resolverlas de acuerdo con las principales tribus del Ohio. Cháctas llevó consigo á su nuevo hijo y á Otugamiz. Celuta se quedó á pasar esta ausencia en la casa de Adario. En la série de penas que comenzaba ya su vida , esta fué la menos dura de todas , porque al menos iba su hermano cerca del hombre que habia escogido su corazon.

Los viajeros partieron al octavo dia de la luna de los frutos. Otros seis cazadores discipulos y deudos de Cháctas , y el Sachim Aganasko gefe de los heraldos se agregaron á aquel viage pacífico. Era ya el caer de la tarde cuando las tres piraguas que debian conducirlos , desplegaron sus remos de pagay , y soltaron al viento las amarillas velas de junco. Bien pronto atravesaron las umbrias , y doblando las montañas vecinas del castillo salieron á las grandes llanuras de Occidente. Cerca ya de los horizontes , parecia derramarse el sol en los prados y penetrar por medio de los brezales y cañaveras buscando el cielo que re-

flejaban las cristalinas ondas del Meschacébe. El resplandor era tan vivo en algunos lugares que exclamó Cháctas que veía la luz; y el anciano bendecía el cielo que aun dejaba á sus muertos ojos este postrer favor de la vida.

A este dia tan brillante se siguió una noche serena y magestuosa. René tomó su flauta y saludó con ella las silenciosas riberas bañadas de un blancor argentado, y las oscuras selvas que asomaban al léjos como un egército de gigantes apostados en las sombras, y la cúpula iluminada del firmamento, do pendia como un reverbero del corazon humano el farol variable de las noches terrestres. Cháctas amaba mucho el lenguaje mágico de la música, y los dias que pasó en Europa se despertaron con grande fuerza en su fantasía. « Yo los oí tambien, « exclamó, yo tambien los sentí en otra « edad de fuego que han apagado ya las « nieves de la vejez, esos tonos armónicos, « y esas vibraciones sonoras que parecen « la lengua arcana de los misterios del co- « razon. Cuando estúve en la tierra de la

« Aurora, deseifraba yo aquellas músicas,
« y explicaba el enigma de ellas como los
« adivinos interpretan los sueños. Tus so-
« nidos, René, me han hecho ver la luna
« esta noche, y sentir el rastro de luz que
« corre tras del remo agitado en las ondas.
« No de otra suerte, en tu patria, vi yo
« tambien el desierto explicado en acentos
« y melodías sublimes, y encontré allí otra
« vez las horas de mi vida, y mis breves
« contentos, y mis largos dolores que pu-
« blicaban aquellas cuerdas encantadoras, y
« aquellos plectros divinos.»

« Cháctas, Cháctas, dijo entonces René,
« he aquí el tiempo y la mejor hora de es-
« cuchar tus lecciones y de oír de tu boca
« la historia de tus viages. No osaré yo pe-
« dirte que me reveles los secretos de tu
« vida, despues que te he rehusado los míos;
« ¿pero al menos no seria dable saber tu
« juicio sobre los hombres y los pueblos que
« has visto? » — « Yo soi viejo, hijo mio,
« respondió Cháctas á René, y no debo exigir
« en tu edad la paciencia y la calma con que
« adormece el tiempo las penas de la vida;»

« este es el privilegio de la vejez. Una mano
« de hierro oprimió tambien muchos años mi
« corazon como oprime ahora el tuyo ; pero el
« dolor se cansa tambien con el tiempo , y
« sus gonces se aflojan con la vejez. Si lle-
« gares un dia á mi edad , pensarás de otra
« suerte. Los viejos se deleitan en recor-
« rer los años de su vida , y rumian su exis-
« tencia pasada , y se alimentan de ella , á
« medida que se deshace delante de ellos el
« presente y se acaba su porvenir. Sean las
« que fueren tus desgracias , la historia de
« mis largos trabajos podrá servir de con-
« suelo á los tuyos : aun nos quedan algu-
« nas noches de esta navegacion solitaria en
« que podré contarte mi vida entera. Yo
« le debo todavia algunas lágrimas á esa
« sombra de lo pasado que bajará bien pronto
« conmigo al sepulcro.»

Recostado en la popa de aquella frágil nao del desierto , comenzó Cháctas su historia desde el principio ; refirió la funesta batalla de la Móbila donde perdió á su padre en la guerra contra los Muscogulgos , su retiro á San Agustin con los Españoles ,

aliados por aquel tiempo de los Natches; su mansion en la casa del benéfico Castellano Lopez, su regreso al desierto, su cautiverio y sus peligros entre los Siminolos, sus amores con Atala, su salvacion, su fuga, su derrota larga en las selvas, la tormenta, el encuentro del padre Aubri, la dolorosa y temprana muerte de su amiga en la gruta de aquel piadoso solitario, y la triste huesa que excavaron sus propias manos para encerrar por siempre en la tierra su primero y postrer amor (1).

Era ya mas de la media noche, y al ponerse entonces la luna, oscureció el rio, y apiñadas las sombras de los bosques cercanos, parecian contristarse las medrosas riberas, y celebrar el duelo de Atala. El ilustre Sachem, embozado en su capa, se quedó sumergido en sus hondas memorias. «Hasta mañana, René,» dijo Cháctas con una voz dolorida y profunda. «Hijo de Utalissi, clamó

(1) Véase *Atala*, cuya historia componia la primera parte de este episodio, y corresponde á este lugar.

« René, mis destinos se parecen mucho á los
« tuyos, yo te ayudaré tambien á llorar.»

En la noche inmediata tomó Cháctas el hilo de su historia, y siguió contando de esta suerte:

« Despues que hube dejado las cenizas de
« Atala, y perdí de vista los bosquecillos
« de la muerte, atravesé regiones inmensas
« sin saber donde iba: no tenia yo caminos
« ni lugar que escoger; cualquier rincon
« del desierto era bueno para mi dolor; no
« me importaba nada el vivir.

« Una mañana, bien temprano, estaba
« yo sentado á la orilla de un lago, cuando
« sentí llegar por detras de mí una tropa de
« Indios. Juzga tú, René, cual seria mi sor-
« presa reconociendo entre aquellos guerre-
« ros á Adario, el amigo y el compañero de
« mi niñez, que habia venido á aprender
« el arte de la guerra entre los Iroqueses,
« aliados antiguos de los Nácthes.

« Mi primer cuidado fué pedirle noticia
« de mi madre; pero ella tambien habia su-
« cumbido á sus pesares, y sus amigos le
« habian hecho los dones del sueño. Resolví

« entonces seguir el ejemplo de Adario, y
« ponerme á la escuela de los combates en
« las Cinco Naciones (1). Deseaba yo mez-
« clar la gloria á mis penas, y juntar los
« recuerdos de Atala con algun hecho que
« fuese digno de su memoria. El collar de
« mi vida se hallaba todavia sin un grano.

« Cuando entramos en las selvas del Ca-
« nadá, el pájaro de los arrozales emigraba
« ya hácia el Poniente, y los cisnes llegaban
« de las regiones del Norte. Adario y yo
« hicimos el juramento de la amistad: nues-
« tro grito de guerra era el nombre de Atala,
« de aquella virgen caída en el lago de la
« noche como las palomas de Agní, que en
« poniéndose el sol, bajan de las montañas
« y se esconden y precipitan en las conca-
« vidades de un rio que camina por bajo de
« la tierra.

« Adoptado solemnemente en la tribu de
« los Mohokos, me entregué, en el inter-
« valo de los combates, al estudio de la
« lengua de los tratados con que se entien-

(1) Los Iroqueses.

« den las naciones del Norte. El padre Lam-
« berville, compañero del padre Aubry, me
« enseñó también vuestra lengua, y á la
« vuelta de poco tiempo aprendí todo el arte
« de los collares de los Blancos (1). Vuestros
« libros me consolaban: me gustaba mucho
« el tratar con vuestros misioneros que me
« hablaban del Dios de Atala: todos ellos
« me decían, que aquella martir de la ino-
« cencia no estaba muerta, que tenía una
« corona, que rogaba por mí, y que vivía
« contenta, por cima de los astros, con otras
« vírgenes.

« Comenzaban ya aquellos pueblos á amar-
« me, y mi nombre corría con honor en la
« boca de los Sachems. El desprecio que
« hacía de la vida me daba una gran ven-
« taja en los combates; mi dolor me hacía
« temerario, y me procuró la fama de va-
« liente. Entre nosotros la guerra es el pri-
« mer título de la gloria; hay aquí una
« triste necesidad, René, de acostumbrar
« los ojos á la sangre, y el corazón al es-

(1) El arte de leer y escribir.

« trago. En el calor de las batallas yo no
 « perdoné jamas ningun golpe á mi contra-
 « rio: la pequeña columna que yo man-
 « daba, se adquirió en poco tiempo la vir-
 « tud de desbandar al enemigo donde quiera
 « que se mostraban nuestros penachos ama-
 « rillos y relucian nuestras mazas sangrien-
 « tas. Yo veia sin embargo con mucho horror
 « los suplicios reservados al infeliz cautivo.
 « En memoria de Atala, di la vida y la li-
 « bertad á un gran número de guerreros
 « que cayeron bajo mi mano en diversos
 « encuentros. ; Yo tambien habia sido prisio-
 « nero, léjos de la dulce luz de mi patria!
 « Entre aquellos cautivos que libré de la
 « muerte, habia algunos Franceses. Des-
 « pues de hechas las paces, vuestro Onon-
 « tio (1) me hizo presentar muchos dones
 « de amistad, y me ofreció una hacha de
 « capitan en su ejército. Mas como sus pala-

(1) Este nombre significa la *gran montaña*, y lo dan los Salvages á todos los gobernadores del Canadá, diciendo, por egemplo, Onontio *Denonville*, Onontio *Frontenac*, etc.

bras eran las del secreto , y envolvian intenciones cautelosas , les dije á los presentes que se volviesen , y que dejasen limpias mis manos.

« La primavera se habia renovado ya tantas veces como hay estrellas en la constelacion de los cazadores , despues que yo habitaba entre las naciones iroquesas. Nuestra paz con los vuestros se iba afianzando cada vez mas ; el interes reciproco de un comercio muy ganancioso de éntrambas partes , prometia verla durar mucho tiempo. Pero la implacable Atahansia (1) se cansó de mirarnos ociosos , dió una voz , y barrió de un soplo las hojas que cubrian los caminos de la guerra.

« Despues de muchos encuentros , en que la fortuna no quiso pronunciarse por los unos ni por los otros , se pensó de nuevo en la paz , y los Iroqueses se anticiparon á proponerla. Como yo sabia vuestra lengua , me eligieron á mi por intérprete y gefe de la

(1) Diosa ó Genio de la venganza.

diputacion que enviaron al fuerte Caratakui. ¡ Quién hubiera podido imaginarlo! Apenas hubimos pasado el puente levadizo, nos vimos rodeados de una guardia, se nos quitaron nuestras hachas y nuestras flechas, y nos cargaron, pies y manos, de cadenas. En vano fué que invocásemos los derechos sagrados del mensage: la respuesta fué llamarnos ladrones y vasallos rebeldes, y encerrarnos en una sima por bajo de las cabañas de los soldados. La mañana siguiente, nos vendaron los ojos, nos pusieron mordazas en la boca, y amarrados los unos á los otros nos condujeron en piraguas por el rio Hochelaga (1) hasta el puerto de Kanáta (2). De allí nos transportaron en una gran canoa, mas allá de las grandes aguas, á la comarca de las mil ciudades, en la tierra donde tú viste la primer luz. Las cabañas donde nosotros llegamos (3) estan puestas bajo un cielo delicioso, en el fondo

(1) El rio San Lorenzo.

(2) Quebec.

(3) Marsella.

de un lago interior (1), donde el Dios de las aguas no levanta dos veces al dia su verde frente coronada de cabellos blancos, como en las orillas canadesas. ¡Oh! qué diferente nos pareció entonces aquel mundo del nuestro, René! ¡Qué aparato tan grande de poder y de esclavitud! ¡Qué variedad de objetos, y de gentes, y de trages y de semblantes! ¡Qué agitacion! ¡Qué torbellino! ¡Qué tropel, qué bullicio por todos lados! Un momento creimos, René, que aquel pueblo, instruido de la horrible injusticia que se hacia con nosotros, corria indignado al puerto á borrar esta afrenta y á ponernos en libertad. ¡De qué ilusion no es capaz la desgracia! Mas bien pronto las carcajadas, la algazara y la grito del populo que nos salia al encuentro, nos hicieron sentir todo el peso de nuestra suerte. Poco despues sucedió á este vasto y confuso espectáculo el silencio y la soledad de la choza del cautiverio.

« Tal vez te causará admiracion, O jó-

(1) El Mediterráneo.

ven amigo mio, que despues de haber sufrido tan horrible hospedage en tu patria, le conserve yo tanto afecto. Pero ademas de lo que despues tengo que contarte, la experiencia de la vida me ha hecho ver harto claro, que los tiranos merecen casi la misma compasion que sus victimas, y que el crimen se comete mas veces por ignorancia que por maldad. Hace ya mucho tiempo que yo no sé aborrecer; y al contrario, la mas ligera sombra de bien me hace amar la ocasion ó el sugeto de donde parte, de cualquier modo que me venga. ¿Qué me importa á mí la intencion del que me hace un mal, si este mal me produce un bien? Yo no podré nunca aborrecer á un enemigo que me haya abierto el camino de la instruccion y la virtud. Mi cautiverio, René, fué el precio de una escuela poco comun entre los Salvages, á la cual me ponía el Grande Espiritu.

«No pensaba yo así en aquel tiempo. Los tres primeros dias me creí el mas infeliz de los hombres: yo, y mis tres com-

pañeros Iroqueses , resolvimos morir , y entonábamos por las tardes para alentarnos nuestra cancion de muerte. ¿Quién te parece á tí que me quitó este designio que hubiera hecho acabar mi vida , adornada tan solo de algunas cuentas del collar de Areskuí? Un Frances , mas jóven que yo , con quien me tocó salir apareado para el trabajo una tarde , y me mostró cuan larga es la cuerda de la esperanza , y cuan vanos y despreciables son los males como los bienes de la vida. Euamorado de mí porque hablaba su lengua , me contó sus aventuras y me dijo : « Cháctas , tú eres un
« salvage , y yo soi un hombre civilizado :
« tú eres un hombre de bien , y yo soy
« un criminal. ¿No es una cosa singular
« que hayas tú venido de América para
« ser mi compañero de grillete en Euro-
« pa , y mostrar al mundo la libertad y
« la servidumbre , el vicio y la virtud ,
« la inocencia y el crimen , acoplados á un
« mismo yugo? Ve aquí pues , mi querido
« Iroques , lo que es la sociedad. ¿No es
« por cierto una bella cosa ? Pero ten va-

«lor, y no te asombres de nada. Si te
«ha echado una ola á lo hondo del in-
«fortunio, otro golpe de mar podrá al-
«zarte á los cielos. Condenado estoy aqui
«de por vida, y por justa causa; sin em-
«bargo ¿quien sabe si algun dia no me
«veré sentado en un trono? Las desgra-
«cias piden espera y circunspeccion. Mien-
«tras hay vida, se aguarda; y al ménos,
«si la esperanza falla, y el destino se em-
«perra contra nosotros, hay una cierta
«gloria en luchar con él y hacer frente á
«la adversidad. ¿Y qué puede durar esta
«lucha de la paciencia con la fortuna,
«del dolor contra la esperanza? La jor-
«nada es bien corta, por muy larga que
«nos parezca. Un instante mas ó un ins-
«tante ménos... aguardad otro poco: el
«postrer remedio del mal es la muerte
«que no tiene remedio. Si no hay quien
«nos desunza de este carro fatal que ar-
«rastramos ahora, ella es fiel, no se ol-
«vida de nadie, y vendrá por sus pasos
«contados, y pondrá fin al trabajo del
«dia.»

« Ninguna cosa, continuó Cháctas, me habia causado mayor admiracion en mi vida que el discurrir y el hablar tan resuelto y asegurado de aquel hombre que era sin duda mas infeliz que yo, pues él mismo se conocia delincuente. En aquella indolencia y aquel modo impasible descubria yo una especie de razon sublime y sombría que volaba por cima de las cadenas, una suerte de vida distinta de la del cuerpo, un linage de libertad contra el cual no hay cerrojos, ni mazmorras, ni guardas. ¿Qué nacion es esta, decia yo entre mi mismo, y qué pueblo tan singular, donde los insensatos parecen haber estudiado la sabiduria, y donde los malvados suportan el dolor, como podrian gustar el placer? Honfroy, que así se llamaba aquel forzado, me hizo abrirle mi corazon, y les tuvo envidia á mis penas. « Tu prision no puede ser dura-
« dera, me dijo: si no puedes sostener esta
« prueba en qué los destinos te han puesto
« por un instante, tú, guerrero salvaje,
« serias el mas cobarde de los hombres.
« Hay mucho mas valor en sufrir los tor-

«mentos del alma que los del cuerpo. Deja
«venir los tiempos, y haz en tanto esta es-
«cuela del infortunio que algun dia recor-
«darás con deleite.» Convencióme aquel
desgraciado, de quien no volví mas á sa-
ber en mi vida. Yo consentí á vivir, é hize
pensar lo mismo á mis compañeros. De esta
suerte el primer maestro de la sabiduria que
yo tuve en tu patria, fué un pobre galeote.
¡Ojalá el Grande Espiritu le haya recom-
pensado, concediéndole la virtud y la li-
bertad!

«Por la noche, cuando se acababan los
trabajos, todos los presidarios de nuestra
sala me rodeaban, y me pedian historias
de mi país. Yo les contaba nuestros usos
y nuestras fiestas, nuestras largas cace-
rías, nuestras navegaciones silenciosas de
rio en rio, y de un lago á otro lago, nuestro
amor de la soledad, los encantos de los
desiertos, y los dulces placeres de los
bosques en donde nos gustaba perder-
nos y andar errantes una parte del año
con las mugeres y los hijos. A estas pin-
turas vivas y embelesantes de libertad en

la choza de las cadenas, entre cercas de muros, y en medio de montañas sin agua donde no hay ni un arbusto, ni una brizna siquiera de grama, veía yo saltar las lágrimas de los ojos de aquellos desterrados; y la mansion oscura, alumbrada de una lámpara medio muerta, resonaba á lo largo con suspiros y quejas sordas acompañadas del rodar doloroso de los hierros, y del hondo bramido de las olas cercanas que se estrellaban contra los flancos del baluarte. Aquellos desdichados nos contaban tambien á su vez los trabajos de su vida pasada, los motivos de su condena, las excusas de sus delitos, y los vacíos proyectos de su esperanza, semejante, decia uno de ellos, á esperanza de naufragantes arrojados en un esquife en medio de las ondas, de noche, sobre mares desconocidos sin ninguna ribera. Cuando contaban sus delitos, sufría yo mucho, y sentía un contraste de ideas bien raro con las leyes y las costumbres de tu país, porque los mas de aquellos presos estaban condenados por libertades y por hechos que usamos los Salvages en nues-

tros bosques sin crimen, y nos valen no pocas veces un collar de alabanzas. ¡Cuanto género de pecados, y qué suma tan grande de miserables ha exigido, ¡O René! en vuestras sociedades la felicidad de unos pocos!

«No nos faltaban mientras tanto algunos consuelos. Los primeros guerreros y las principales matronas venian á vernos, y tomaban interes por nosotros, y murmuraban altamente contra aquella injusticia tan desnuda de cálculo y de interes, que á la parte allá de los mares reducía á la cadena los diputados de un pueblo libre. No pasó mucho tiempo sin que llegasen estos clamores al consejo de vuestro rey, y entretanto que se tomaban otros informes, se mandó separarnos de la brigada de los forzados, y subirnos al fuerte de la Guardia en calidad de prisioneros de guerra. Los dias se nos pasaban enteros, y una gran parte de las noches, en aquellas almenas altísimas, contemplando los mares y buscando á lo léjos alguna seña en los cielos ó en la tierra, que enderezase nuestros ojos hácia

aquel punto ignorado y perdido tal vez por siempre, donde estaban asidas nuestras almas. ¡ Oh! ¡ qué noches fueron aquellas, y qué tormento es la soledad en la tierra extranjera! El ruido de las olas subia apenas á aquella altura como el éco lejano de los árboles que se agitan en el desierto: los relojes de la ciudad resonaban de rato en rato y contaban por intervalos la eternidad de nuestras penas, mientras tantos seres felices dormian, no léjos de nosotros, en los brazos de sus esposas y en el seno de sus familias bajo el techo de sus cabañas. Los cielos se mudaban y daban vuelta por cima nuestra; unos astros nacian y otros se ocultaban: á los unos pedíamos nuevas, á los otros encomendábamos las memorias de nuestra patria. Preferíamos dormir de dia: yo no sé qué tenia de acerbo y desesperante la luz del sol que alumbraba nuestro destierro: por la noche, mienten las sombras alguna cosa, y se escuchan por todo el mundo ciertos sonidos semejantes que nos recuerdan nuestros hogares. Mas de dia no hay engaño;

todas las realidades, todas las privaciones, todas las desventuras se presentan de bulto, y el dolor se ilumina y toma el grandor de los cielos. ¡Qué tormento, René, para el infeliz prisionero, contemplar de lo alto de su garita el bullicio de la ciudad, llegar á sus oídos el hervidero y el clamor de las calles y plazas henchidas de un pueblo innumerable, ver pasar por delante suyo, ataviadas de mil maneras, él alegría y la vida, y cruzarse de todos lados las oleadas de la gente que se empujan unas á otras, y se renuevan, y se suceden, sin que haya allí un amigo, ni un conocido, ni un pariente, ni un deudo que piense en él! ¡Con qué impresion tan viva de gratitud recibia yo las visitas de algunos pobres pescadores del contorno, que subian á rezar á la ermita del castillo, y llegaban despues á ofrecernos sus doncellitos de peces y mariscos! Eran estos unos hombres cercanos á nuestro estado salvage (1)

(1) La colonia de pescadores catalanes que forma un barrio aislado lejos de la ciudad por detras del castillo de la Guardia.

y más pobres que nosotros; una aldea solitaria los albergaba en aquellas playas desiertas: alojados entre peñascos y precipicios á la orilla del agua, vivian en paz, y dejaban por toda herencia á sus hijos sus canoas, su ignorancia, y su libertad.

« El gran gefe de la oracion (1) nos venia tambien á visitar algunas veces, y nos solia traer sus parientes, y socorria á menudo nuestra miseria. « Cháctas, me dijo « un dia presentándonos á su madre y sus « dos hermanas, no os creais aquí del todo « extrangeros y sin familia; ve aquí la mia: « imaginaos tambien que es la vuestra; » y poniendo la mano al collar de oro que adornaba su pecho, « esta cruz, añadia, que « os predicán los misioneros en el desierto, « es la insignia de paz por la cual son llamados todos los hombres para entenderse « y amarse sobre la tierra. Delante de este « emblema del amor de los cielos no hay « diferencia alguna de linages, ni de tribus,

(1) El Obispo de Marsella:

« ni de naciones : los hombres somos todos
« hermanos ; nuestro padre comun es el
« Grande Espiritu » Tales como este eran
siempre los discursos de aquel ilustre Sa-
chem de la súplica , que nos tendia be-
nigno sus brazos , se paseaba con nosotros
como un amigo antiguo de nuestras sel-
vas , nos hablaba de los misterios del Dios
de Atala , y encantando nuestros dolores
con sus palabras llenas de vida , hacia hin-
charse , y moverse y tomar camino de-
lante de nosotros todas las velas de la es-
peranza.

« Ya contábamos siete lunas de cautive-
rio y empezaba á brillar la octava una tarde
junto al lucero amigo de las ondas. Yo no
sé qué alegría me ha causado siempre desde
pequeño la luna nueva , ni qué género de
prodigio siente allá dentro mi corazon que
no acierto á explicarlo , euando crece su luz
pacífica y misteriosa. Todas las cosas prós-
peras de mi vida me han llegado á esta pri-
mer época de sus fases divinas , y al con-
trario todos mis males han sido siempre en
la menguante. ¿ Qué advertí yo aquella no-

che en el cielo? ¿Como se comunican los Genios á nuestro espíritu? ¿Cuál fué el presentimiento, ó mas bien, la vision que yo tuve de nuestra libertad al ponerse aquel astro y esparcir sus postreros rayos en las almenas del castillo!

«La mañana siguiente llegó un guerrero, me dió un abrazo, y me entregó un collar (1) del Onontio Frontenac, que fué gefe del Canadá antes de Denonville nuestro opresor. El collar se expresaba así:

«El Sol de la gran nacion de los Franceses (2) ha desaprobado las injusticias que han sido hechas con su hijo Cháctas que salvó la vida y la libertad de muchos guerreros suyos en las selvas del Canadá. El Onontio actual Denonville ha incurrido su indignacion. Yo, tu padre, el antiguo Onontio Frontenac, vuelvo á tomar el mando de la tierra de los lagos, y tengo

(1) Una carta.

(2) El rey Luis XIV.

« ya la orden de llevarte, y restituiros con
« grandes honras y con ricos presentes, á
« ti y tus compañeros, á vuestro suelo na-
« tal. Date prisa á venir á abrazarme en
« el gran village donde te aguardo para pre-
« sentarte al Sol. Enjugad ya las lágrimas
« de vuestro destierro: nosotros fumaremos
« despacio á la orilla de los torrentes el ca-
« lumé de paz; la estera de la sangre será
« lavada en las ondas puras de la amis-
« tad. »

« Mientras yo abrazaba á mis compañe-
ros y les explicaba el collar, los soldados
del castillo repicaban el esquilon de la Vir-
gen, y quemaban petardos, dándonos pa-
rabienes y festejando nuestro contento. No-
sotros les pedimos que nos comprasen un
pan de tabaco, y habiéndole traído, lo ofre-
cimos en sacrificio á Quitchimanitú, lo cor-
tamos en doce partes, y arrojándole al agua,
entonamos el himno del rescate. Satisfecha
la religion, celebramos luego un festin, é
hicimos nuestra postrer comida en la valla
del cautiverio con aquellos viejos guerreros.
En seguida llegaron los ediles de la ciudad,

nos trajeron vestidos nuevos y nos surtieron de armas, penachos, diges, y todo género de galas y adornos á nuestra usanza. Nosotros no quisimos partir de allí sin ir ántes á visitar nuestros hermanos pescadores de quienes recibimos tantas muestras de simpatía y amor en los días de nuestras penas. Al dejar aquellas riberas y aquellas pobres familias, nuestros corazones sentian adentro romperse yo no sé qué raíces que habian criado entre aquellas rocas el dolor y la gratitud.

«Los ediles nos condujeron despues á la casa del gefe de la súplica, que por última noche se complació en honrarnos y egercer la hospitalidad con nosotros. Acabada la cena, me tomó á parte, y llevándome á su aposento y mostrándome una pintura, me dijo: «He aqui la semejanza del hombre á quien debes principalmente tu libertad. Este Sachem habita en la residencia del Sol. Yo quiero que le hables y que le oigas, y que no atraveses en vano la Francia.» Dióme entonces un collar escrito de su mano para su amigo, y

llevóme á otra estancia mas retirada, hecha en forma de una cabaña de flores; en su extremo se veia un sepulcro alumbrado por la luz pálida y temblante que pendia de la bóveda en un vaso de oro. Cuando hubimos entrado y cerró la puerta, mi corazon se sintió acometido de un pavor religioso. El silencio de aquel lugar era profundo, y no lo quebrantaba sino el golpe escondido de la péndola que señala las horas y los instantes de la vida. Los reflejos oscuros de aquella luz solitaria, y la sombra que se agitaba sobre el mármol, aumentaba el terror sagrado de aquella tumba misteriosa, adornada y dispuesta como un altar, temerosa y severa como el asiento de un oráculo. «¿Adonde me llevais, padre
« mio! exclamé sujetándole de una orilla
« del manto: yo he pasado de noche, so-
« lo, á la luz de la luna, por medio de
« los bosques sagrados, y he sentido me-
« nos temor que el que inspira este lugar
« de tu casa. Todas esas estátuas estan des-
« piertas y dirigen sobre mí sus miradas.
« ¿No oyes ese murmullo que resuena en

« los techos? ¿No percibes ruido de pasos
« por detras de nosotros? » y mis miembros
se estremecian, y mis cabellos se erizaban ;
y la imágen moribunda de Atala se me
vino , sin saber como , y clavóse en mi
pensamiento.

« No te espantes , hijo mio Cháctas , me
« respondió aquel hombre venerable. Es-
« tamos en la casa de Dios. ¿Donde po-
« dria tenerse mejor la postrera entrevista
« de la hospitalidad? ¿En qué lugar po-
« dria yo fijar mas bien mis palabras en
« tus oidos? »

« Hijo de Utalissi , continuó despues de
« una breve pausa ; mientras pesaba sobre
« tí la desgracia y carecias de libertad , no
« te he hablado del Dios de los cristianos
« sino como de un padre comun que ve-
« laba por tí , y á quien yo te encomen-
« daba. Yo no te he dicho mas hasta ahora
« ni he pretendido nada de tí , de temor
« que pensases que mis consuelos eran un
« artificio para atraerte y sorprender tu co-
« razon en obsequio de una nueva creencia.
« Esta quiere ser libre ; ningun motivo hu-

« mano debe ser parte ni en pro ni en con-
« tra de nuestra fe religiosa. Yo aguardaba
« que se rompiesen tus cadenas, para in-
« vitarte á inscribir tu nombre entre los
« hijos predilectos del Grande Espiritu, y
« mostrarte las maravillas de su doctrina.
« ¡Con qué gozo, hijo mio, hubiera yo
« lavado tu frente en las ondas del Pa-
« raiso!... Pero vas á partir, y no me ha
« sido dada esta gloria. Cháctas, hijo mio
« Cháctas, si me debes alguna cosa, y si
« crees que te amo, oye este solo ruego
« que voi á hacerte ante el tabernáculo de
« mi Dios y en su sola presencia: Estudia
« el Evangelio, recibe esa ley santa que
« hallarás casi entera escrita en tu corazon,
« y lleva ese presente de Europa á los hi-
« jos de las selvas.» No dijo mas, y en-
lazadas mis manos con las suyas y hume-
decidas con sus lágrimas, nos postramos
los dos en silencio, y oramos, y renové
al Dios de Atala mi promesa de ser cris-
tiano.

Cháctas suspendió aquí su relacion, y
lanzando un suspiro, «¿quien contraria,

« exclamó, los votos de Atala y de aquel
« justo! ¡Como se han pasado mis años en
« tanto olvido! ¿Por qué son tan endebles
« los propósitos de los hombres? »

FIN DEL TOMO PRIMERO.

... las proposiciones de los hombres...

ERRATAS DEL TOMO PRIMERO.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE.
41	17	de escudo ;	escudo ;
58	4	de	con
75	5	Quitchemanité	Quitchimánité
98	10	mal ;	mal ,
105	8	mentiras.	mentiras ;
192	25	al	el
199	14	embriagarte	embriagarte

El autor , que se hallaba ausente de Paris mientras se hacia la impresion de la obra , ruega á sus lectores que pasen la vista sobre la Fé de Erratas de cada tomo. Por fortuna no son estas muchas : de ellas van notadas las que son ménos fáciles de adivinarse y alteran el sentido. Las mas de ellas consisten en yerros de puntuacion , inevitables cuando los que trabajan en la imprenta no conocen bien la lengua. Todas las faltas de este género que no van aqui anotadas , se dejan conocer al instante y no piden sino la indulgencia del lector.

ERRATAS DEL TOMO SEGUNDO.

PAG.	LIN.	Dice	Léase
9	18	aguardaba	guardaba
19	21	fovoreció	favoreció
65	7	e n ajar	en bajar
68	13	Mármol	mármol
116	19	llamar,	llamar
137	21 y 22	cam nos	caminos
183	8	ca d ena	cadenas
232	16	el que	al que

ERRATAS DEL TOMO TERCERO.



PAG.	LIN.	DICE	LÉASE
8	23	evantado	levantado
13	1	alfenge	alfange
38	25	ris-	tris-
40	13	c elo	cielo
55	7	quel es	que les
<i>Id.</i>	14	uz	luz
<i>Id.</i>	15	retumoan	retumban
<i>Id.</i>	20	lenó	llenó
56	19	oscuridad;	oscuridad ,
91	7	India	India ,
138	20	Sinjos	Sinjos
172	2	indecision	indecision ,
178	16	minuciosa	minuciosa
<i>Id.</i>	25	nimo	ánimo
181	7	Cháctas	Cháctas :

ERRATAS DEL TOMO CUARTO.



PAG.	LIN.	DICE	LÉASE
59	7	Habia él	Habia en él
185	18	lab os	labios

ERRATAS DEL TOMO QUINTO.

PAG.	LIN.	DICE	LÉASE.
36	24	de un	de una
38	6	se marcaba	se mareaba
52	1	La idea los	La idea de los
66	17	con	con variedad
119	25	pred car	predicar
139	7	diformes	disformes

ERRATAS DEL TOMO SEXTO.

PAG.	LIN.	DICE	LÉASE
18	18	aun que	aunque
23	24	gor	guor
39	20	gusto	gustó
40	16	¿ como	como
65	4	temor es	temores
73	9	rebozan	rebosan
111	24	Onduré,	Onduré
172	12	nuestros	vnestros
188	15	p onto	pronto